UN THRILLER DE INVIERNO

FRÍA, COMO UN VENDAVAL DE NIEVE



ZARZO ESCRIBANO

FRÍA,
como un vendaval de nieve

Zarzo Escribano

Copyright © 2025 Zarzo Escribano

Todos los derechos reservados.

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento de su autor.

.

Índice

El sótano
Negociador
El inicio de todo
La reunión
Averiado
Nervios
Secuestros y extorsiones
Puerta del norte
Desesperación
Alto riesgo
Café
Mensaje
Exhibicionismo
Un millón
La cocina
Antoine
Abuso
El teléfono móvil
El cordón
Bancarrota
Venganza
Apagón
Trineo
Criminalística

Salvada
La mujer que amo
El dedo
Desmayo
La ambulancia
El otro 4x4
Seguimiento
La nieve
Disparos
Necesario
La calma
Vendaval
Agradecimientos
Otros libros del autor

A mi familia: la de sangre, la de la calle y la de internet.

Fría como un vendaval de nieve.

Dura como las piedras del camino
[…]
Cruel, dices que ya nos veremos.
Descuida, ya te vendrá el invierno

Tu alambre, canción de Rulo y la Contrabanda

EL SÓTANO

El despertar no fue como en las películas. No hubo un parpadeo confuso ni una transición suave desde la negrura hacia la luz. Fue un hachazo. Un dolor agudo y punzante en la base del cráneo que la trajo de vuelta a una realidad que olía a moho, a madera vieja y a esa humedad rancia que se te mete en los huesos y te congela hasta el sentido.

Hacía frío. Un frío de esos que no solo erizan la piel, sino que vuelven los movimientos y hasta el pensamiento torpes. Intentó llevarse la mano a la cabeza para aliviar el martilleo de las sienes, pero sus muñecas chocaron contra la resistencia plástica de una brida. El dolor en la piel, irritada y seguramente en carne viva, le indicó que llevaba así un tiempo indeterminado.

Abrió los ojos. Lo intentó al menos. Uno de ellos estaba hinchado, apenas una rendija por la que se colaba la penumbra del sótano. El otro, inyectado en pánico, barrió la estancia. No había mucho que ver. Paredes de piedra desnuda, vigas de madera que parecían costillas de un animal muerto hace siglos y una única bombilla desnuda colgando del techo, oscilando levemente por alguna corriente de aire invisible, proyectando sombras que bailaban como espectros en las esquinas.

Le resultó familiar todo aquello; sin embargo, se encontraba en ese duermevela parecido a una resaca que suele ocurrir después de un traumatismo en la cabeza.

Intentó gritar, pero el sonido murió en su paladar nada más nacer, unos centímetros más abajo, en sus cuerdas vocales. Una cinta aislante, gruesa y con sabor a pegamento químico, le sellaba la

boca. Solo consiguió emitir un gemido patético, un sonido animal, ronco y desesperado.

—Calladita, anda.

La voz salió de la oscuridad, más allá del círculo de luz amarillenta. No era una voz gutural ni distorsionada. Era una voz cansada, cargada de una frustración contenida que resultaba mucho más aterradora que cualquier grito.

Una figura se separó de las sombras. Llevaba ropa oscura, ancha, funcional, y un gorro de lana que, sumado a la mala iluminación, convertía su rostro en un óvalo negro apenas con facciones. Lo único que brillaba era la pantalla del teléfono móvil que sostenía en la mano izquierda. La luz azulada del dispositivo iluminó brevemente una barbilla tensa y unos labios apretados en una mueca de disgusto.

La mujer atada sintió cómo las pulsaciones dentro de su pecho golpeaban contra las costillas como un pájaro atrapado en una jaula demasiado pequeña. Tiró de ella por las ataduras de los tobillos y la dejó prácticamente tumbada sobre el suelo de losa, frío y húmedo de aquel lugar.

La figura deslizó el dedo por el teléfono con rabia, actualizando una y otra vez una bandeja de entrada que permanecía obstinadamente vacía o, peor aún, llena de respuestas que no eran las que esperaba.

—Vamos a ver si ahora nos enteramos todos de qué va esto —murmuró la sombra.

Dicho esto, soltó un resoplido áspero y lanzó el móvil sobre una mesa auxiliar de metal oxidado. Se pasó las manos por la cara, frotándose los ojos con fuerza, como si quisiera borrarse el cansancio o la duda. Luego, se giró hacia una esquina de la estancia, quizá en busca de algo que había traído minutos antes, cuando la prisionera estaba todavía inconsciente.

La víctima se quedó paralizada al acompañar con la mirada a su verdugo y darse cuenta de lo que allí había. La sombra se incorporó y se acercó hasta esa esquina. Sus manos revolvieron entre las herramientas. El sonido de metal contra metal estremeció a la mujer

atada. Un martillo. Un destornillador. Y finalmente, unas tijeras de podar.

Eran viejas, con los mangos recubiertos de una goma roja que se estaba descascarillando, pero las hojas curvas de acero brillaban con un filo aceitoso, recién afilado. Las tijeras se abrieron y cerraron un par de veces. Clac. Clac. El sonido era definitivo. Era el sonido de algo que se rompe y no se puede volver a pegar.

Las tijeras parecieron cobrar vida propia, como si estuvieran suspendidas en el aire. Se dieron la vuelta y caminaron despacio hacia la posición de la presa.

La víctima empezó a negar con la cabeza frenéticamente. Mmmm-mmm. El pánico se apoderó de ella, un terror líquido y caliente que contrastaba con el frío de la sala. Empezó a sacudirse, intentando retroceder, chocándose contra una pared que en algún momento esperó que cediese y diera paso a un prado verde, repleto de lagos y mariposas.

Pero allí no había lagos ni mariposas. Solo nieve, y frío y unas tijeras de podar que se acercaban hasta sus extremidades.

—Para —le ordenaron. No fue una orden a gritos, fue un consejo susurrado.

Las tijeras volvieron entonces a ser un objeto inanimado en manos de alguien que amenazaba con usarlas.

Pero el instinto de supervivencia no atiende a consejos. La mujer atada siguió luchando, sus ojos peleaban por salirse de sus órbitas. Sin saber que aquello acababa de comenzar.

NEGOCIADOR

La lluvia había comenzado a convertirse en aguanieve.

El cielo sobre Aranjuez no amenazaba lluvia; amenazaba ruina. Era una losa de hormigón gris suspendida sobre los tejados de uralita y ladrillo visto. El frío se sentía más allá de la piel, más allá de los huesos; llegaba como un mordisco húmedo hasta los órganos y hacía estremecerse hasta el más norteño de los norteños.

El inspector Ávila detuvo el coche camuflado detrás del cordón de seguridad. Las luces azules de los patrullas rebotaban contra las fachadas, tiñendo el ambiente de esa luz molesta de feria barata que trae a la memoria una suerte de tragedia reciente. Al bajar, se subió el cuello del abrigo como si sirviese para algo.

Su segunda al mando, la inspectora Esther Montes, le salió al paso. Tenía esa expresión tensa de quien lleva media hora aguantando la respiración.

—Dame situación —solicitó Ávila.

—Segundo izquierda. Se llama Antonio. Tiene una superpuesta del doce y a dos críos, de seis y ocho años. Le ha llegado la notificación del juzgado esta mañana. Pérdida de custodia. Dice que si entran, se lleva todo por delante.

—¿Y los GOES?

—En Gredos, ya sabes, el alud de ayer.

—¿GEO? —preguntó de nuevo Ávila rascándose la cabeza.

—Apoyándolos. El otro grupo está de camino, llegaron esta misma mañana de un operativo en Cádiz. No han podido salir antes y es que la A-4 es un infierno. Con este tiempo y el tráfico, ni con las

sirenas están consiguiendo avanzar. Me han dicho que mínimo cuarenta minutos.

—Tenían que haber venido por secundarias como yo, no me jodas. Bonita forma de volver de vacaciones…

—Tú estás más cerca, jefe, no lo pagues con ellos.

Ávila levantó la vista. En el balcón del segundo piso, una figura se recortaba contra la oscuridad del interior. El hombre gritaba algo ininteligible y agitaba el cañón de la escopeta como si fuera un bastón de mando. Abajo, parapetados tras los coches patrulla, media docena de agentes de la UIP uniformados apuntaban sus armas de servicio hacia la ventana.

—Diles que bajen eso —ordenó Ávila.

—Jefe, tiene un arma larga...

—He dicho que bajen las armas. Si ve seis cañones apuntándolo, lo único que va a hacer es ponerse más nervioso. Y si se le escapa un tiro a alguien, la cagamos. ¡Hierros abajo, coño! —gritó a los agentes de la Unidad de Intervención Policial.

Los policías obedecieron entre protestas y cambiaron las armas a posición de guardia baja. Esther se acercó a uno de ellos, el jefe, y le susurró unas palabras al oído. Tres de los policías se retiraron a posiciones más atrasadas que les permitieran apuntar al objetivo sin ser detectados por este.

El silencio que siguió fue espeso. Ávila cruzó la cinta blanca y azul.

—Jefe, el protocolo… —protestó Esther.

Ávila giró la cabeza y le sonrió. Ella sabía qué tipo de sonrisa era esa, y no había forma de hacerlo cambiar de opinión.

Caminó despacio hacia el centro de la calzada, justo debajo del balcón. Iba con las manos abiertas, separadas del cuerpo, mostrando las palmas vacías. Un blanco perfecto.

—¡Antonio! —su voz sonó ronca, pero firme. No usó megáfono. Quería que el hombre tuviera que callarse para oírle—. ¡Me llamo Ceci! Soy poli, sí, pero no soy el juez, ni el abogado de tu mujer. ¡Soy solo Ceci!

El hombre se asomó. Tenía la cara congestionada y los ojos desorbitados. Apuntó con la escopeta al pecho de Ávila.

—¡Que te den por el culo! ¡No vais a subir! ¡Son mis hijos!

El tipo levantó la escopeta y disparó al aire una vez. Los compañeros de la UIP volvieron a apuntar. Ávila los miró y les volvió a insistir en que guardasen las cacharras.

—Nadie va a subir, Antonio. Mírame. Estoy aquí solo. Mis compañeros han bajado las armas. Pero si sigues pegando tiros la cosa se va a complicar. Nadie quiere hacerte daño.

Ávila se quedó quieto. Sentía cómo el sudor de su nuca, abrigada por una braga de pelo de borrego, le bajaba por la espalda a pesar de la temperatura bajo cero.

—Me lo han quitado todo... —gritó el hombre, con la voz quebrada por el llanto y la rabia—. ¡La casa, el sueldo, y ahora los chicos! ¡No es justo!

—No, no es justo —concedió Ávila. Dio un paso lento hacia delante—. Es una putada, Antonio. El sistema es una mierda. Te exprimen y luego te tiran a la basura. Tienes razón en estar cabreado. Yo también tengo hijos, dos chicos. Estoy separado, los veo muy poco, apenas les puedo preguntar por sus cosas. Ya sé que no es lo mismo, pero con el tiempo volverás a verlos. Si sigues adelante…

El hombre vaciló. Le extrañó la respuesta del policía. Bajó el cañón unos centímetros.

—Tú no sabes nada...

Y se metió para dentro. Ávila se acercó un poco más a la ventana. Paseó de un lado a otro, intercambiando miradas entre el suelo y la ventana. Esther se mordía las uñas y acariciaba el cañón de su USP-Compact. Como con ganas de desenfundar.

Pasados unos minutos, Ávila volvió a parlamentar.

—Sé que estás ahí arriba pasando el peor día de tu vida. Y te repito que sé que quieres a tus hijos. Si no los quisieras, no estarías haciendo esta locura. Pero escúchame bien: si aprietas ese gatillo, o si obligas a mis compañeros a subir, los que van a perder son ellos. No tú, ni tu ex, ni el juez. Ellos. ¿Quieres que lo último que vean sea a su padre manchando el suelo de sangre? O peor, ¿los quieres a ellos en el suelo si todo se va de madre?

Fue entonces cuando el cielo decidió romperse. Empezaron a caer los primeros copos. El aguanieve había dado paso a copos grandes,

pesados, que caían con una lentitud exasperante. Uno aterrizó en la pestaña de Ávila. Otro en su hombro. En cuestión de segundos, la calle se llenó de puntos blancos.

El frío se intensificó. Antonio se asomó de nuevo a la ventana; tiritaba. Llevaba solo una camiseta de interior. El cansancio físico empezaba a hacer mella; los hombros se le hundieron. La adrenalina se le estaba agotando, dejando paso a la realidad.

—Tengo frío... —dijo el hombre, con un hilo de voz que apenas llegó a la calle.

—Lo sé. Y los chicos también tendrán frío y miedo. Vamos a acabar con esto, Antonio. Que tus hijos estén orgullosos de ti. Sal con dignidad.

—Yo ya no tengo dignidad.

Ávila percibió las luces de una lechera acercándose. Eran los GEO. El momento había llegado.

—Escúchame. Deja salir a los críos. Que bajen y se monten en el coche caliente de los compañeros de servicios sociales. Y luego bajas tú. Te prometo una cosa: nadie te va a esposar delante de los vecinos. Bajarás andando y te irás de aquí en coche, como un hombre, no como un detenido. Te doy mi palabra.

Antonio miró hacia dentro de la casa. Luego miró a Ávila. Y finalmente, miró la escopeta que tenía en las manos como si fuera un objeto extraño que acabara de aparecer allí. La apoyó contra la barandilla, con el cañón hacia el cielo.

—Que suban a por ellos —dijo, derrotado.

—Nadie sube —corrigió Ávila—. Que bajen ellos. No queremos asustarlos más.

Minutos después, el portal se abrió. Los dos niños salieron despacio, mirando hacia atrás y hacia arriba. Su padre pareció gimotear aunque a ellos no les dio tiempo a verlo. Llevaban los abrigos mal abrochados y Ávila se acercó a abotonárselos bien; después los acompañó hasta detrás de la cinta donde una trabajadora social los condujo hasta un furgón policial.

—Antonio —gritó de nuevo Ávila—. Ahora deja el arma en el suelo y baja tú. Voy a subir yo por las escaleras y nos encontramos a mitad de camino.

El hombre no dijo nada y volvió a desaparecer tras la ventana.

El inspector inició el camino hasta dentro del portal. Cuando iba a subir por la escalera, Antonio apareció. Llevaba solo la camiseta de tirantes y un pantalón de chándal. El inspector se quitó la parka reglamentaria y se la ofreció.

El hombre la cogió y se la puso.

Se miraron a los ojos. Ninguno dijo nada.

Salieron juntos a la calle. Antonio caminaba despacio, arrastrando los pies. Tenía las manos vacías y caídas a los costados.

Esther se acercó a ellos. Detrás, un agente de la UIP se acercó con las esposas, pero Ávila le puso una mano en el pecho para frenarlo.

—Espera.

Ávila se acercó a Antonio. El hombre temblaba incontrolablemente.

—Lo has hecho bien, Antonio. Al final, lo has hecho bien.

El hombre asintió, con la mirada perdida en el suelo que había comenzado a cubrirse de blanco. Esther y él lo acompañaron al coche patrulla y cerraron la puerta. Sin violencia. Sin espectáculo.

La calle quedó en silencio, solo roto por el sonido de los motores y el susurro de la nieve que caía cada vez con más fuerza. Ávila se quedó allí plantado, viendo cómo se llevaban al detenido. Se sacudió la nieve acumulada en el escaso jersey que le quedaba con gesto cansado.

—Bien jugado.

—No es un juego, inspectora —dijo Ávila, mirando al cielo—. Estoy seguro de que ese desgraciado no le ha hecho daño a nadie más que a su hígado.

—Sí y la escopeta la tenía para rascarse la espalda, ¿no?

—Joder, Montes, has empezado tú bien el año.

Cruzaron miradas. Quizá tuvieran parte de razón los dos. Casi siempre era lo que ocurría entre ellos. Asintieron y se dirigieron al camuflado de Ávila.

La nevada arreciaba. Los copos sueltos se habían convertido en una cortina blanca y tupida que empezaba a cubrir la miseria del

barrio. Las sirenas, que antes aullaban, ahora sonaban lejanas, amortiguadas por el manto blanco.

Los dos inspectores se marcharon de allí creyendo que habían cumplido por ese día.

No sabían lo que se les avecinaba.

EL INICIO DE TODO

En La Moraleja, la nieve parecía tener otra textura. No se mezclaba con el barro ni la basura de las aceras porque allí no hay basura, y al barro lo mantienen a raya los jardineros. Allí, la nieve caía sobre el silencio de las cuentas corrientes saneadas y los sistemas de alarma perimetral.

El salón de los Rivas-Cánovas era una pecera de diseño. Muros de cristal de suelo a techo que, en un día normal, regalaban una vista de revista de decoración: piscina desbordante, césped manicurado y setos geométricos. Ese día, sin embargo, el cristal solo devolvía una blancura agresiva, una catarata muda que borraba los límites de la propiedad.

Marco Rivas caminaba sobre la tarima de roble blanqueado. Iba y venía sobre una línea invisible de ansiedad entre el sofá de cuero italiano y el ventanal. En su mano, una tableta mostraba gráficos que caían en picado, líneas rojas que sangraban dinero virtual a una velocidad que el dinero real nunca alcanza.

—¿Vas a desgastar el suelo, Marco?

La voz de Marisa bajó por la escalera antes que ella. Eran las cinco de la tarde de un día con reminiscencias apocalípticas, pero Marisa Cánovas todavía llevaba puesto el maquillaje de guerra y un conjunto de cachemir que costaba lo que un mileurista gana en un trimestre. Bajó los escalones con esa cadencia estudiada de quien sabe que siempre hay alguien mirando, aunque solo sea el servicio.

Marco bloqueó la pantalla de la tableta con un dedo tembloroso y la dejó sobre la mesa de centro, boca abajo.

—Problemas con los proveedores asiáticos. El cambio horario me está matando.

—El cambio horario —repitió ella. No era una pregunta. Era una mueca verbal—. Te estás quedando calvo, Marco. Y ese tic en el ojo no te favorece nada. Deberías llamar a tu terapeuta.

—Tú siempre tan graciosa.

Marisa le sacó la lengua y, justo después, Lorena apareció por el pasillo de las habitaciones. Llevaba unas mallas técnicas, una sudadera tres tallas más grande de una marca de skate y las llaves de su Mini Cooper en la mano. Pasó por delante de su madre sin mirarla, directa a la cocina americana para sacar una botella de agua Fiji de la nevera.

—¿Se puede saber a dónde vas? —preguntó Marisa, cruzándose de brazos—. ¿No has mirado por la ventana?

—Al gimnasio. Tengo clase de *Body Combat* a las seis.

—Está nevando, Lorena.

—Mamá, no soy efervescente… Además, necesito ir. Con las cenas de Navidad he engordado un par de kilos y tengo que bajarlos como sea.

Marisa observó a su hija. Debería prohibirle salir. Cualquier madre con un gramo de instinto protector habría escondido las llaves. Pero Marisa se limitó a alisarse una arruga inexistente en la manga del jersey.

—Tú verás. Luego no me llames llorando si se te congela el culo esperando a la grúa. Ten cuidado.

Fue una objeción de papel mojado.

Marco se acercó a la chica. Le puso una mano en el brazo.

—Lorena, escucha. Las carreteras están fatal. ¿Por qué no te quedas? Podemos... podemos ver una película o algo.

—Me apetece mucho ir, Marco. En serio. No me voy a meter por la autovía, voy por la Puerta del Norte, tirando por ahí apenas hay siete kilómetros. Y voy a ir despacito.

—Coge el Range Rover, lo tengo aparcado en la salida trasera —dijo Marco, bajando la voz—. El Mini es un juguete para este tiempo. Llévate el grande. Tiene tracción total y neumáticos de invierno.

—Qué va, ya sabes que no me apaño con él, sería peor el remedio que la enfermedad. Son solo cuatro copos, esto ni va a cuajar. Volveré para cenar.

—A ver cuándo te cambias al gym de la urba —dijo Marisa con retintín, pero a su hija no le gustaba ir a ese gimnasio. Estaba lleno de estiradas, según decía ella. A ella le gustaba ir a un gimnasio enorme que habían inaugurado poco menos de un año atrás en la zona de Valdebebas. De esos con cientos de clases a todas horas.

La chica se soltó suavemente del agarre de Marco y caminó hacia la puerta que conectaba con el garaje delantero.

—Adiós, mamá —dijo sin volverse.

—Ten cuidado —repitió Marisa.

El zumbido del motor de la puerta del garaje rompió el silencio de la casa. Desde el ventanal, Marco y Marisa vieron cómo el vehículo salía de la rampa calefactada hacia la calle. El coche oscuro avanzó unos metros y, enseguida, fue engullido por esa oscuridad invernal de un día con el cielo encapotado en enero.

Marisa se giró sobre sus talones y volvió a ajustarse el jersey para que no tuviera arrugas.

—Voy a revisar los correos en el despacho. Te veo en un rato—. Le dio un beso en la mejilla a su marido y se largó por el pasillo.

Marco se quedó solo en el salón. Volvió a coger la tableta. Desbloqueó la pantalla y los números rojos volvieron a iluminarle la cara como un semáforo que le detiene el paso. Fuera, la nieve empezó a arreciar y el jardín se fue cubriendo de blanco. Un color que suele asociarse a la pureza y a lo bello, aunque aquel día no tenía visos de traer nada puro ni bonito.

LA REUNIÓN

Una semana antes.

El aparcamiento del parque empresarial, en la periferia norte, parecía un cementerio de hormigón bajo el cielo plomizo. Pocos coches, mucho espacio vacío y un silencio solo roto por el zumbido lejano de la A-1. Lloviznaba aquel día, el aviso previo a la tormenta que se desataría pocas jornadas después.

Julio Morante acariciaba el volante de la Volkswagen gris. El vehículo, limpio y anodino, era la herramienta perfecta: invisible a plena vista. Julio apuró el último trago de un café aguado y estrujó el vaso de cartón.

—¿Falta mucho? —preguntó Tania desde el asiento del copiloto.

Ella no miraba por la ventana. Tenía la vista clavada en la pantalla del móvil, el brillo azulado reflejado en unas gafas de montura fina que le daban un aire de administrativa eficiente. Rubia teñida, vaqueros negros ajustados, abrigo de lana blanco, maquillaje suave. Nadie habría adivinado la oscuridad que albergaba bajo el pecho.

—Paciencia —respondió Julio. Su voz sonó tranquila. Él también parecía un ciudadano ejemplar: plumas azul marino, vaqueros limpios, afeitado reciente.

Un Mercedes negro entró en el recinto. Se deslizó sobre el asfalto mojado con la arrogancia de la tracción total y se detuvo dos plazas más allá. Una ráfaga corta de luces. Sin saludos, sin estridencias.

Julio abrió la puerta. El frío le golpeó el rostro, seco y cortante. Bajó del vehículo y caminó hacia el coche de lujo. Sus pisadas chapotearon sobre el suelo húmedo. Se subió el cuello del abrigo y

se encogió para protegerse de la intemperie hasta llegar a la ventanilla de la berlina.

El cristal no descendió y el conductor le hizo un gesto para que subiese a la parte trasera del vehículo. Julio obedeció y, al entrar, el olor a cuero caro y calefacción potente lo golpeó.

—Ese primo, ¿qué dices? —dijo Julio con una sonrisa.

—Déjate de familiaridades —cortó el hombre, seco. Le entregó un sobre—. Ahí está la mitad. El resto, al acabar.

El sujeto llevaba un traje de los de más de mil euros, iba recién afeitado, a juzgar por la loción que desprendía, y tenía unas ojeras de haber dormido poco. Y no solo ese día.

—Tranqui, hombre, perdona, pero la costumbre desde pequeños… —dijo Julio al tiempo que abría el sobre y contaba los billetes que albergaba en su interior.

—Quiero un trabajo limpio. Nada de violencia —replicó el primo girándose hacia atrás—. ¿Me oyes?

Julio no levantó la vista del sobre, como si fuera un regalo de Reyes Magos para un chiquillo.

—Tranquilo. Será como una función de teatro. Nadie saldrá herido.

—No lo entiendes. Si ves que la cosa se complica, lo dejas y sales pitando.

—Que sí…

—Y siempre usa el teléfono que te di.

—Primo Loren —inició Julio, y dejó de mirar el sobre—, si me has avisado a mí es por algo. Así que deja de tratarme como si fuera idiota y confía en mí.

Los dos hombres cruzaron miradas. El conductor entonces sacó otro sobre, extrajo el contenido y le mostró una foto a Julio.

—Joder con la chavala…

—Déjate de tonterías.

Tenía ante sí la foto de una chica en ropa deportiva ajustada. El conductor sacó dos imágenes similares más. Finalmente, una foto de un Mini Cooper oscuro completaba el dossier.

—Acabo de subir estas mismas fotos a un borrador en el email del que te compartí las claves de acceso. Revísalo en un rato. También

tienes la ruta que suele hacer casi todos los días. Lo borraré todo en un par de horas.

—Oki doki.

Volvieron a cruzar miradas. Los ojos del primo Loren lo decían todo. No era el tipo de persona a la que le gustara repetir las cosas, pero la situación lo merecía.

—Trabajo limpio y seguro. A la mínima complicación, te largas.

—¿Cuántas veces me lo vas a repetir?

El conductor resopló.

—Estate atento al teléfono pirata. No creo que tarde mucho en avisarte.

Julio se acercó al asiento delantero. Cogió al primo por la nuca y puso su frente contra la de él.

—Gracias, primo.

Le dio un beso en la frente y salió del coche. Lo dejó sin posibilidad de responder, y sin saber si tres advertencias habían sido suficientes. Pero con la sensación de que su parte estaba cumplida.

Julio regresó a la furgoneta. Al entrar, protestó por haberse mojado. Tania bloqueó el móvil y se incorporó en el asiento, atenta por primera vez.

—¿Todo bien?

Julio le entregó el sobre. Tania contó el dinero con la mirada, rápida, calculadora. El hombre sacó de la guantera el famoso móvil pirata del que le había hablado su primo. Buscó en el email que le había compartido y descargó la foto. La miró y se mordió los labios.

Tania percibió el cambio en su compañero, como si una vibración invisible hubiera enrarecido el aire. Ella alargó el brazo y le arrancó el móvil de las manos. Lo revisó y se lo volvió a entregar.

—Es mona —dijo ella, seca.

Julio parpadeó, como si despertara de un trance breve. La máscara de tipo normal volvió a encajar en sus facciones. Sonrió, una mueca ensayada que no llegaba a los ojos.

—Celosa —murmuró, divertido.

Arrancó el motor. Los limpiaparabrisas barrieron el agua de la lluvia acumulada en el cristal delantero. La furgoneta salió del aparcamiento despacio, respetando las señales, mimetizada con el

entorno. Un vehículo más en una tarde de perros, listo para desaparecer en la garganta oscura de la ciudad.

AVERIADO

El Mini Cooper avanzaba por la carretera como una cápsula aislada del mundo. La tormenta golpeaba la chapa con delicadeza impostada; dentro, la calefacción y la música creaban una falsa sensación de seguridad. Lorena sujetaba el volante con una mano, confiada, mientras los limpiaparabrisas luchaban por despejar la nieve que se acumulaba en el cristal.

De repente, un chasquido que nunca suele ser un buen presagio cuando se conduce un coche.

Sonó seco, violento, un latigazo metálico proveniente del vano motor. Algo no iba bien ahí delante, bajo el capó. Lorena dio un respingo, pero el coche mantuvo la velocidad. En el cuadro de mandos, un testigo rojo con forma de batería se iluminó.

—Mierda... —murmuró.

Arrugó la frente. ¿La batería?, pensó. Sabía cambiar una rueda porque Marco le había enseñado. Sabía mirar el agua y echarle anticongelante. Y el aceite también. Y también sabía arrancar el coche si se había quedado sin batería con las pinzas. Marco también le había enseñado a hacerlo. Y por eso precisamente ignoró la advertencia y pisó el acelerador un poco más, porque creía que así podría recargarse. No se había duchado en el gimnasio, y quería llegar a casa pronto para meterse en la bañera con sus sales, sus velas y su música.

Un minuto después, la realidad se impuso a sus deseos.

Los faros delanteros perdieron intensidad. Fluctuaron. La carretera, a pesar de la iluminación, se volvió más oscura, más estrecha. Las luces del salpicadero parpadearon y bajaron de tono

hasta casi desaparecer. El motor tosió, dio dos tirones bruscos y perdió potencia.

Lorena se cabreó. Aquello no marchaba bien y quizá tenía que haberle hecho caso a su padrastro y coger el todoterreno. Intentó corregir la trayectoria en una curva suave, pero el volante se había convertido en piedra. La dirección asistida no funcionaba. Tuvo que usar las dos manos, tirando con fuerza de la rosca de cuero, peleando contra toneladas de inercia para mantener el coche en el asfalto.

La pantalla del navegador se fue a negro. El motor emitió un último suspiro y se calló. Sin ruido, sin explosiones. Simplemente, dejó de existir.

El coche avanzó en silencio, empujado solo por el impulso residual. Lorena logró guiarlo hasta el arcén nevado, donde las ruedas se clavaron en el barro helado y el vehículo se detuvo por completo.

Oscuridad. Silencio.

Lorena pulsó el botón de arranque.

Sin éxito.

El sonido agónico del motor de arranque sin amperios. La batería estaba seca.

Sacó el móvil del bolso y marcó el número de Marco. No dio señal. Se fijó en las rayas de cobertura y apenas estaba iluminada la más pequeña. La jaula de metal del coche y la tormenta parecían ser las responsables de aquello. Estaba sola, a oscuras, en una carretera por la que apenas pasaba nadie. El frío, hasta entonces mantenido a raya, empezó a filtrarse por las rejillas de ventilación.

Entonces, una luz inundó el retrovisor.

Unos faros se acercaron desde atrás. No pasaron de largo. El vehículo, un monovolumen gris, frenó y se detuvo a pocos metros de su parachoques trasero.

Lorena vio dos siluetas bajar del coche. El corazón le golpeó las costillas. No sabía si sentir alivio o terror. Un hombre se acercó a su ventanilla. Lorena intentó bajar el cristal, pero el botón no respondió. Tampoco el cierre centralizado. Estaba encerrada en una caja muerta.

El hombre golpeó el cristal con los nudillos.

—¿Hola?

Lorena tiró de la manilla interior. El mecanismo manual liberó el pestillo y la puerta se abrió con un gemido. El viento helado entró de golpe, acompañado por el desconocido.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el hombre del plumas azul, que se subió el cuello del abrigo para protegerse de la nieve—. He visto cómo se te iban apagando las luces desde atrás y cómo casi te sales.

—Se encendió una luz roja de batería y luego todo se ha apagado. Ni maniobrar con el volante me ha dejado.

Julio asintió, profesional. Se inclinó ligeramente, fingiendo inspeccionar el interior del coche sin invadir su espacio.

—Tiene pinta de alternador. El coche habrá tirado de batería hasta que la ha secado y se ha parado.

—¿Y me puedo conectar a tu batería? Tengo pinzas en el maletero.

—No creo. Esa batería sin el alternador no va a revivir, está frita. Pero lo podemos intentar por si acaso.

Una chica con un abrigo de lana blanco que parecía el pelaje de una oveja apareció detrás de él. Llevaba, también, un gorro de lana y una bufanda gruesa que le tapaba media cara, dejando ver solo unos ojos preocupados y una sonrisa inofensiva.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con voz suave.

—Se le ha jodido el alternador o algo eléctrico —respondió Julio—. Vamos a darle un chute con nuestra batería.

Lorena los miró a los dos y, por un momento, dudó. Miró su móvil inútil y luego la carretera desierta. El frío ya le calaba los pantalones de deporte.

—Quizá será mejor que llame al seguro para pedir una grúa.

—Sí, llama por si acaso no funciona lo de las pinzas —añadió Julio —. Y como van a tardar bastante con este temporal, tiempo que te ahorras.

—¿Tenéis cobertura?

Tania negó con la cabeza.

—Llevo un rato escuchando la radio, el *Spoti* no me tira.

Lorena resopló.

Miró el Mini, inerte y oscuro, y luego el monovolumen gris que exhalaba humo blanco por el tubo de escape. Una promesa de poder escapar de allí.

—Vamos a probar lo de las pinzas —dijo al fin.

Se desabrochó el cinturón. Ese que salva vidas. Sin saber que ese hecho podría estar condenando la suya.

NERVIOS

La noche había caído sobre La Moraleja no como un manto, sino como una mortaja. Fuera, la tormenta había alcanzado un nivel crítico; las farolas de la urbanización se habían convertido en espectros de luz naranja ahogados en la blancura. La nieve golpeaba los cristales blindados y convertía la vivienda en una cápsula fuera del tiempo y del espacio.

Marisa Cánovas recorría el salón de punta a punta. Sus tacones repiqueteaban sobre la tarima con un ritmo frenético, marcial. Tenía el móvil pegado a la oreja, la mandíbula tensa y la mirada perdida en el reflejo de la ventana.

Esperó. Silencio. Colgó con brusquedad. Volvió a marcar.

Marco Rivas permanecía sentado en el sofá de cuero, rígido como una estaca. Tenía la televisión encendida, pero sin volumen. Las imágenes del Canal 24 Horas hablaban por sí solas: la M-30 convertida en una ratonera blanca, coches cruzados en la M-40, gente abandonando sus vehículos para caminar por la autovía. El caos absoluto. Marco miraba la pantalla, pero su atención estaba en los resoplidos de su mujer.

Marisa lanzó el teléfono sobre el sillón. El aparato rebotó sobre un cojín de terciopelo.

—No da señal —protestó—. Lleva fuera más de cuatro horas, Marco. Debería haber vuelto ya.

—Marisa, cálmate.

—¿Que me calme? —Marisa avanzó hacia él—. Mi hija está ahí fuera y tú estás ahí sentado viendo las noticias como si no pasara nada.

—Te recuerdo que yo le ofrecí el Range Rover y que tú tampoco hiciste nada para evitar que se fuera.

Marisa se mordió la lengua, con ganas de decir algo, pero con la verdad de la situación golpeándole en la cara.

Dio otra vuelta por el salón y se fijó en la televisión.

—Mira —dijo Marco—. Madrid ha colapsado. Las antenas de telefonía están fallando por el peso de la nieve. Lo han dicho hace un rato. Miles de personas están sin cobertura.

Marisa negó con la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento.

Caminó con decisión hacia la mesita auxiliar donde reposaba el teléfono fijo inalámbrico. Lo descolgó con violencia.

—Voy a llamar al 112. O a la comisaría de Alcobendas.

Marco se levantó y se dirigió hacia ella.

—Marisa, no te van a contestar o, peor, te van a decir lo mismo que te estoy diciendo yo.

Ella le sostuvo la mirada, desafiante.

—Quiero saber dónde está mi hija.

—Los servicios de emergencia están desbordados. Hay gente con hipotermia, accidentes múltiples, ambulancias que no llegan a los hospitales. Si llamas ahora para decir que una chica de veintidós años no coge el teléfono desde hace tres horas, se van a reír de ti. Te dirán que esperes. Que no es una prioridad.

—¿Y si se le ha estropeado el coche?

—Entonces podrá volver a casa andando. Ella misma dijo que no había más de seis kilómetros.

—¿Y si ha tenido un accidente?

Marco calló. En realidad las dos cosas eran posibles.

—Llama al gimnasio a ver qué te dicen.

Marisa buscó en su móvil el teléfono del gimnasio. Lo marcó desde el mismo teléfono, pero tampoco daba señal.

—Es un maldito número móvil.

—¿No tienen fijo?

Marisa rebuscó en Google, pero no encontró un número de teléfono fijo. Bufó y pateó el suelo. Se asomó por la ventana. Creyó ver una silueta acercarse, pero pasó de largo.

Tomó una decisión poco acertada: salir a la calle tal y como estaba. Sin protección de ningún tipo.

La bofetada que le pegó la ventisca estuvo a punto de dejarla sin ganas de avanzar. Pero salió a la intemperie. Nevaba con fuerza. Miró en derredor. Solo encontró viviendas iluminadas por dentro y chimeneas humeantes. En aquella zona de Madrid se podían permitir el lujo de quemar pellets o leña en cantidades industriales.

Marco salió en su búsqueda.

—Marisa, entra dentro.

Ella no le hizo caso cuando él la abrazó. No se movió ni un centímetro.

—Tienes el todoterreno detrás, ¿no?

Marco no respondió. En días de lluvia solía dejarlo aparcado en la parte trasera. Por mucha tracción a las cuatro ruedas que tuviera, la rampa de salida del garaje podía resultar complicada. Si bien el Mini de Lorena lo había conseguido, él prefería no asumir riesgos.

—Vamos a abrigarnos antes —concedió.

Y los dos entraron en la casa para pertrecharse antes de iniciar la búsqueda con el Range Rover. Una búsqueda que se antojaba más que complicada.

SECUESTROS Y EXTORSIONES

Las oficinas de la Sección de Secuestros y Extorsiones, en el complejo policial de Canillas, sufrían de una calma extraña. Lo habitual era un ir y venir de agentes de un lado para otro, con diferentes opiniones, con distintas carpetas o tablets que albergaban buenas o malas noticias, según se mirase. Esa noche, sin embargo, el ambiente vibraba con una electricidad distinta, la de los desastres inminentes. La luz fluorescente, fría y aséptica, bañaba las mesas repletas de expedientes, latas de refresco y vasos de café vacíos.

El inspector Ávila cruzó el umbral. Traía el frío pegado a la ropa. Le había costado horrores llegar desde Aranjuez y, aunque la operación se había saldado con éxito, la calma posterior siempre le dejaba mal cuerpo.

Se sacudió la nieve de los hombros antes de colgar el abrigo empapado en el perchero. La tela pesaba el doble de lo habitual.

—Una Coca-Cola —dijo, más como una orden que como una petición.

La subinspectora Esther Montes entró pocos minutos después. Ella ya conocía las preferencias del jefe y se pasó por la máquina de vending de la ya cerrada cafetería del complejo. Eran más de las nueve de la noche y el poco alimento que podrían conseguir se limitaba a sándwiches empaquetados, latas de refresco y snacks de dudosa salubridad nutricional.

La inspectora portaba un poco de todo para repartir entre los compañeros.

El oficial Álvaro Nira, el benjamín del grupo, permanecía de pie junto al ventanal. Observaba el exterior con la incredulidad de quien ve aterrizar un ovni. Abajo, en el aparcamiento, los *zetas* y los *kas* habían perdido sus formas para convertirse en montículos blancos, anónimos bajo la tormenta.

—¿Lo ves muy negro, chaval? —preguntó Ávila.

Nira se giró. Tenía cara de agobio.

—Jefe, mi coche es un tracción trasera. No lo saco de ahí ni con dinamita. Y vivo en Parla.

—Te podría saltar con el chiste fácil, pero solo te diré que hoy no creo que duermas en Parla, Álvaro.

En la esquina opuesta, rodeado de una muralla de monitores, el inspector Luis tecleaba con furia. Le apodaban *Listín*, era el cerebro tecnológico de la unidad y el comisario Alamillos le había derivado desde Homicidios a Secuestros por unos días.

Ávila se apoyó en la mesa central y golpeó la superficie con los nudillos.

—Reunión. Ahora. Situación y recursos.

El equipo se cerró en torno a él. Nira abandonó la ventana y *Listín* giró su silla.

—Empieza tú, Luis —ordenó Ávila—. ¿Cómo están las comunicaciones?

Listín señaló los monitores con un bolígrafo mordisqueado.

—Mal. Y van a empeorar. La acumulación de nieve y hielo en las antenas de la zona norte y la sierra provoca caídas masivas. Las redes están saturadas. Todo dios está llamando a su madre, a su novia o al seguro del coche.

—¿Y si tenemos que buscar a alguien?

—La precisión se va a la mierda, inspector. Si pides una geolocalización de urgencia esta noche, te daré un radio de tres o cuatro kilómetros. Con suerte. Sin repetidores fiables, la triangulación es un juego de adivinanzas.

Ávila torció el gesto. Mal asunto para secuestros o desapariciones. Miró a Nira.

—¿Carreteras?

—La UME se está desplegando —informó el oficial, que había hecho los deberes—, pero llegan tarde. La M-30 y la M-40 son trampas para ratones. Hay miles de conductores atrapados. Si nos entra un aviso de la periferia, olvídate de los diez minutos de respuesta. Los *zetas* tardarán una hora. O no llegarán.

Esther Montes intervino desde su sitio, sin dejar de revisar el informe de Vallecas.

—La centralita del 091 está colapsada. Tienen cientos de llamadas en espera: gente atrapada en la nieve, ramas caídas, alcantarillas atascadas... El ruido tapa importante. Si alguien comete un delito grave ahora mismo, su llamada se pondrá a la cola detrás de un señor que no puede sacar el coche del garaje.

Ávila se terminó la Coca-Cola, colocó la lata entre las palmas de sus manos y la aplastó. Miró las pantallas de televisión colgadas en la pared. Las noticias mostraban un escenario bélico: autobuses cruzados, gente caminando por las autovías con mantas, la ciudad de Madrid hincando la rodilla ante la naturaleza.

—Bien —dijo Ávila, con la calma del que ya ha aceptado su destino—. Escuchadme. Nadie se va a casa. Ni a Parla, ni a Vallecas, ni a la esquina.

Nira soltó un suspiro resignado.

—¿Pedimos pizzas?

—¿Y cómo las van a traer, genio, en tractor o en tanque? —replicó Montes, incisiva.

Nira resopló y cogió uno de los sándwiches que la inspectora había subido de la máquina.

—Limpiad las mesas de papeleo atrasado. Quiero los teléfonos libres y los equipos cargados. Que la UIP esté preparada y, si es posible, un pequeño equipo de los GEO también, que esta mañana ya sabes…

—¿Esperas algo gordo, jefe? —preguntó Esther.

Ávila miró hacia la ventana, donde la nieve seguía cayendo, implacable, borrando el mundo exterior.

—La ciudad está aislada, medio ciega y medio sorda. Y la capa de nieve la convierte en el escenario perfecto para los lobos.

Esther se lo quedó mirando con la admiración que solo una fan profesa a su artista favorito.

El resto del equipo asintió.

La oficina quedó en un silencio tenso, solo roto por el sonido de los teclados y el zumbido de los ordenadores. Eran una isla de luz artificial rodeada por la oscuridad de una tormenta histórica que acababa de echar el cierre a Madrid.

PUERTA DEL NORTE

Julio conectó las pinzas a la batería del Mini con la destreza de quien ha destripado más de un coche ajeno. Las chispas saltaron, naranjas y efímeras, antes de morir en el aire helado.

—Dale ahora —ordenó, gritando para hacerse oír sobre el viento.

Lorena, sentada al volante, giró la llave. El motor de arranque tosió una vez. Dos. A la tercera, emitió un gemido metálico y calló. Las luces del cuadro de mandos parpadearon y se apagaron definitivamente.

Julio soltó las pinzas y cerró el capó con un golpe seco. Se acercó a la ventanilla, negando con la cabeza.

—Nada. El alternador debe de estar muerto. La batería no retiene carga ni con el puente.

Lorena golpeó el volante con la palma de la mano. La frustración y el frío empezaban a entumecerle las ideas. Miró a través del cristal. Tania esperaba junto a la furgoneta gris, con los brazos cruzados y dando saltitos para mantener el calor. Una chica normal más, muerta de frío en una situación de mierda.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Julio. Su tono era paternal, solícito—. No consigues contactar con la grúa, ¿no?

Lorena negó con la cabeza. Tania se acercó unos pasos, caminaba como de puntillas.

—¿Te acercamos a algún sitio?

Lorena miró su móvil sin cobertura. Miró la carretera vacía, negra y hostil. Y finalmente miró a aquella pareja que el destino parecía haberle enviado. La decisión lógica, la decisión de supervivencia, era subir a esa furgoneta.

—¿Para dónde vais?

—Para Sanse —respondió Tania—, vamos por aquí por evitar la A-1 que está imposible.

—Vivo a unos cuatro kilómetros de aquí. —Señaló con el dedo.

—¿En La Moraleja? —preguntó Julio.

Lorena asintió, como avergonzada de su clase social.

—Venga, sube, que nos pilla más o menos de camino y me muero de frío —dijo Tania.

La chica cogió el móvil y las llaves, salió del Mini y se dirigió a la Transporter de la pareja. Julio se apartó para dejarle paso, señalando el vehículo gris con un gesto cortés.

Lorena dio los pasos necesarios hasta la furgoneta. Tania abrió la puerta lateral corredera.

Fue entonces cuando el instinto de Lorena, afilado por una especie de intuición animal, se disparó. Al pasar junto a Julio, notó un movimiento extraño en su visión periférica. Él no caminaba hacia su puerta; se había girado hacia ella, demasiado cerca, invadiendo su espacio vital con una urgencia que no encajaba con la amabilidad del momento. Y percibió su aliento.

Lorena se detuvo en seco y giró el torso.

—Se me ha olvidado el bolso…

Julio no la dejó terminar y antes de que se escurriera por su lateral, se abalanzó sobre ella, intentando agarrarla del brazo.

La reacción de la chica fue motivada por esa adrenalina que dicen que nace en situaciones críticas. No gritó, y en lugar de retroceder, plantó los pies en el suelo y empujó con ambas manos el pecho de Julio.

El amable ciudadano se había convertido en un secuestrador, un secuestrador que no esperaba esa fuerza en su presa. Sus botas resbalaron sobre la nieve virgen del arcén. Perdió el equilibrio, agitó los brazos como un espantapájaros y trastabilló dos metros hacia atrás.

Lorena no corrió hacia la carretera abierta; sabía que allí era una presa fácil. Intentó rodear la parte trasera de su propio coche para interponer el vehículo como barrera, buscando ganar tiempo para llegar a la puerta del copiloto y encerrarse. Si querían entrar,

tendrían que romper el cristal. Y con suerte pasaría otro coche que podría ayudarla.

Error.

Consiguió entrar, sí, pero en medio de aquel caos personal no cayó en que el coche no tenía ni una gota de electricidad. Es decir, el cierre centralizado no funcionaba.

Julio recuperó el equilibrio. Soltó una maldición que se perdió en la ventisca y se dirigió hacia el coche.

Abrió la puerta y le agarró por el pelo. Tiró de ella hacia afuera pero no consiguió sacarla. Lorena comenzó a gritar y a pegar puñetazos a los brazos del tipo.

—Ayúdame, joder —gritó Julio a Tania.

Tania, que se había mantenido al margen del altercado, entró en el coche por el asiento del copiloto y le pegó un puñetazo con todas sus fuerzas a Lorena en las costillas. La chica sintió el dolor punzante y aflojó en su resistencia. Lo que permitió a Julio sacarla del coche.

Pero el suelo estaba cubierto de nieve y, por lo tanto, era una pista de patinaje.

¿Consecuencia?

Ambos cuerpos se tambalearon por la fuerza del tirón del hombre y cayeron juntos al suelo. El móvil de Lorena salió despedido de su mano y aterrizó boca abajo en la nieve.

Lorena quedó encima de Julio, sobre el que clavó sus ojos. Cuando iba a golpearlo en la cara, sintió el mismo dolor que segundos antes. Pero esta vez mucho más fuerte y en el lado opuesto.

Tania le había pegado una patada en el otro costado. Julio entonces la empujó y rodó con ella hasta quedarse encima.

—¿Te vas a estar quietecita o tengo que hacerte daño?

Lorena sabía que tenía que recuperarse, tenía que ganar algo de tiempo hasta que alguien pasase por allí. Tenían que hacerlo. Así que sacando fuerzas de donde no las tenía, se las ingenió para colar su rodilla entre las piernas de su agresor y propinarle un rodillazo en el paquete que lo dejó doblado.

Salió de debajo y se enfrentó a Tania, quien decidió dejarla huir.

Lo que Lorena no sabía es que Tania era más arpía que las propias arpías, y que tenía tanta agilidad como ella. Tras correr pocos metros, notó que se trastabillaba, que sus pies se cruzaban sin sentido y que perdía el equilibrio sin saber por qué.

Acabó de bruces contra la nieve.

Tania le había dejado correr para perseguirla por detrás y hacerle el más fácil de los trucos, como si estuvieran en el colegio: una zancadilla.

Lorena sintió el peso de dos rodillas sobre su espalda. Y al poco, algo casi más frío que la nieve apoyado en la sien.

—Último aviso —amenazó Julio con una Glock en la mano—. O te estás quieta o vas a sufrir.

Entre los dos, levantaron el cuerpo de Lorena como si fuera un saco de escombros. La arrastraron los pocos metros que los separaban de la furgoneta.

La empujaron al maletero, sobre el suelo metálico y frío. Julio subió tras ella de un salto ágil. Tania corrió al asiento del conductor y bloqueó los seguros con un golpe seco de la palma.

Dentro, Julio inmovilizó a Lorena con su peso. Sacó unas bridas de plástico del bolsillo. El sonido del plástico al cerrarse sobre las muñecas de la chica rasgó el silencio del habitáculo. Apretó con fuerza extrema. Lorena gritó en un último intento desesperado. Julio le dio un golpe en el costado, sabía que eso bastaría para acallarla. Y en efecto, la chica no pudo gritar más. Luego, le colocó una mordaza improvisada con cinta americana y le cubrió la cabeza con un saco de tela oscura.

—Arranca y vámonos de aquí —ordenó Julio.

Tania pisó el acelerador a fondo. La furgoneta derrapó brevemente, escupiendo aguanieve, antes de traccionar y alejarse a toda velocidad que la nieve les permitía.

En el arcén, la calma regresó. Solo quedó la nieve pisoteada, revuelta y sucia junto al Mini Cooper, testigo mudo de la violencia. Allí en la Puerta del Norte de Valdebebas el móvil de Lorena quedó hundido en el manto blanco. La pantalla seguía encendida, proyectando una luz mortecina que quería salir a la superficie sin conseguirlo, como si fuera un testigo que no podía declarar. Mentras,

los copos caían con intensidad, apresurándose a cubrirlo y borrar las huellas del crimen.

Lorena había dejado de ser una persona para convertirse en una víctima.

En una secuestrada.

DESESPERACIÓN

El Range Rover avanzaba por las calles de La Moraleja como un tanque de lujo en territorio hostil. Los faros LED perforaban la cortina blanca, pero apenas iluminaban diez metros de asfalto. El resto era oscuridad y nieve racheada. Dentro, el climatizador mantenía una temperatura de veintidós grados, un contraste obsceno con el infierno helado del exterior.

Marco aferraba el volante con los nudillos blancos. Marisa, a su lado, escrutaba la negrura a través del cristal empañado.

—Se ve muy poco.

—Vamos muy despacio, si nos cruzamos con ella la veremos.

Recorrieron la avenida principal. Nada. Solo setos cubiertos de blanco, portones de seguridad cerrados a cal y canto y algún vehículo aparcado que ya parecía un iglú. Ni rastro del Mini Cooper. Llegaron a la altura del club deportivo. El aparcamiento estaba desierto, una planicie blanca inmaculada sin huellas de neumáticos recientes.

—Aquí no está —dijo Marco, que frenó en seco. El coche patinó levemente antes de detenerse.

—¿Y dónde se ha metido? —Marisa golpeó el salpicadero.

Marco cerró los ojos un segundo.

—La puerta norte —murmuró.

—¿Qué?

—Me dijo que iría por la Puerta Norte de Valdebebas para no ir por la A-1.

Marco giró el volante con brusquedad. El todoterreno rugió y dio la vuelta, lanzando nieve sucia contra los bordillos. Aceleró más de lo

prudente. Llegaron a la rotonda previa a cruzar el puente sobre la R-2

Por el lado opuesto de la rotonda, una Volkswagen Transporter trazaba la curva con esmero y paciencia. Pasó despacio, con esa prudencia de quien lleva carga frágil. Marco apenas la miró al comprobar que no era el Mini de Lorena; sus ojos buscaban la silueta pequeña del coche de Lorena. Marisa sí la vio, y por un segundo, sus miradas se cruzaron con las chapas del vehículo que se alejaba hacia la autovía. Ninguno de los dos supo que acababan de cruzarse con el destino de Lorena.

El Range Rover encaró la calle de acceso a la zona de Valdebebas.

A trescientos metros, los faros iluminaron algo en el arcén derecho. Una forma oscura, redondeada, con una capa de nieve virgen sobre el techo.

—¡Allí! —gritó Marisa.

Marco reconoció el coche y la matrícula. El corazón le dio un vuelco. Frenó el todoterreno detrás del Mini y lo cruzó en mitad de la calzada para iluminar la escena. No esperó a apagar el motor. Abrió la puerta y saltó a la nieve.

El viento le golpeó como un martillo. Corrió hacia el coche de su hijastra.

—¡Lorena!

Silencio.

El coche estaba oscuro. Marco pegó la cara a la ventanilla del conductor. Tiró de la puerta y solo encontró silencio.

Marisa llegó a su altura, protegiéndose la cara con el cuello del abrigo.

—No. No hay nadie —dijo.

Marco sacó el móvil y encendió la linterna. El haz de luz barrió el interior. El bolso estaba en el asiento del copiloto. Las llaves, puestas en el contacto. Pero no había nadie.

Miraron alrededor. El suelo era un caos de nieve revuelta, pero la tormenta, implacable, ya había hecho su trabajo. Los copos caían con tal intensidad que las huellas de la lucha, las pisadas de Julio y

el rastro de arrastre hasta la furgoneta habían desaparecido bajo una capa blanca y uniforme. Era un escenario aséptico. Limpio.

—¡Lorena! —gritó Marisa a la noche.

Marco iluminó el suelo cercano al coche. Buscó huellas de pisadas que se alejaran hacia el bosque o hacia la carretera. Nada. Solo blancura. A pocos metros de sus botas, enterrado bajo diez centímetros de nieve polvo, el móvil de Lorena seguía emitiendo una señal invisible, pero para ellos no existía.

—Tiene que estar cerca —dijo Marco, girando sobre sí mismo—. A lo mejor la ha llevado alguien y nos hemos cruzado sin darnos cuenta. ¿Tú has visto algo?

—Se ha dejado el bolso… —Marisa señaló el interior del coche, donde se veía el bolso deportivo de Lorena en el asiento del copiloto.

Marco sacó su propio teléfono.

—Voy a llamar a la policía.

Miró la pantalla.

Sin servicio.

Levantó el brazo, buscó un ángulo mejor, se movió hacia el centro de la carretera. Nada. La X roja en la barra de cobertura era una sentencia.

—Maldita sea.

Marisa le agarró del brazo. Temblaba, y esta vez Marco no supo distinguir si era por el frío o por el pánico.

—No hay nadie, Marco. Se la han llevado. O se ha perdido. Tenemos que volver. Aquí no hacemos nada.

—No podemos dejar el coche así.

—¡No tenemos cobertura! ¡Hay que llamar desde casa! ¡Vámonos!

Marco miró una última vez la oscuridad que se tragaba el bosque. Quería gritar, quería correr hacia la negrura y buscarla, pero la lógica, fría y dura, le decía que su mujer tenía razón. Sin teléfono y a ciegas, eran inútiles.

La empujó suavemente hacia el Range Rover. Subieron al vehículo, cerrando la puerta a la intemperie. El silencio del habitáculo cayó sobre ellos como una losa. Marco metió primera y arrancó, dejando atrás el Mini Cooper abandonado.

Por el retrovisor, vio cómo la nieve seguía cayendo sobre el coche pequeño; borraba sus huellas, borraba el camino y sepultaba la verdad bajo un sudario de hielo.

ALTO RIESGO

La sala de operaciones de la Unidad de Secuestros y Extorsiones parecía la bolsa de valores un día de crac financiero. Los teléfonos sonaban sin pausa, una cacofonía de timbres que se mezclaba con el tecleo nervioso de los agentes y el murmullo de las televisiones. Fuera, la nieve seguía cayendo con la intención de sepultar Madrid; dentro, la burocracia intentaba mantenerse a flote.

El inspector Ávila revisaba un expediente atrasado con la desgana del que sabe que está perdiendo el tiempo. Dio un sorbo a su tercera Coca-Cola de la noche. Caliente. Hizo una mueca de asco.

Sonó el teléfono. Ávila resopló. Aquella llamada no podía suponer nada bueno.

—Dígame, señor comisario.

—Tenemos un problema, Cecilio.

Ávila odiaba que le llamaran por su nombre completo. Y odiaba aún más aquel tono de su superior.

—Tenemos mil problemas, jefe. Estamos aquí ocupados en labores que no nos corresponden.

—Pues mejor me lo pones, porque tengo para ti un trabajo propio de tu unidad —soltó el comisario Alamillos. Ávila arqueó las cejas; quizá la llamada no era tan mala después de todo—. Tenemos una posible desaparición de alto riesgo.

Alamillos le contó la llamada de una importante familia de empresarios. Le contó que la hija de esa familia no daba señales de vida. Y le contó el barrio donde se había producido la desaparición.

—Jefe, con todo el respeto. ¿No será que la niña habrá quedado con alguien?

—No —cortó Alamillos. Su voz no admitía réplica—. Te repito que la familia dice que iba a un gimnasio cercano. Han recorrido la ruta con un todoterreno y han encontrado el coche vacío y el bolso de la chica…

—¿Se da cuenta de que movilizar a mi equipo con este temporal es una gran…? —Ávila se interrumpió a sí mismo, sin atreverse a terminar la frase.

—Quiero esa desaparición calificada como de Alto Riesgo. Ahora mismo. Prioridad absoluta. Si tenéis que sacar vuestros culos a la calle, os ponéis un abrigo y los sacáis. —El comisario cortó la comunicación, no sin antes lanzar su última amenaza—: Cuando hables con los padres, te darás cuenta de que no es un capricho de gente rica.

Ávila se terminó la Coca-Cola de un trago, aplastó la lata con las dos manos en su gesto habitual y la lanzó a la papelera.

Salió de su despacho y le contó al equipo la jugada del comisario.

—Se acabó la paz.

—¿Te ha pasado la lista de teléfonos de la familia? —preguntó Listín.

—Hay una carpeta en el sistema con la llamada de la madre y el audio grabado en el 112. Como no le han hecho mucho caso, habrán llamado a algún pez gordo. Empezamos por esa llamada y contactamos con la familia para recabar más información.

El equipo reaccionó al instante. La maquinaria se puso en marcha. Ávila distribuyó el juego con la precisión de un crupier cansado.

—Álvaro, contacta con la UME, necesitamos que alguna de sus patrullas nos acompañe a la zona. También localiza un coche todoterreno aquí en el complejo.

—Oído —respondió Nira, descolgando el teléfono.

Ávila se acercó a la mesa de Esther Montes. La subinspectora le miró, a la espera de instrucciones. Ávila bajó la voz, convirtiéndola en un susurro áspero que solo ella podía oír.

—Si el comisario quiere Alto Riesgo, le daremos Alto Riesgo con todas las consecuencias.

—¿Qué necesitas?

—Pues lo habitual en estos casos…

—Destripar a la familia, ¿no?

—Esa es mi chica.

Ávila apoyó las manos en la mesa de su compañera y la miró a los ojos.

CAFÉ

La nieve se posaba con calma sobre los cristales de la pequeña sala de descanso y, despacio, descendía su camino hasta apiñarse en los recovecos de los marcos. El zumbido eléctrico de un fluorescente en mal estado bañaba la estancia de un azul espectral. Eran las tres de la madrugada y la Unidad de Secuestros parecía contener la respiración bajo la tormenta. La subinspectora Esther Montes aguardaba frente a la cafetera y se frotaba el rostro con las palmas de las manos en un intento inútil por borrar las ojeras que el reflejo del cristal le devolvía. El cansancio no era solo físico; era un peso muerto en los huesos.

El inspector Ávila entró en el *office*; sus pasos se deslizaban con esa calma depredadora que lo caracterizaba. No se detuvo a una distancia prudencial. Se apoyó en la encimera, justo al lado de ella e invadió ese perímetro de seguridad que cualquier compañero respetaría, pero que él cruzaba con una naturalidad alarmante. Observó el perfil de Esther en silencio mientras la máquina terminaba de escupir un líquido oscuro al que nadie en su sano juicio llamaría café. Ella recogió el vaso de plástico y se giró: estaba atrapada entre el borde de la mesa y el cuerpo de él.

—¿Qué tal tu ex? —preguntó Esther.

—Pues ya sabes, días y días.

—¿Y los críos?

—Cada día más grandes. Su tía los cuida bien.

—Me alegro.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —preguntó Ávila, con una voz grave que vibró demasiado cerca.

—Pues con mucho sueño, la verdad —admitió ella, ignorando la proximidad de su compañero— y de momento no he encontrado nada reseñable. Tendremos que pedir ayuda a los de Delitos Económicos.

—Me refiero a lo de tu madre.

—Ah, eso…

Esther miró al suelo y removió el café. Se separó un poco de su compañero y se sentó en un taburete alto. Volvió a mirar por la ventana cómo los copos de nieve caían y se produjo un tenso silencio.

—Creo que voy a empezar a fumar de nuevo —dijo al fin.

—Entre eso y el café cualquiera se arrima a ti por la mañana.

Montes giró de nuevo la cabeza hacia su compañero.

—Eres muy tonto, ¿lo sabías? —dijo sin maldad.

—No, no lo sabía. De hecho, lo sé.

Se miraron y se aguantaron las miradas hasta que la inspectora esgrimió una mueca que podría interpretarse como sonrisa.

—No te voy a decir cómo amaneces tú, que no quiero que te me pongas a llorar ahora que tenemos este marrón tan grande.

—Hablando de amaneceres —dijo Ávila para cambiar de tercio—, en cuanto salga el sol, nos vamos a La Moraleja.

—El sol no va a salir, ¿no has visto el parte meteorológico o qué?

—Mira que eres tiquis-miquis a veces. Ya sabes a lo que me refiero.

Volvieron a cruzar los ojos con esas miradas que solo ellos dos podían mantener.

—¿Nira ya ha conseguido el todoterreno?

—Y tanto, una lechera 4x4 encima, con oficina en la parte de carga.

—¿Y cuántos cabemos ahí?

—Tres.

—Dejas a Listín aquí, ¿no?

—Aquí o en Homicidios, pero pendiente del teléfono y con el ordenador hasta cuando se vaya al baño.

—¿Ha conseguido algo del teléfono de la chica o de los padres?

—Las operadoras están que no dan abasto. No tendremos las BTS hasta luego por la tarde como muy pronto.

—Estupendo —ironizó la inspectora.

—¿Por qué no te vas a echar un par de horas a mi despacho?

—¿Para qué? ¿Para que me apeste el aliento cuando me despierte?

Ávila no reprimió una carcajada.

—Estás fatal…

—Ya, claro, tú me llamas boca apestosa y yo estoy fatal.

Ávila se acercó hasta su compañera más de lo que la distancia prudencial entre dos compañeros requería, otra vez. Sus bocas, ciertamente, estaban muy próximas. Montes lo miró a los ojos, como si fuera un reto. Abrió la boca. Le echó el aliento con mala baba. El inspector sonrió.

—Venga, échate un rato; yo lo haré después —dijo con una sonrisa.

En ese momento entró el oficial Nira, en el típico momento de interrupción del beso de las comedias románticas.

—A las buenas noches.

Los dos inspectores se separaron sin armar mucho revuelo. Era un movimiento que tenían estudiado para no llamar la atención porque ya se sabe que eso deriva en que resulta peor el remedio que la enfermedad.

—Así que nos has conseguido un buen bólido, ¿no, Álvaro? —dijo Esther.

—Depende.

—¿De qué? —preguntó Ávila.

—De quién lo conduzca.

Montes y Ávila se miraron. Nira sonrió.

—Ni de coña —replicó la inspectora.

—¿Por qué? —protestó el oficial con un tono que recordaría al de un niño pequeño.

—¡Por qué, dice! —bufó Montes—. No te voy a recordar la que nos liaste solo porque habían caído cuatro gotas, que todavía me duele el chichón en la frente…

—Y el siniestro total del camuflado, claro… —añadió Ávila.

—No fue total.

—No, claro, la mitad nada más. El resto, piezas para desguace.

—Qué exagerada eres, Montes —Nira se dio la vuelta—. Al menos lo saco del complejo, ¿vale?

Ávila se acercó al oficial.

—Ya veremos.

—¿Y si te digo que he conseguido la imagen de una cámara de seguridad donde se ve a la chica tampoco me dejas conducir?

Los dos inspectores abrieron bien los ojos antes de que Ávila agarrase por el brazo al oficial y lo sacase de allí medio a empujones.

Tenían que ver esa cámara de seguridad. Adiós al plan de siesta nocturna.

MENSAJE

El salón de los Rivas-Cánovas era una jaula de madera, hormigón y cristal sitiada por el invierno. Fuera, la nieve se amontonaba contra los ventanales como un animal blanco y mudo que quisiera entrar a devorarlos; dentro, la calefacción paliaba solo en parte el frío que desprendían sus propios habitantes. La luz artificial caía sobre los muebles de diseño con una crudeza forense y revelaba el polvo invisible de una familia en descomposición. Marisa Cánovas no gritaba, porque las mujeres como ella no gritan, escupen veneno en voz baja. Paseaba de un lado a otro, con esa elegancia tensa de felino acorralado, mientras Marco Rivas aguantaba el chaparrón hundido en el sofá, con la corbata aflojada y el rostro brillante de un sudor que no era por el calor.

—Teníamos que haber ido antes, Marco, te lo dije —cada sílaba era un clavo más en el ataúd de su paciencia—. Y no la teníamos que haber dejado marchar.

—Menos mal que hablas en plural. Porque yo fui el que intentó retenerla.

Marisa lo miró, iracunda, aterrorizada. Marco notó la mirada de su mujer y decidió ignorarla.

—¿No te vale que ya hayamos denunciado su desaparición y que haya hablado con el Delegado del Gobierno? —Marco insistió en su defensa, quizá para evitar un segundo ataque.

—No presumas de eso, que todos sabemos por qué lo conoces…

La preocupación estaba a punto de tornarse en discusión cuando el sonido de unos pasos arrastrados en la escalera los interrumpió. Antoine apareció en el umbral, con el pijama arrugado y el pelo

revuelto, se rascaba la barriga con una indiferencia que resultaba insultante. Miró a su padre y a su madrastra como quien mira un programa de televisión aburrido.

—¿Todavía seguís con el drama? —preguntó—. ¿Ha vuelto ya la princesa o tengo que esperar despierto a que termine la función?

Marisa se giró hacia él con los ojos inyectados en ira.

—Ten un poco de respeto, niñato. Tu hermana no aparece y tú te comportas como un animal. ¡Cállate o vete a tu cuarto!

Antoine soltó una risa seca, carente de cualquier alegría, y se dirigió a la cocina. Volvió con una lata de refresco energético y se lo bebió de casi dos tragos.

—No he podido apenas dormir, son solo las siete de la mañana… —dijo después de apurar la bebida—. Todo este pánico es ridículo. Lorena siempre ha sabido cuidarse solita, sobre todo de vosotros. Volverá pronto, estará con algún amigo, que tiene muchos.

—¿Te va a callar, Antoine? ¿O tengo yo que callarte? —protestó Marco—. ¿Te ha contestado por el Instagram o algo? No digas tonterías si no sabes dónde está.

Antoine levantó las manos a modo de disculpa. Le gustaba mucho vacilar a su padre y a la mujer de este, pero la falta de sueño le tenía demasiado trastornado. Era todavía de noche y, en efecto, apenas había pegado ojo.

El silencio que siguió fue espeso, pero duró poco. El teléfono móvil de Marisa, abandonado sobre la mesa de centro de mármol, emitió un ping agudo, un sonido digital que cortó el aire como una tijera de podar cercena una rama seca. Durante dos segundos, nadie se movió. Los tres pares de ojos se clavaron en el aparato, que brillaba con una luz intermitente. Marisa hizo ademán de lanzarse a por él, pero los nervios de Marco fueron más rápidos. Se abalanzó sobre la mesa y lo atrapó con manos temblorosas. Conocía de sobra el patrón de desbloqueo del móvil de su esposa y deslizó el dedo con torpeza hasta que consiguió ver de qué se trataba ese mensaje.

La cara de Marco se transformó. Fue como si le hubieran sacado la sangre del cuerpo con una jeringuilla gigante. Los ojos se le abrieron tanto que podría necesitar la aplicación de lágrima artificial en colirio y la boca se le quedó entreabierta en una mueca de terror.

Leyó el mensaje una vez. Dos. Negó con la cabeza, un movimiento espasmódico, como si rechazase lo que sus retinas le enviaban al cerebro.

—¿Qué pasa? —exigió saber Marisa, con las manos en la cabeza —. ¡Dámelo!

Antoine se arrimó, curioso. El olfato de las ratas para detectar el naufragio nunca falla, y él acababa de oler el agua entrando en la bodega. Marco levantó la vista muy despacio. Ya no había rabia en su mirada, solo un abismo oscuro y profundo. Sin decir una palabra, giró la pantalla del teléfono hacia ellos.

Al menos, ya sabían algo de Lorena.

EXHIBICIONISMO

El vídeo se había enviado; el trabajo sucio digital estaba hecho. el secuestrador guardó el móvil y, sin mediar palabra, le cruzó la cara a la chica con el reverso de la mano. El chasquido de la bofetada resonó seco en el sótano, amplificado por las paredes de hormigón desnudo. la secuestrada, atada a la silla, sacudió la cabeza por el impacto; las lágrimas le brotaron de puro dolor físico. La bombilla colgada del techo oscilaba por las corrientes de aire helado que se colaban quién sabe por dónde y proyectaba sombras danzantes, mareantes, sobre el suelo mojado. Hacía un frío que de esos que se te cuelan entre los omóplatos y el cuello y apenas de deja capacidad de reacción.

El individuo se inclinó sobre ella y le arrancó la cinta americana de la boca de un tirón seco, cruel. La piel de la chica enrojeció al instante. La secuestrada intentó balbucear, mover la cabeza hacia atrás, buscar aire, pero el secuestrador le agarró el pelo con violencia y tiró hacia arriba, como si quisiera arrancárselo de raíz, para obligarla a mantener la cabeza erguida.

—Cálmate ya —le escupió él con una frialdad mecánica—. Te he dicho cien veces que no te vamos a hacer nada, pero como sigas así de histérica, te juro que te abofeteo hasta que se derrita toda la nieve.

Por su parte, la tercera en cuestión, la secuestradora observaba el espectáculo desde atrás, recostada contra la pared de piedra y envuelta en el humo azulado de su cigarrillo. Parecía ajena a la violencia o quizás demasiado acostumbrada a ella. El paso por el talego de su amante le había cambiado. No es que antes fuera un

alma de la caridad, sin embargo, esos seis meses a la sombra le habían servido para todo lo contrario que propone la cárcel.

La compañera lanzó una bocanada larga hacia la zona donde la cautiva tiritaba. el secuestrador soltó a su víctima y caminó hacia su compinche con paso lento. Era el momento de divertirse. Aunque, quizá, ya se estaba divirtiendo con esa ligera violencia que había empezado a ejercer sobre la secuestrada. Esa sensación de dominación de la que había carecido todos esos meses le estaba embriagando de unas sensaciones difíciles de digerir —o mejor dicho, de controlar— para un delincuente. Se pegó al cuerpo de su chica, le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí con una brusquedad que imitaba la pasión pero apestaba a dominio.

—Ha quedado perfecto, nena —dijo él, sin dejar de mirar de reojo a la secuestrada—. Se van a cagar encima.

—A ver si es verdad y el viaje a Brasil no se queda solo en una semana —respondió ella, que se dejaba sobar; soltó una risita que sonó a cristales rotos—. Con lo que te ha prometido que te va a pagar tu pri…

El secuestrador le puso una mano en el cuello para acallarla y se acercó a su oído.

—Calla, joder, no digas eso delante de la chica.

Y justo después le mordió la boca, le lamió los labios y le metió la mano entre las piernas en una caricia animal, excesiva. La secuestradora gimió, pero sus ojos seguían clavados en la chica atada, brillantes de malicia. Hablaban de ella como si fuera un mueble, un fardo, un cheque al portador que respiraba y sangraba. la secuestrada, incapaz de soportar aquella exhibición de lujuria y crueldad, bajó la vista hacia sus rodillas juntas, avergonzada; sintió el terror de la inestabilidad que destilaban aquellos dos.

El secuestrador se giró hacia la chica y se percató del gesto. Se separó de su compañera y volvió sobre sus pasos hasta plantarse frente a la silla. Le agarró la barbilla con los dedos como tenazas y la forzó a levantar el rostro.

—Míranos —ordenó.

La secuestrada no le hizo caso, pero el hecho de que él alzara la mano bajo la firme promesa de soltar otra bofetada hizo que alzara

la vista al instante para clavarse en los ojos de aquel desgraciado. En ese momento decidió que sí, que iba a obedecer en todo lo que dijera, pero que jamás olvidaría esos ojos y que haría todo lo posible para vérselas a solas con él cuando sus padres pagaran ese millón de euros que había solicitado ella misma en el vídeo que le obligaron a grabar.

Cuando el secuestrador dio el visto bueno a la mirada de la chica, le puso de nuevo la cinta americana en la boca; después se acercó a su chica y volvió a besarla con rudeza y a meter su mano en su entrepierna. Solo que esta vez lo hizo por debajo de la ropa y se encargó de ponerse en un lateral para que su víctima lo viera bien.

Sí, se estaba divirtiendo mucho con aquello y estaba dando rienda suelta a una de sus pasiones más prohibidas: el exhibicionismo.

Lo que no sabía es que la secuestrada ya estaba de vuelta de casi todo en cuanto a sexo se refiere. Con su edad y su atractivo, tendría el móvil repleto de fotos de órganos reproductores masculinos (la llamada fotopolla) de no ser porque se ocupaba cuidadosamente de borrarlas, no sin antes emitir un gesto de asco, o de lujuria, según quien fuese el remitente.

El secuestrador restregó sus fríos dedos por la anatomía genital de su compañera, que primero puso los ojos en blanco y después los cerró para abrir la boca e inclinar la cabeza hacia atrás. La chica disfrutaba de la pericia sexual de ese tipo tan problemático, algo que muchas otras solo se atrevían a mirar en la distancia. Y por eso estaba tan enganchada a él.

Con el adelanto que les había dado el primo de el secuestrador, habían reservado un vuelo a Brasil y luego allí ya se buscarían la vida de alguna forma con el resto de lo que iban a cobrar. Un diez por ciento de un millón de euros era mucho dinero, y podrían tirar un tiempo. Desaparecer una temporada, era lo que el primo les había pedido.

Cuando el secuestrador dio por terminados los tocamientos a su compañera, la arrastró hasta la escalera agarrada por el culo. Giró su cabeza hacia atrás y se encontró con los ojos de la secuestrada clavados. No supo si por obediencia o por desafío. En ese momento

le dio igual. Solo quería disfrutar de un buen polvo y más adelante decidiría qué hacer con aquella niñata rica.

Alargó la mano y apagó la luz de la única bombilla de toda la estancia. El sótano se sumió en la negrura absoluta. La secuestrada se quedó sola, con el sabor de la sangre en la boca y el eco de las risas de sus verdugos martilleándole el cerebro.

UN MILLÓN

El motor del todoterreno policial rugió por última vez antes de enmudecer frente al pórtico de los Rivas-Cánovas.

Ávila y Montes descendieron del vehículo; las botas se les hundieron en la nieve virgen que cubría la entrada. Nira se quedó en el asiento central de la furgoneta de tres plazas que él mismo había conseguido esa madrugada después de mucho rogar a unos y otros. Lo que no pudo conseguir es que sus jefes le dejaran conducir. Y menos después de esa falsa esperanza de la que habló: la imagen de la cámara de seguridad que captaba a Lorena se trataba de la del gimnasio al que acudió. Y en esa grabación no se apreciaba nada raro, nadie que siguiera a la chica.

Del viaje a La Moraleja se encargó Montes y no paró de protestar en todo momento por la situación de la ciudad, completamente cubierta de nieve. Lo que Álvaro no pudo lograr fue el apoyo de la UME. Mejor así, pensó Ávila; si la prensa se enterase de que han movilizado recursos del Estado para asistir a una familia acaudalada, rodarían cabezas. Y no sería la del comisario.

No hubo saludos protocolarios al cruzar la puerta de la enorme vivienda. El ambiente en el salón pesaba toneladas. Marco Rivas, con el rostro desencajado, les tendió el teléfono móvil como si el aparato quemase. Ávila lo tomó y reprodujo el archivo. Ya se lo había mandado una hora antes, cuando contactó con la Unidad para contarles la tragedia. En la pequeña pantalla, la imagen de Lorena golpeó la conciencia de los presentes: estaba empapada, atada y con la mejilla enrojecida por el golpe reciente. Tiritaba de frío y terror. Debajo del vídeo parpadeaba un mensaje escueto con una

dirección alfanumérica larguísima y una exigencia millonaria en Bitcoin, junto a una cuenta atrás que ya había empezado a restar minutos. No había posibilidad de respuesta a ese mensaje; el texto avisaba de que volverían a contactar pasadas unas horas y advertía de no llamar a la policía bajo ninguna circunstancia.

—Puedo conseguir gran parte de los fondos que piden —dijo Marco; se abalanzó hacia un portátil ultrafino que descansaba sobre un escritorio lateral.

—¡Págales! —gritó Marisa, aferrada a un cojín del sofá—. ¡Dales lo que piden, por Dios!

Marco abrió la tapa del ordenador; sus dedos volaron sobre el teclado para introducir la contraseña.

—Haga usted el favor de cerrar el ordenador y entregármelo, señor Rivas —la voz de Ávila sonó calmada pero autoritaria.

El inspector se acercó hasta la mesa donde el hombre se había detenido en su maniobra. Le puso una mano en el hombro y lo miró. El empresario giró la cabeza hacia arriba y sus miradas se encontraron. Ávila divisó la expresión genuina del pánico y el caos.

—¡Es mi dinero y es mi hija!

—Escúcheme bien, Marco. En este país, el pago de rescates está terminantemente prohibido. Si usted mueve un solo céntimo hacia esa cuenta, estará cometiendo un delito de financiación al crimen organizado y colaboración con banda armada —aclaró Montes.

—¡Me importa un carajo! —Marco reanudó su intento de acceder a sus cuentas.

—¿Usted sabe que si paga ahora mismo podría estar facilitando que Lorena acabe mal? —Ávila bajó el volumen, aunque el mensaje llegó hasta Marisa.

—¿Qué dice usted, por Dios?

—Lo que mi compañero dice es que si sueltan la pasta a la primera, entenderán que son un blanco fácil, un cajero automático con patas. Volverán a pedir más. O peor aún: una vez cobrado, el activo deja de tener valor. ¿Entienden lo que eso significa?

Marisa soltó un sollozo y se tapó la boca. Marco se quedó paralizado; procesó la brutalidad de la lógica policial.

—La única forma de sacar a Lorena viva de ese agujero es la negociación. Tenemos que ganar tiempo y esperar un error —prosiguió Ávila—. Los compañeros de la Brigada Tecnológica ya están trabajando en el mensaje recibido.

—¿Pueden localizar la señal? —preguntó Marco con esperanza.

—Será difícil con este tipo de aplicación que han usado, pero confío plenamente en ellos —Montes habló en plural de Listín, pero no había nadie más al volante. Sin embargo, el inspector Luis valía como todo un ejército de hackers, según el criterio de la inspectora.

El inspector prosiguió con su explicación.

—Necesitamos requisar todos los dispositivos electrónicos que tengan en la casa.

Los padres se miraron extrañados. No entendían. Y Antoine mucho menos. Ni loco iba a soltar su iPhone recién traído por los Reyes Magos. Hizo un intento por largarse del salón, pero Esther se interpuso en su camino.

—Por favor —dijo y extendió la mano.

El muchacho puso los ojos en blanco, resopló y miró a su padre.

—Y sube a por el portátil y lo bajas. No nos queda otra, hijo.

El chico le entregó el móvil de mala gana a la inspectora y se largó. Lo que pasa es que Montes lo siguió en su camino escaleras arriba.

—¿Qué pasa?

—Me tienes que entregar todo ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque es el protocolo.

—Pues yo paso del protocolo.

—¡Antoine! Haz lo que te piden, por Dios.

Marco, para dar ejemplo, le entregó su propio ordenador y su teléfono y el muchacho claudicó. Marisa hizo lo mismo y le preguntó si se querían llevar la torre de su despacho, ya que ella no tenía portátil. Ávila dijo que sí y avisó a Nira para que entrara y les ayudara con todo. El oficial les pidió las claves y entre él y Montes sacaron los equipos al furgón. Marco, Marisa y Antoine se quedaron de pie en medio de su salón de lujo, despojados de su tecnología y

de la única forma que tenían de comunicarse con los secuestradores. Ávila tomó nota de su situación y se dirigió a ellos.

—Se lo devolveremos lo antes posible, y monitorizaremos su teléfono, señora Cánovas, por si vuelven a contactar. De hecho, para que se queden más tranquilos, será lo primero que traigamos —dicho esto se dio la vuelta—. Mi compañera se queda con ustedes; yo vuelvo en unos minutos.

El inspector salió de la vivienda y los dejó allí, con los hombros caídos y la esperanza por los suelos. Con una tiritera que le dificultó marcar el número, Ávila llamó por teléfono a Listín una vez en el jardín de la familia. Miró en derredor y la estampa nevada era preciosa sobre aquel oasis en medio de la capital. Pero hacía demasiado frío para poder deleitarse los ojos.

—Luis, te vamos a enchufar teléfonos y portátiles a la ofi de la furgoneta y te vas descargando todo. ¿Has averiguado algo de la llave de Bitcoin?

—¿Estás de broma, jefe?

—¿Cómo voy a estarlo, hombre?

—Joder, es imposible sacar algo de ahí en una hora. No es un IBAN, Ávila…

—Ya lo sé, pero si tampoco se puede rastrear el mensaje de la app esa del demonio, ya me dirás tú qué hacemos.

—Pues lo que haces siempre, lo que manda el protocolo, lo que te recuerda siempre la inspectora. Investigar a la…

—Familia.

LA COCINA

Bajo la luz aséptica de los leds, el acero inoxidable de la cocina devolvía un reflejo distorsionado y pálido de Marco Rivas. El empresario trazaba surcos invisibles sobre el suelo porcelánico; desgranaba en voz alta un inventario de urgencia que incluía la liquidación de fondos de inversión, llamadas intempestivas a socios dormidos y el rescate de claves privadas de wallets que acumulaban polvo digital en una caja fuerte.

La subinspectora Montes, parapetada tras la pantalla de su móvil junto a la puerta, había desistido de explicarle la inviabilidad legal, técnica y moral de sus planes. Y sobre todo la tremenda estupidez que podría poner en riesgo la vida de Lorena. Rivas, dado que Ávila llevaba ya una hora fuera, había empezado a desesperarse y a volver a su intención inicial de pagar el rescate. Esther le había dicho que dejase de una vez de rumiar tal asunto, pero el tipo hizo caso omiso de sus sugerencias. Se repetía más que el ali-oli y hacía cuentas mentales de a saber qué dinero tendría por ahí guardado. Montes pensó que si se metían hasta la cocina de las finanzas de aquella familia, los de Delitos Económicos se iban a poner hasta cachondos.

Desde su atalaya en una de las banquetas de diseño, Marisa Cánovas asistía al desmoronamiento de su marido con la intranquilidad de no poder hacer nada ni en un sentido ni en otro. Ella siempre había presumido de ser una mujer sosegada, hasta el punto de que la mayoría de quienes la conocían de forma superficial la calificaban como fría. ¡Qué sabría la gente acerca de la frialdad!

Había tenido que venir un temporal como el que estaban sufriendo para siquiera acercarse.

—Baja el ritmo, Marco —cortó ella con voz seca—. Si mueves un euro, la cosa puede acabar mal.

A Marisa se le había quedado clavado el comentario de aquella repelente inspectora acerca del «valor del activo». Había comparado a su hija con un bien económico, y ella entendía también de economía y de valores. No en vano, gran parte de su fortuna no era solo heredada, sino que había sabido moverla gracias a sus conocimientos del dinero y de la empresa. Marco frenó en seco; el impacto de su puño contra la encimera sonó como un disparo sordo.

—¡¿Y qué vamos a hacer, Marisa?! —gritó, con la saliva espesa por la ansiedad.

Montes se sobresaltó y miró con ira al padrastro. Marisa le puso la mano encima de la suya para que se calmase. Esto sorprendió tanto a Marco como a la propia Esther, que tenía bastante claro que las cosas en esa casa no andaban demasiado bien. Decidió darles un tiempo de calma y se giró en dirección a la puerta de la cocina. En realidad estaba deseando que Ávila regresase de la furgoneta y empezar con la estrategia de acoso y derribo a aquellos dos. Marisa comprobó la posición de la policía con un rápido movimiento de ojos; al ver a Esther de espaldas, se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta convertirla en un siseo conspirador.

—¿Cuánto tienes en cripto? —preguntó—. Y lo más importante, ¿podrías moverlo para enviárselo a quienquiera que nos esté extorsiando con nuestra hija?

Marco abrió los ojos, sorprendido por el cambio de tercio; necesitó un segundo para reajustar sus prioridades.

—Necesitaría un teléfono —susurró él— Tengo al menos medio kilo.

Marisa volvió a mirar hacia la policía.

—Voy a ver si puedo encontrar uno de los viejos que tengo por ahí, pero tardaré un poco porque no quiero que estos nos pillen.

Marco asintió con la cabeza; para terminar el teatrillo, abrazó a su mujer. Montes se giró de nuevo y, al verlos en ese estado, les pidió que salieran fuera al salón. Había recibido un mensaje de Ávila que

parecía romper esa pequeña tregua que ese extraño matrimonio se acababa de dar.

—Por favor, Marisa, llame a su hijo Antoine. Tenemos que hablar con él.

Marisa miró a Marco y se llevó la mano al pecho. Marco suspiró hondo. Los problemas parecían no tener fin aquella jornada bajo la nieve.

ANTOINE

Una pila de zapatillas de diseño amontonadas sin orden ni concierto en una esquina, el olor dulzón de un vapeador que intentaba camuflar sin éxito el tufo a marihuana y el zumbido constante de los ventiladores de una consola de videojuegos que calentaba la estancia casi más que el suelo radiante bajo el parqué. Tres detalles que componían el ecosistema de Antoine Rivas y que recibieron a los policías nada más cruzar el umbral.

Mientras Nira custodiaba a unos padres al borde de la desesperación en el piso inferior, Ávila y Montes se inclinaban sobre la pantalla del portátil para digerir los datos que Listín les enviaba en tiempo real. El sistema SIDENPOL escupió su veredicto. Los expedientes de Marco y Marisa aparecieron limpios; impolutos. Pero el de Antoine era otra historia.

Ávila leyó los hallazgos en voz alta y desgranó las miserias del chico: varias multas por consumo de estupefacientes en la calle, un atestado reciente por una pelea en una discoteca y, para rematar, tres estancias en distintas clínicas terapéuticas con el objetivo de apartarse un poco del consumo de sustancias. Drogas, violencia y dinero. La santísima trinidad de los problemas. Antoine escuchaba desde la cama; se mordía las uñas y sacudía la pierna con un nerviosismo que hacía vibrar el colchón.

—Yo no tengo deudas ya con nadie. Todo eso es cierto, pero ya quedó atrás.

—Si estás tan seguro de eso, ¿por qué te mueves tanto y te muerdes las uñas? —incidió Esther.

—Porque no he dormido apenas, y porque han secuestrado a mi hermana.

—¿Ahora sí es tu hermana? Hemos visto tus redes, Antoine.

—¿Y? —dijo él en un intento de desafío; un intento fallido porque no fue capaz ni de levantar la mirada.

—¿Ya no es «La princesa»?

El chico calló ante el empuje de la inspectora. A ella le solía tocar hacer de poli mala y a Ávila de poli bueno; solía funcionar. Aunque no siempre.

—No sé qué quieren, pero ya tienen mi teléfono y mi ordenador. Ahí pueden mirar de todo. No sé en qué ayuda todo esto a Lorena. Sí, la llamo así para picarla, pero nos llevamos más o menos bien. Soy un desastre, pero no sé si estáis aquí porque mis antecedentes me colocan como posible sospechoso del secuestro de mi hermanastra. Porque no entiendo nada, la verdad.

Ávila miró a Esther, que abrió mucho los ojos. El chico parecía haberse recompuesto de su nerviosismo y esgrimido un argumento sólido. Era cierto que minutos antes los dos policías habían comentado la posibilidad de que Antoine hubiera contratado a alguien para secuestrar a su propia hermanastra, o, al menos, facilitado información para ello a cambio de dinero. Dinero que necesitaba para pagarse sus vicios. Sí, el chico seguía fumando porros, pero si hubiera seguido el ritmo de los últimos cuatro años habría acabado con un tabique de platino o con dos tiros en un parking de discoteca. Y ese no parecía el Antoine del presente. Los investigadores, por su cruce de miradas telepáticas, no tenían claro si aquel chico se había rehabilitado del todo, pero empezaron a vislumbrar que su participación en el secuestro de su hermanastra era más que dudosa.

—Tienes razón, de tu teléfono vamos a sacar todo —dijo Esther.

—Pues vale. Las fotos las borrarán al menos, ¿no?

—¿Qué fotos? —preguntó Ávila.

—Inspector, tengo veinticuatro años. ¿Qué fotos van a ser?

Ávila entendió.

—¿Hay alguna de menores?

—No, joder. No te pases…

—Ey, ey, tranquilo —Montes se levantó al mismo tiempo que lo había hecho Antoine. El chico se había alterado con aquel comentario del inspector.

—No, tranquilos vosotros. ¿De qué coño me estáis acusando ahora? ¿De pederasta?

Ávila se levantó. Le sacaba una cabeza al chico.

—Antoine, nadie te está acusando de nada. Pero por las redes y las aplicaciones de mensajería circulan todo tipo de fotos de contenido sexual. Si nuestro equipo encuentra alguna foto sexual relacionada con menores en tu teléfono puedes tener un problema.

—No tengo fotos de niños, joder.

—¿Y de tu hermana? —preguntó Esther.

Antoine calló. Dudó.

—En bikini sí.

—¿Te manda fotos con poca ropa o se las robas de alguna forma?

—Joder, no, son fotos normales de cuando vamos a la playa, con amigos y eso.

—¿Ninguna sexual?

—Claro que no.

—¿Sois amigos?

—Ya te he dicho que nos llevamos bien.

—¿Qué nos puedes decir entonces de ella? ¿De sus amistades? ¿De con quién se rodea?

—Pues no sé. De sus amigas de por aquí. No sé, solo llevamos viviendo juntos poco más de un año.

—Un año da para mucho. Venga, piensa, ayúdanos.

El chico volvió a sentarse; se llevó las manos a la cabeza.

—En el gimnasio ese al que va hay gente de todo tipo. Y justo ha desaparecido después de ir allí.

Esther y Ávila se miraron el uno al otro. Tenían la tarea pendiente de ir a revisar el vehículo abandonado de la chica y de paso se acercarían al gimnasio. A pesar de que la sombra de la duda sobre aquel chico parecía despejada, no podían descartarlo.

—¿Alguien en concreto del gimnasio?

—Hay un tipo que vende proteína —dijo con los dedos imitando a las comillas cuando pronunció la palabra «proteína».

La inspectora solicitó cobertura por radio para que agentes de seguridad ciudadana custodiaran a la familia junto con Nira. Ellos tenían que hacer un viaje por entre la nieve.

ABUSO

La bombilla desnuda pendía del techo como un ojo enfermo; oscilaba levemente y proyectaba sombras largas y deformes sobre las paredes de hormigón. El frío en aquel sótano no era solo temperatura; era una presencia física que mordía la piel. La secuestrada, atada a una anilla de hierro de las que se usaban antiguamente para sujetar a las bestias, tenía las nalgas apoyadas en el pavimento de aquel sótano con ínfulas de zulo. Las bridas ya le habían desgarrado la piel de las muñecas y no era capaz de controlar la tiritona. No había podido dormir más de veinte minutos seguidos y el rostro se le había convertido en una máscara de manchas rojas y lágrimas secas.

El secuestrador la observaba desde la puerta. Había encendido la luz para escudriñar a la chica. Su víctima le devolvió la mirada y emitió unos gruñidos que el hombre no entendió. ¿Cómo iba a entenderlos si tenía la boca tapada? El tipo desapareció unos segundos del marco de la puerta y volvió con una manta en las manos. Se acercó hasta la chica y se la echó por encima.

El alivio no fue inmediato; la muchacha siguió tiritando. El secuestrador se dio cuenta entonces de lo que había que hacer. Retiró la manta y sacó una navaja automática. El característico clic metálico sobresaltó a la rehén.

—No te asustes, pero no me la líes, eh —advirtió el tipo.

Cortó las bridas.

La secuestrada sintió la tentación de golpear al tipo y salir corriendo de allí, pero la debilidad se lo impedía. Cuando la liberó, se relajó incluso más e intentó acurrucarse bajo la manta. Él la detuvo.

—Quítate la ropa. Tranquila, que me doy la vuelta.

La secuestrada negó con la cabeza. Ni loca se desnudaría ante aquel tipo, por mucho que prometiera girarse como en las películas.

—Vale, espera. Llamo a mi compañera.

Pegó una voz y la secuestradora apareció por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Que la chica se quite la ropa y se envuelva en la manta. Está empapada y no va a entrar en calor así. Yo me salgo y ahora vuelvo.

La compañera asintió y él le dio un azote en el culo antes de subir las escaleras para abandonar la estancia y darles intimidad. Cuando salió, la secuestrada obedeció las instrucciones. Tenían razón: la ropa estaba húmeda y aquella manta, seca, prometía calor instantáneo. Se quitó las mallas y los calcetines, que eran los que realmente estaban empapados y le tenían los pies al borde de la congelación. Se despojó también de la sudadera y de una camiseta deportiva; se quedó solo con una interior térmica que consideraba mejor mantener porque estaba razonablemente seca. La secuestradora la observaba seria, mascaba chicle y se movía de un lado a otro de la estancia, siempre custodiando la escalera como si temiera que la víctima escapase por allí.

Cuando la secuestrada terminó de quitarse casi toda la ropa, cogió la manta y se envolvió con ella como si de una túnica mágica se tratase. En ese momento sí sintió algo de alivio; la manta era de las gruesas, de las antiguas con mucho pelo. El contacto del tejido cálido con su piel mitigó, en parte, los temblores.

—Aprovecha que hoy está sensato y se ha dado cuenta de que tenemos que mantenerte caliente.

La víctima apenas escuchó la palabra «sensato» porque estaba concentrada en frotar sus pies uno contra el otro. Cuando la secuestradora dio por bueno que la secuestrada estaba lista, llamó a su compañero. Volvieron a cruzarse y se dieron un beso al borde de las escaleras. La cautiva no se fijó en el detalle porque estaba prácticamente tapada por la manta de pies a cabeza.

El secuestrador avanzó hacia ella y le bajó un poco el cobertor. Le quitó de un tirón la cinta americana de la boca, lo que sorprendió y asustó a la chica por igual. No le dio tiempo a reaccionar, pues le

ofreció una botella de agua. Como tenía las manos libres, la cogió con ansia y bebió con más ansia aún.

Cuando hubo terminado, le tendió un bocadillo. La secuestrada miró el pan y miró al hombre con desconfianza.

—Vamos mujer, tienes que comer algo —dijo él con una sonrisa.

Al fin tomó el bocadillo, lo abrió y vio que estaba impregnado de algo negruzco que no le pareció tener buena pinta. Estuvo a punto de desecharlo, pero le pudo el hambre. No había cenado la noche anterior ni había desayunado. Por mucha dieta que ella estuviera dispuesta a hacer, hacía casi veinticuatro horas que no probaba bocado. Se llevó el pan a la boca; masticó y tragó casi sin saborear. Se dio cuenta de su error cuando probó el segundo bocado: era dulce. Poco a poco reconoció el sabor de su crema de avellana y cacao favorita. Entonces sí se permitió el lujo de disfrutar de la comida. Aunque no mucho, porque el bocata de Nocilla no era demasiado grande y se lo zampó de cuatro mordiscos más.

El secuestrador sonreía mientras la observaba comer. Seguía tapada de cintura para abajo, pero sus brazos y, sobre todo, su pecho quedaban cubiertos solo por la fina camiseta térmica que realzaba su figura. La tela marcaba sus pezones, endurecidos por el frío, un detalle que no pasó desapercibido para la mirada de él.

La chica no se percató de la atención lasciva de su captor y terminó de tragar hasta la última miga; acto seguido, agarró de nuevo los extremos de la manta y se cubrió los hombros.

—Quieta, quieta. Me tienes que dar tus manos antes.

La secuestrada cerró los ojos y maldijo su suerte. Otra vez la iban a atar a aquella anilla como si fuera una bestia. Sin embargo, el tipo solo le puso bridas en las manos sin asegurarla a la pared. Eso sí, después le descubrió los pies y le colocó bridas en los tobillos.

—Lo siento; o una cosa o la otra.

La miró y ella no hizo ningún gesto. Eran lentejas y debía aceptar lo que le sobrevenía. El tipo le volvió a tapar los pies y, ahora sí, La secuestrada se recostó sobre el suelo. Hacía frío, es cierto, pero ni punto de comparación con lo que sentía media hora antes. Cerró los ojos y se dispuso a dormir un poco.

El secuestrador se puso en pie e hizo el amago de irse. Pero se quedó allí, mirando. Ella podía sentir su presencia y, para no darle el gusto, se acurrucó más en la manta y apretó los párpados. El individuo decidió finalmente subir las escaleras y apagó la luz. La puerta se abrió y se volvió a cerrar.

La cautiva siguió con los ojos cerrados y a los pocos segundos, con la tripa saciada y algo más de calor en el cuerpo, se durmió.

Aunque el sueño no le duró demasiado, porque al poco se despertó como si lo hiciera de una pesadilla. Alguien le estaba tocando, y al principio pensó que era parte de la pesadilla, pero se dio cuenta de que la realidad superaba la de sus propios sueños más oscuros.

Alguien la estaba penetrando con sus sucios dedos entre sus piernas. Ella trató de revolverse, pero tenía los tobillos atados por las bridas y las manos igual. Además, el tipo le agarró con fuerza el cuello.

—Tsch, estate quietecita o será peor.

Y entonces la chica notó más presión en sus genitales. Aquel desgraciado debió de haberle introducido algún dedo más.

La oscuridad no era total y en medio de la penumbra, la secuestrada identificó la cara de lascivia de su secuestrador. Parecía relamerse con aquella agresión sexual, con aquella vejación. Ella se limitó a forcejear un poco más, pero de repente notó dos acciones: alguien la sujetaba por los brazos con fuerza y el tipo ejerció más presión sobre su cuello. No podía con los dos, así que decidió desistir.

—Vamos, disfruta al menos un poquito.

«¡Que disfrutara dice el hijo de puta!». La cautiva mascaba su odio en silencio mientras intentaba evadirse. La estaba violando. Y la otra desgraciada le estaba ayudando. Y no podía hacer nada porque tanto el frío como el miedo como la superioridad física de aquellos dos la tenían derrotada.

Y consiguió evadirse, y cuando lo hizo relajó la tensión que sus músculos aductores ejercían sobre las manos del agresor con la vana intención de que cesase en su tarea.

Lo malo de esto fue que el secuestrador lo interpretó como una entrega de la muchacha. Así que poco a poco sacó los dedos del interior de la muchacha, que pensaba que todo había pasado, hasta que escuchó el sonido característico de un cinturón desabrochándose y de la cremallera de una bragueta bajarse.

EL TELÉFONO MÓVIL

Las luces prioritarias del vehículo de Seguridad Ciudadana teñían la nieve de un azul intermitente, casi hipnótico. Los dos agentes uniformados aguardaban junto al coche abandonado de Lorena; parecían estatuas de hielo, con la salvedad de que estas exhalaban vapor por la boca. Ávila y Montes aparcaron la furgoneta todoterreno y descendieron al infierno blanco; el viento les golpeó la cara con saña. El inspector saludó con un gesto seco a los compañeros y les advirtió de que iban a echar un vistazo por los alrededores, que volverían en una hora al punto exacto del vehículo. Los agentes asintieron y se refugiaron en el interior de su coche patrulla para no acabar con hipotermia.

—No me parece normal que tengan que estar estos dos pobres ahí custodiando el vehículo —protestó Montes.

—Ni a mí, pero tardaremos poco y se lo llevarán. Y si no, se precinta y listo.

Esther detuvo la furgoneta en el parking del gimnasio en cuestión. El problema era que allí no había ni un alma. Se trataba de una zona residencial en Valdebebas y las instalaciones se encontraban cerradas, normal ante aquel amago de apocalipsis climático. ¿Quién en su sano juicio iba a ir a entrenar con la que había caído? Adiós a la pista del que vendía «proteína». Al menos de momento.

A pesar de ello, se bajaron del vehículo y caminaron con dificultad hasta la entrada. Esther puso las manos sobre el cristal para intentar divisar algo en el interior.

—Aquí no hay nadie, jefe.

—Esa debe de ser la cámara que captó a la chica —dijo Ávila; señaló una lente que había en el techo del acceso al gimnasio.

—Hay un teléfono ahí junto al cartel.

La inspectora sacó su móvil e intentó llamar, pero la pantalla le devolvió el mensaje de «Sin servicio». La tormenta se había comido la cobertura. Ávila maldijo por lo bajo y ambos dieron media vuelta para regresar al coche de la víctima. Allí los dos agentes los volvieron a recibir.

—No parece que lo haya tocado nadie, inspector —comentó Arturo, el más alto de los dos.

—Gracias, ¿habéis avisado a la grúa?

—Estábamos a la espera de que ustedes lo autorizaran.

—Autorizado. Llame y cuando llegue se pueden ustedes marchar.

El policía le dio las gracias y volvió a su *zeta* para realizar las gestiones pertinentes. Montes ya examinaba el turismo por fuera; la nieve borraba cualquier huella dactilar o rastro biológico superficial con una eficacia frustrante. Esther miró en el hueco de las cuatro ruedas y, cuando llegó a la más próxima al conductor, lo halló.

—Mira, inspector.

Ávila se agachó junto a ella y vio el problema. El plástico protector del guardabarros, esa pieza negra que evita que el barro entre en el motor, presentaba signos de violencia. Alguien había forzado las grapas para abrir un hueco. Ávila metió la mano enguantada y apartó el plástico. Allí dentro colgaba inerte como una serpiente muerta la correa de accesorios. No se había roto por desgaste; el corte era limpio, preciso, hecho con una navaja o un cúter afilado. Ávila invitó a su compañera a echar un vistazo. Los dos investigadores se miraron el uno al otro y comprendieron la gravedad del asunto. El mensaje en vídeo de la chica, la manipulación del coche y la situación de la familia invitaban a pensar en un plan muy elaborado, ejecutado por alguien con recursos y gran control de la situación.

—Habría que avisar a Criminalística —dijo Montes.

—Haz una breve inspección ocular sin acceder al vehículo. Voy a solicitarlo.

—Lo siento por estos dos pobres.

—Se quedarán dentro del patrulla, no te preocupes tanto.

Ávila se metió en la furgoneta y Montes inspeccionó el interior del vehículo con su linterna. Desde fuera era complicado encontrar algo digno de reseña. Le hubiera gustado abrir el maletero, pero prefirió dejárselo a los de inspecciones oculares de la Científica. La inspectora resopló y se apoyó junto a una farola que había en la acera. Miró al suelo. La capa de nieve había borrado cualquier huella que antes pudiera haber, pero ella se empeñó en buscar. Por si acaso. Se situó junto a la puerta del conductor. Hizo un movimiento como si saliera del vehículo. Se giró hacia adelante e hizo el ademán de bajar la chapa del capó. Enfocó al suelo.

—Joder, ni una puta huella de pisadas.

Avanzó hacia la carretera. Siguió con la vista clavada en el suelo, guiada por la linterna. No veía nada que la hiciera avanzar en la dirección correcta, pero no cejó en su empeño. Siguió merodeando. Se alejó unos metros, trazó líneas imaginarias en el aire y reconstruyó la coreografía de la violencia. Aquí frenó; aquí la sacaron; aquí hubo un forcejeo. Hizo varias reconstrucciones en distintos puntos de las inmediaciones del coche. Ávila había salido de la furgoneta y la observaba con admiración. No sería la primera vez que la inspectora reconstruía la escena de un secuestro con éxito. Montes, después de varios movimientos, se detuvo en un punto concreto del arcén, donde la nieve formaba un montículo irregular. Esther entrecerró los ojos; la intuición y el por si acaso le invitaron a rebuscar más. Se giró hacia el coche patrulla y emitió una petición.

—Ávila, en la furgoneta creo que hay una pala, míralo, por favor —gritó para hacerse oír sobre el viento.

El inspector obedeció y encontró una pala plegable en el interior del vehículo. Se la entregó y Montes no le dio ni las gracias. Cavó con delicadeza; apartó kilos de nieve y se ayudó también con sus manos. Ávila observaba a su compañera sin hacer nada. Tras unos minutos, Esther se detuvo. Miró a su compañero y sonrió. Se agachó, metió la mano en el agujero y extrajo un objeto rectangular y frío. Lo cogió con sus manos enguantadas haciendo una pinza con los dedos. Ávila la observó y se sintió orgulloso de ella. Había encontrado un teléfono móvil, con casi total seguridad el de Lorena.

EL CORDÓN

El chasquido del cerrojo al cerrarse tras la marcha del violador resonó en el sótano como el disparo de salida de una carrera macabra. La víctima se quedó sola en la penumbra; su respiración entrecortada era el único sonido que competía con el crepitar del viento al chocar contra los pinos del exterior.

El miedo, que hasta ese momento la había paralizado, mutó en una sustancia fría y viscosa que le recorrió las venas: odio puro. Había iniciado un llanto que, pasados unos minutos y tras una toma de conciencia brutal, decidió remitir. La acababa de violar. Ese hijo de puta había empezado a manosearla, a masturbarla y finalmente la había penetrado con furia mientras la golpeaba con saña para que se estuviese quieta.

Si antes de aquello había tomado la decisión de devolverle su merecido a aquel psicópata, ahora la cosa se había tornado mucho peor. Convencería a su madre o a su padrastro —mejor a él— para que le dieran el dinero suficiente con el que contratar a un sicario.

O para comprarse ella misma una pistola.

Pero para ello no podía esperar un rescate. Esos desgraciados habían pedido una suma importante; no sabía a cuánto ascendía la cantidad, pero por las conversaciones que había podido escuchar entre susurros, la cifra no debía de ser pequeña.

Escapar de allí. Ese era el primer paso de su venganza.

Se arrastró por el suelo de hormigón en busca de la silla en la que aquel desgraciado se había sentado un par de veces, un trasto de hierro oxidado que olía a metal viejo y humedad. Al estar a oscuras,

tropezó en un par de ocasiones y se hizo daño, pero la adrenalina borró el dolor de la ecuación. Finalmente la encontró.

Una vez con el objeto en sus manos, y con los ojos acostumbrados a la penumbra del sótano, buscó con los dedos entumecidos hasta dar con una arista viva en una de las soldaduras de la pata. Apoyó las bridas de plástico contra el filo mellado y comenzó a frotar. No fue rápido ni fácil como en las películas. El movimiento repetitivo le quemaba la piel de las muñecas y el roce del plástico contra el metal producía un chirrido que le hacía rechinar los dientes más que el frío.

Apretó la mandíbula y continuó; ignoró el dolor y frotó con la desesperación de quien sabe que el tiempo es un verdugo más. Cuando el precinto cedió y se partió en dos, la chica sintió un latigazo de sangre caliente que fluía hacia sus manos.

Repitió la operación con los tobillos. Esto fue todavía más complicado por la postura forzada que tuvo que adoptar y porque el hierro le provocó heridas en los pies y en la piel fina que apenas cubre el hueso de esa parte de la anatomía. Cuando lo consiguió, soltó una exhalación de placer.

No tuvo tiempo de regodearse. Se puso en pie, tambaleante, y escaneó la estancia. La escalera que conducía a la puerta de salida del sótano era su primer objetivo. Ascendió por los peldaños con más sigilo que el ladrón de La Gioconda en el Louvre.

La madera crujía bajo su peso y no quería levantar las sospechas de aquellos dos. Una vez arriba, puso la oreja sobre la puerta. Escuchó risas y el ruido de algún reproductor de música. Esos dos perros se divertían mientras ella estaba en aquel estado.

La puerta era de madera maciza, imposible de derribar. Además, en el hipotético caso de que lo consiguiera, tendría que enfrentarse a la pareja. Sopesó la idea de coger la silla, parapetarse en un pequeño hueco que había en el lado de cierre de la puerta y golpear en la cabeza con todas sus fuerzas al primero que entrase a llevarle agua, comida o a violarla de nuevo. Si era el tipo, quizás podría ganar el enfrentamiento posterior con la chica. Si era ella la primera, no lo tenía tan claro.

Así que se sentó a reflexionar en el peldaño superior. Miró en derredor y sus ojos, ya completamente habituados a la ausencia de luz, se posaron en un ventanuco de carga situado en la parte alta de la pared norte, una salida de carbón o leña en desuso, bloqueada por años de suciedad y telarañas.

¿Podría encaramarse hasta allí? Y si lo conseguía, ¿podría salir al exterior con la nieve acumulada? Por lo que parecía, el manto blanco cubría casi en su totalidad la ventana.

Volvió a mirar a su alrededor y encontró un gran leño en una esquina. Bajó con cuidado de nuevo por la escalera y se acercó hasta él. Se subió encima para testar su resistencia. Sí, era bien grande y podía poner los dos pies sin problema. La cuestión era saber si sería estable al situarlo encima de la silla. Tenía que probarlo.

La chica apiló el leño sobre la silla metálica; se encaramó a la precaria torre y probó si podía llegar a abrir aquella ventana. Alcanzaba por los pelos el pestillo que la cerraba; se trataba de ese tipo de cerradura antigua con forma de anilla. Metió un dedo y tiró con fuerza. No hubo manera de que aquello cediera. Años de falta de uso, la humedad de las lluvias, el frío y la nieve habían soldado el mecanismo. Además, la torre se tambaleaba y le impedía ejercer toda la fuerza necesaria.

Pero la secuestrada, además de fuerza, poseía recursos. Recordó sus mallas tiradas en el suelo. Eran de las que tenían cordón en la cintura. Bajó de la endeble estructura y no tardó en encontrar la ropa. Se vistió con rapidez: los calcetines mojados, la camiseta, la sudadera y las mallas. No sin antes retirar el preciado cordón. Como todavía no había bajado el peso que se había propuesto, la prenda se sostenía en su sitio aun sin el ajuste.

Subió de nuevo a la estructura de silla y leño. Pasó el cordón por la anilla de la cerradura. Asió un extremo de la cuerda con su mano derecha y el otro con la izquierda.

Tiró; sin éxito.

Volvió a tirar con más fuerza, pero el metal se resistía. Miró hacia la puerta, temerosa de que el ruido de su esfuerzo hubiera alertado

a los captores. Al otro lado solo se escuchaban más risas y la música más alta. Parecía que habían decidido montar una fiesta.

La secuestrada comprendió que no le quedaba más remedio que jugársela. Haría lo mismo que cuando se subía a la cuerda de su gimnasio. Se asió con fuerza de los dos extremos del cordón, se los enroscó en las muñecas y le pegó una patada al leño y a la silla para dejarse caer al vacío, como si se estuviera suicidando con una soga.

Solo que aquello fue todo lo contrario a quitarse la vida.

El pestillo cedió con un chasquido seco ante la violencia del tirón y el peso muerto de su cuerpo hizo que la ventana se abriera de golpe.

¿Consecuencia?

El marco golpeó contra la pared y un pequeño alud de nieve se precipitó hacia el interior. Uno de los cristales rotos le cayó en la cabeza y le provocó un corte en la oreja. No importaba; ella no sentía nada. Solo la urgencia de salir de allí cuanto antes por si los dos perros habían escuchado el crujir del cristal.

Colocó la silla de nuevo sobre el montón de nieve que había caído y se agarró a los bordes del marco. Gracias a la altura extra que le daba el montículo blanco, llegaba sin problemas. Tiró con todas sus fuerzas hasta sacar medio cuerpo. Miró en derredor. Solo veía un manto blanco infinito. Miró hacia atrás; nadie había descendido aquellas escaleras. Aquellos dos estarían follando, bebiendo o haciendo lo que les diera la gana, pero ella se iba a largar de allí.

Aunque tuviera que cruzar las montañas nevadas a pie desnudo.

BANCARROTA

El aire dentro de la oficina móvil se había vuelto denso, una mezcla de estática, tapicería sintética y la transpiración agria del miedo. Mientras el agente Luis Listín peinaba desde la central el espectro digital en busca de huellas criptográficas, Ávila y Montes diseccionaban la vida de Marco Rivas en la pantalla del portátil.

—Madre mía, la cosa a cada minuto se pone más negra —dijo Ávila.

—¿Te refieres al caso o al temporal? —Replicó su compañera.

Se miraron y se sonrieron. El día seguía plomizo y caía agua nieve.

Respecto al caso, el informe financiero que acababa de llegar no dejaba lugar a dudas: el imperio Rivas era un escenario de cartón piedra. Lo que a simple vista parecía una estructura empresarial sólida, se desmoronaba al profundizar en los balances con una facilidad pasmosa.

Rivas estaba en quiebra técnica.

Sus sociedades eran cascarones vacíos que acumulaban deudas millonarias con acreedores privados y bancos de segunda línea. El empresario había estado practicando un juego de malabarismo financiero, un esquema de «kiting» de manual: tapaba un agujero con un préstamo nuevo para abrir otro más grande al día siguiente. Todo para mantener el chalé en La Moraleja, los coches de alta gama y esa apariencia de triunfo que ahora se deshacía como un azucarillo. Sus tarjetas de crédito echaban humo, al límite de su capacidad, y tenía avisos de embargo preventivo pendientes de ejecución inminente.

Pero había algo más, un detalle que hizo que Ávila arqueara una ceja: una sangría constante de fondos desde las cuentas personales de Marisa hacia una de las empresas fantasma de Marco. Los investigadores hicieron llamar a Rivas, que seguía custodiado por un cada vez más impaciente oficial Nira.

Cuando llegó, lo sentaron en una silla endeble de oficina y dispararon a matar.

—Se acabó el teatro, señor Rivas —dijo Ávila—. Sabemos que estás arruinado. Tienes más deudas que un país invadido. ¿Quién te aprieta? ¿A quién le debes tanto dinero como para montar este secuestro y sacar tajada?

Marco empezó a temblar.

—¿De qué están ustedes hablando? —dijo entre titubeos.

—¡Señor Rivas, no nos tome por idiotas! —intervino Montes, agresiva—. Nosotros podemos parecerlo, porque siempre vamos dando palos de ciego. Pero en delitos económicos se toman muy en serio las cosas. Y como el rapto de su hija tenía prioridad cero, se han puesto las pilas y nos han mostrado las cuentas de sus empresas.

Rivas se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar con un gemido patético que llenó el furgón.

—Yo solo le he quitado a Marisa parte de su dinero. Lo que insinúan sobre el rapto de Lorena es…es aberrante.

Lo que siguió fueron una serie de juramentos por lo más sagrado que el secuestro no tenía nada que ver con su falta de liquidez, que él solo era un fracasado, no un monstruo. Ávila cruzó una mirada con Esther; el tipo parecía sincero en su miseria. Pero cuántos asesinos lo parecían cuando se les echaba el guante encima.

—Señor Rivas —intervino el inspector—. Estamos destripando su teléfono hasta el fondo. También su ordenador. Si encontramos una llamada sospechosa. Un pago en B que no sea uno de sus trapicheos empresariales. O cualquier otra cosa que nos pueda indicar que usted ha sido quién ha contratado a alguien para hacer este trabajo sucio, le garantizo que vamos a detenerlo de inmediato y a reunir todas las pruebas para que en el juicio le declaren culpable y cumpla la pena máxima por secuestro y extorsión con el agravante de

parentesco. Eso son como poco diez años a la sombra. Contando con que la niña acabe sana y salva.

—¿Entendido, señor Rivas? —remató Esther.

El tipo les ofreció las manos con las dos palmas hacia arriba.

—Si yo tengo algo que ver con el secuestro de Lorena, les pediría yo mismo que me esposaran, me metieran en la cárcel y tirasen la llave.

Esther y Ávila se miraron y, al contrario de lo que solía suceder, no interpretaron sus miradas. Avisaron a Nira para que trajese a la madre.

Cuando el matrimonio se cruzó, se dirigieron miradas que, al igual que antes los investigadores, ninguno de los dos supo interpretar.

La mujer subió al furgón con el gesto tenso, pero digno. Se sentó y cruzó las piernas. Ávila, al igual que con el hombre, fue directo, sin anestesia. Le entregó parte de la documentación que habían recibido de Delitos Económicos. Le preguntó por las transferencias, por los movimientos de capital hacia las empresas de su marido. Ella admitió con naturalidad que le había prestado dinero en un par de ocasiones para problemas puntuales de tesorería.

—¿Y los trescientos mil del mes pasado? —preguntó Montes—. ¿Y los doscientos de la semana anterior?

Marisa ahí ya no fue tan ágil al contestar.

—No sabía nada.

Cuando los policías le mostraron el extracto y le explicaron la realidad de las empresas de su marido, la sorpresa inicial mutó en evidentes signos de ira. Se le notaba como comprimía las piernas una contra la otra. Los ojos le empezaron a brillar.

—No me lo puedo creer.

—Entiendo que tiene acceso a sus claves bancarias —dijo Ávila.

La mujer se encogió de hombros y, al igual que hizo su marido antes, se llevó las manos a la cara y arrancó en sollozos. Su marido no solo era un inútil, era un ladrón que la había dejado expuesta.

Antes de que pudiera articular su ira, Ávila la interpeló.

—¿Hay algo de su marido que debamos saber, señora Cánovas?

Ella miró al suelo, como si se sintiera intimidada por la pregunta del inspector.

Después de unos segundos, levantó la mirada y se encontró con los ojos de los dos inspectores mirándola.

—Que yo sepa no.

—Puede estar en juego la vida de su hija —dijo Montes—. Denos algo que nos ayude a encontrarla

—Nadie más que yo desea eso. ¿Por qué todavía no la han encontrado? A saber cómo la tienen esos desgraciados con este frío tan terrible.

Ávila y Montes resoplaron y en esa ocasión no se miraron. Mandaron a la mujer a su casa.

El inspector mandó un mensaje a Listín. Necesitaban geolocalización o algún otro dato que les ayudase a salir de ese callejón sin salida con el que se habían topado en ese matrimonio.

—¿Cómo lo ves, Esther?

—No lo tengo nada claro. Esta gente parecen unos tiranos, o incluso unos ladrones. Pero no veo nada que nos pueda llevar hasta la chica. Aunque quizá me equivoque.

—Es posible que no tengan nada que ver con el asunto. Yo creo que ningún padre ni ninguna madre pondría en riesgo la vida de su hijo solo por dinero.

—Ningún progenitor cabal, al menos.

Volvieron a mirarse y a intentar transmitirse con los ojos lo que cada uno elucubraba.

Lorena dependía entonces de un golpe de suerte.

O de fuerza.

VENGANZA

La secuestradora emitía gemidos sinceros ante el ímpetu de el secuestrador. Tenían la música puesta a todo trapo. Sonaban los acordes de Highway to Hell de AC/DC y los empellones de cadera de su amante parecían haberse sincronizado con el redoble de bombo y los ataques a los hi-hats del baterista.

La mujer estaba tan absorta en sus propios placeres que no dio importancia a un sonido metálico, un golpe seco y la posible rotura de cristales procedente del sótano. Le faltaba tan poco para el orgasmo que le iba la vida en ello, muy por encima de lo que aquella niña pija pudiera estar haciendo.

Una vez alcanzado el clímax, berreó como si de una leona en celo se tratase y mordió el hombro de su amante con fiereza. Él respondió con un apretón en el cuello para privarla de oxígeno y prolongar o aumentar su placer. Había leído eso en algún lado. O lo había visto en algún programa; no lo tenía claro del todo.

Él se vació en el interior de la muchacha y, cuando hubo terminado, le pegó una bofetada. Ella se la devolvió y él le tiró del pelo. Detuvieron la violencia, se miraron y sonrieron. El tipo se levantó desnudo y se guardó sus huevos —y lo que iba unido, que horas antes había estado dentro de la secuestrada— en los calzoncillos. Se subió los pantalones y se encendió el típico cigarro de después. Ella se ajustó la ropa con movimientos mecánicos; el vaho de su propia respiración se mezclaba con el olor almizclado y denso que había quedado en la habitación tras el encuentro sexual. Él, después de darle tres caladas largas al cigarro, lo depositó en un

cenicero y se tendió boca arriba en el colchón viejo con una sonrisa de satisfacción estúpida en la cara.

Pero su compañera no sonreía.

Se quedó quieta, con la cabeza ladeada hacia la puerta del sótano. Recordó el sonido metálico que se había colado entre los gemidos de hacía unos instantes y ahora el silencio de la casa le parecía sospechoso, demasiado denso.

El individuo encendió el mechero y con él otro cigarro; la llama iluminó sus facciones relajadas. La secuestradora le apartó la mano con brusquedad.

—He oído algo abajo.

—¿El qué, un pedo de la pija? —dijo él con una risa ronca, despreciativa, convencido de que eran paranoias de ella o el viento que azotaba las juntas de aquel viejo refugio.

Pero la chica no esperó a convencerlo; se puso la camiseta, el jersey, se abrochó el pantalón y caminó hacia la puerta. Él la siguió mientras refunfuñaba, todavía con el cinturón desabrochado. Al llegar a la puerta la corriente de aire helado que salía por debajo les estremeció los pies descalzos. La puerta del sótano estaba cerrada, pero el frío se filtraba por las rendijas. Y había algo extraño en ello, como si la temperatura hubiera descendido con brusquedad. La chica movió el cerrojo externo de la puerta y empujó la madera. Encendió la luz y la dopamina del orgasmo reciente desapareció de golpe para dar paso a la tensión más absoluta en sus músculos.

—Zorra de mierda, se ha ido —maldijo.

—Ponte unos zapatos y vámonos, joder.

El tipo terminó de vestirse con lo que pilló, una simple camiseta y, por supuesto, la Glock; los dos se calzaron con sus botas de invierno, cogieron las llaves y corrieron hacia la salida principal sin pararse a pensar. Subieron a la furgoneta gris aparcada fuera. No arrancó a la primera. Llevaba más de veinticuatro horas parada y, por muy Volkswagen que fuera, los años no perdonaban. Después de varios intentos, entre maldiciones de la pareja, el motor arrancó con un rugido agónico y el secuestrador pisó el acelerador a fondo. La furgoneta culeó sobre la nieve y se lanzó a la carretera. No

quedaban más de un par de horas de sol y el cielo prometía incluso menos. Disponían de poco tiempo para encontrar a aquella zorra.

—La mato, te lo juro que la mato cuando la cojamos —protestó él mientras acariciaba la cacharra que tenía metida en los pantalones.

Ella se aferró al asidero del techo; tenía los nudillos blancos y miraba a través del parabrisas. Había dejado de nevar, pero el contraste del calor interior con el frío de fuera provocó que los cristales se empañaran. Además, el secuestrador conducía como poseído, con la mandíbula apretada y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Recorrieron poco más de kilómetro y medio en un silencio tenso hasta que dieron con una figura delgada que correteaba por el centro de la calzada. Era su cautiva. El violador soltó un grito de triunfo animal y aceleró aún más. Su cómplice vio cómo la chica se giraba y salía de la calzada en dirección a la cuesta contigua. Él dio un volantazo para intentar cortarle el paso y, al verse fuera del asfalto, frenó en seco. Error de cálculo, por supuesto. El vehículo perdió el control, dejó de obedecer a los volantazos del conductor y se convirtió en un proyectil ingobernable.

El mundo giró al otro lado del cristal. Los ocupantes pasaron por delante de la secuestrada dando vueltas. El secuestrador creyó que se la habían llevado por delante mientras veía pasar los árboles a una velocidad absurda y, de repente, el impacto. Un golpe seco, lesivo, desproporcionado. El airbag estalló contra su cara como un puñetazo de cemento y un dolor agudo le taladró el brazo derecho y las cervicales. Su compañera sufrió la misma suerte.

El silencio regresó de golpe, solo roto por el siseo del motor destrozado y humeante. La chica intentó moverse, pero el dolor la paralizó; tenía el brazo atrapado contra el salpicadero deformado y la sangre le caía por la frente. Miró a su izquierda. Su compañero estaba aturdido, atrapado y emitía quejidos de dolor.

Y entonces la vio.

La secuestrada surgió de la nada junto a la ventanilla rota del conductor. El secuestrador también la percibió y se maldijo por no haber podido al menos llevársela por delante. Esperaban verla correr, huir en busca de ayuda. Pero la huida ya no era opción para

ella. La cautiva se acercó al vehículo por el lado de la secuestradora, que apenas podía moverse. La miró, y al otro lado, en las mismas condiciones, vio al violador.

Con una calma extraña rodeó la furgoneta y se metió por el portón trasero, que colgaba abierto. La secuestradora se preguntaba qué narices estaba haciendo la pija allí dentro en lugar de llamar a la policía.

—Lamento si os he cortado el polvo —dijo con calma.

La cómplice quiso girarse, pero solo lo consiguió en parte. El dolor que le atenazaba las cervicales se lo impedía. A pesar de ello, acertó a ver cómo el cinturón de seguridad del conductor se recogía hacia atrás, para acto seguido tomar vida propia y arremolinarse alrededor del cuello del secuestrador, de su compañero, de su... ¿pareja?

Intentó gritar, avisarlo, pero la voz se le estranguló en la garganta al comprobar cómo la cabeza de su chico se iba hacia atrás por la fuerza que el cinturón ejercía sobre el cuello.

La secuestrada tiraba con toda la fuerza que le quedaba, mayor aún de la que imprimió cuando tiró de su cordón para salir de aquel zulo en forma de sótano. La secuestradora consiguió girarse un poco más y observó la escena con una impotencia que le revolvía el estómago. Por mucho que intentara liberarse, apenas consiguió llevar una mano a la manecilla de la puerta. Le dio tiempo a contemplar los ojos de su chico desorbitarse, vio sus manos arañar sus pantalones inútilmente, escuchó los gorgoteos ahogados mientras la vida se le escapaba entre espasmos.

La niñata tiraba con una fuerza inhumana; apoyaba los pies en el respaldo para hacer palanca. El tipo se movía de forma incontrolada y la agresora giró la cabeza. Sus miradas se cruzaron. La secuestradora dejó de verla como una niña pija a la que despreciaba, para contemplar a una asesina con un abismo negro en sus ojos.

—Para, para, que lo estás matando.

Ese era su objetivo; sin embargo, no perdió el tiempo en verbalizar lo obvio. La secuestradora sacó fuerzas de donde no sabía que existían y consiguió abrir su puerta para salir al exterior. Muerta de frío, dio la vuelta para intentar ayudar a su compañero.

Se aproximó a la estranguladora, que en cuanto la vio venir cerró la puerta, pero no le dio tiempo a echar el seguro. La compañera abrió y le dio un puñetazo en la cara que por un momento hizo aflojar el agarre, pero la secuestrada se recuperó, se giró hacia ella y le pegó una patada en la tripa con los dos pies, como si hiciera una sentadilla, que la tiró al suelo. Volvió a cerrar la puerta y esta vez sí echó el pestillo.

El violador seguía convulsionando y ella retomó la asfixia. Su compañera, desde el suelo, recordó lo que su chico guardaba en el pantalón, lo que había tomado deprisa y corriendo cuando salieron del refugio. Corrió a abrir la puerta delantera y se encontró a su pareja dando los últimos estertores. Quiso agarrar el cinturón de seguridad para ejercer la fuerza contraria, pero le fue imposible. Miró a los ojos a su chico, pero ya no había ojos, solo blanco.

Entonces le cogió la pistola del pantalón, salió del habitáculo y apuntó a la secuestrada a través de la ventanilla. Esta no le hizo ni caso, solo quería acabar con aquel hijo de perra que la había violado y humillado.

Apretó el gatillo.

Pero de allí no salió ninguna bala.

Miró la pistola, apretó un par de botones que ella consideró el seguro, y volvió a apretar el gatillo. Sacudió la corredera, pero no aplicó la fuerza suficiente y se atascó. Ella solo había manejado aquel hierro una vez, y bajo la supervisión del que ahora convulsionaba a escasos centímetros.

Entonces tomó la única decisión con acierto de todo el día. Rodeó de nuevo la furgoneta por detrás, abrió la puerta trasera derecha y accedió a los asientos. Allí se encontró con que la estranguladora aflojaba el agarre; el violador había cesado en sus convulsiones.

Aprovechó la relajación de aquella maldita niña pija para pegarle un golpe con la pistola en la cabeza. La secuestrada notó el mareo, giró la cabeza en dirección a la secuestradora, que lagrimeaba y se mordía los labios.

¿Había nadado un océano para morir en la orilla?

APAGÓN

La oscuridad cayó sobre la casa como un telón de plomo. El apagón dejó a Nira ciego por un instante en el pasillo; el agente buscó su linterna táctica en el cinturón, pero el caos ya se había desatado bajo la cobertura de las sombras. Ávila y Montes seguían en la furgoneta, ajenos al drama doméstico, mientras Marco Rivas vio su oportunidad en aquella ceguera temporal. Agarró a Marisa por la muñeca con una fuerza que le hizo daño y tiró de ella hacia el interior del salón principal. Cerró la puerta y echó el pestillo.

Marisa se tensó; la revelación de Ávila sobre los robos sistemáticos la tenía sobre alerta, pero su marido no le dio tregua. Se pegó a su oído y casi le besó la oreja.

—Ya sé cómo pagar el rescate. Aparte de lo que te dije antes, me he acordado de otro monedero wallet con casi trescientos mil — Marisa solo asintió—. Llegaríamos casi a novecientos. ¿Me has conseguido el teléfono?

—¿Cómo lo voy a conseguir si el policía este no me deja ni para ir a mear?

—Entonces vámonos ya, aprovechemos la oscuridad.

—¿Cómo?

—Por detrás, la vida de Lorena depende de ello. Estos polis andan muy perdidos y solo buscan enfrentarnos.

Marisa se giró hacia él. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir los de su marido.

—¿Y cómo vas a acceder a ese monedero de criptomonedas?

—Tengo un contacto.

—¿Un contacto?

—Sí, tiene una empresa de telefonía y colaboro con él. Solo tendré que pagarle una pequeña cantidad.

—Pequeña cantidad.

—Sí, como mucho tres mil euros. Y podré acceder desde sus servidores al monedero.

—¿Y de dónde vas a sacar ese dinero ahora? Si te tendrán bloqueadas las cuentas.

—¿De la tarjeta de crédito?

—De mi tarjeta de crédito querrás decir.

Marco calló. Marisa suspiró.

Y entonces se vino la luz.

—Oigan, abran.

Nira les urgía a abrir la puerta.

—Vámonos atrás, el Range Rover está aparcado ahí, ya lo sabes.

Marisa lo miró con desprecio y él lo sintió como si le clavase una puñalada en pleno pecho. Se apartó de él y se dirigió a la puerta. Abrió el pestillo.

—Disculpe, mi marido que ha visto muchas películas.

Álvaro tenía la mano en la axila, dispuesto a desenfundar.

—Se están metiendo ustedes en un buen lío.

Casi al mismo tiempo, la voz de Ávila tronó en las comunicaciones del oficial Nira. Los llamaba a gritos. Tenían una novedad importante que prometía una esperanza real de sacar a Lorena de su cautiverio.

TRINEO

El vapor que escupía el radiador reventado ascendía en espirales perezosas para mezclarse con la nevisca. La escena adquirió un tinte onírico, casi espectral, donde los límites entre la máquina destrozada y el bosque invernal se desvanecían. La chica se mantuvo en pie junto al amasijo de hierros; su respiración formaba nubes blancas y densas ante su rostro, señal del agotamiento extremo. Acarició el arma como si fuera el mismísimo Gollum acariciando el anillo. Se inclinó sobre el cuerpo inerte que yacía sobre el lecho blanco de la montaña, medio cubierto ya por los copos que habían empezado a caer de nuevo. Lo agarró con fuerza de las muñecas y tiró hacia atrás. Consiguió moverla un metro, quizá dos. Después sus botas resbalaron sobre el hielo oculto bajo la primera capa de nieve.

—Hija de puta, lo que pesa —gritó al vacío del bosque.

El peso muerto se resistía como un ancla clavada en el suelo; moverlo a pulso resultaba una tarea titánica para alguien con las fuerzas tan mermadas. Soltó la presa con un gruñido de pura frustración y se frotó las manos entumecidas. Regresó a la furgoneta siniestrada, abrió el portón trasero y escaneó con sus ojos agotados en busca de algo que pudiera ayudarla. La cosa resultó más fácil de lo que pensaba y, no sin cierta dificultad por encontrarse un tanto atorada, despegó la bandeja protectora de carga del maletero, un elemento rígido de polímero negro. Arrancó también los cordeles que la fijaban al chasis interno del vehículo. Lo arrojó sobre la nieve junto a la víctima. Hizo rodar el cuerpo inconsciente a empujones hasta depositarlo encima del plástico, como si estibara un saco de

patatas. Con los cordeles la ató como pudo sobre el plástico. Los pies descalzos de la muchacha quedaron por fuera, pero eso era lo de menos.

«¡Que se joda!».

Aferró el borde delantero del trineo improvisado y comenzó el ascenso. Si hubiera existido una cámara o un testigo oculto entre los árboles, la imagen habría helado la sangre del observador. La secuestradora tirando de su víctima. Inconsciente sobre un trineo mortal improvisado.

Ese trineo, precisamente, ayudaba con la tarea, pero no la convertía en un juego de niños. Cuando llegó a la calzada la cosa se facilitó un poco más. La pendiente de subida se suavizó e inició el recorrido de poco más de kilómetro y medio hasta el refugio.

Debía darse prisa o la noche se les echaría encima. El cuerpo rebotaba inerte ante cada impacto, pero la secuestradora no detuvo su paso ni cuando giró la vista para comprobar que los pies de su presa estaban al borde de la congelación por el contacto con la nieve. Además, presentaba sangre por los diversos roces que se había dado por el camino con piedras, ramas e incluso con algún trozo de asfalto no cubierto por la nieve.

El plástico dejó un surco profundo, una cicatriz ancha y sinuosa que hendía la nieve virgen y marcaba el camino de regreso a la pesadilla.

Avanzaron despacio, paso a paso, luchando contra la pendiente y la gravedad, hasta que la fachada del refugio se alzó ante ellas como una boca de lobo.

Secuestradora y secuestrada llegaron a la puerta de entrada de un lugar que no prometía nada bueno para ninguna de las dos. No saldrían de allí de la misma forma que habían llegado dos días atrás.

Y eso se confirmó cuando la víctima dio con sus huesos en el frío suelo del sótano. La secuestradora se había ocupado de coger unas bridas que encontró en el salón de aquel refugio de mala muerte. Ató las manos de su presa a la aldaba y tiró con toda la fuerza que pudo hasta ensangrentar más las muñecas de la zorra aquella. Hizo lo mismo con los tobillos.

Subió un momento al salón y rebuscó por todos lados. Encontró un trozo de cuerda de tiras y dio por buena la herramienta. Bajó de nuevo y ató la cuerda a las bridas de los tobillos por un lado y por el otro a la escalera. El cuerpo de la chica quedó extendido casi en una posición de tortura medieval.

—Prueba a intentar escaparte así, perra.

Por si acaso salió al exterior y, con ayuda de la bandeja de plástico, cubrió de nieve la ventana que había servido de escapatoria un par de horas antes.

Retornó al sótano y observó cómo su presa abría los ojos. Se acercó hasta ella y le propinó dos bofetadas con toda la fuerza que pudo, cosa que hizo que esos ojos volvieran a cerrarse.

Justo después le puso una mordaza en la boca y le quitó la ropa a tirones. Quedó allí, semidesnuda y casi a la intemperie, mientras su captora subió a valorar qué iba a hacer a partir de entonces.

Ahora contaba con una pistola entre sus manos, aunque tenía que aprender a manejarla.

CRIMINALÍSTICA

Maldurmieron por turnos: los padres en el sofá del salón bajo la custodia alterna de los tres policías. Uno de ellos vigilaba, los otros dos echaban cabezadas en los asientos de la furgoneta, con el motor encendido y la calefacción puesta para no caer en hipotermia.

El informe de Criminalística llegó al día siguiente al sistema y Ávila navegó en la carpeta como un náufrago que busca un salvavidas en medio de un hundimiento. Los «científicos» habían peinado el coche de Lorena milímetro a milímetro y, aunque la nieve se había encargado de borrar la mayoría de los rastros, cometieron un error: una huella parcial en la carcasa de la batería. Minúscula, sí, pero que invitaba a la esperanza. El saboteador debió de quitarse el guante o se le rompió al manipular los bornes para provocar la avería eléctrica.

—O seguramente siguió a la chica y fingió ayudarla —dijo Montes.

—Me cuadra más, sí —corroboró Ávila—. No han detectado que haya forzado el capó.

El problema residía en la calidad de la muestra; al cruzarla con la base de datos del SAID, el sistema escupió casi cincuenta posibles candidatos con antecedentes que encajaban en los puntos característicos. La huella era demasiado pequeña, no definitiva y las posibilidades se ampliaban. Cincuenta nombres, cincuenta historias delictivas, cincuenta puertas a las que llamar. Demasiado trabajo para el reducido equipo de la furgoneta en medio de aquella tormenta. Ávila se frotó los ojos, rojos de cansancio, y tomó una decisión ejecutiva.

—¿A quién llamas? —preguntó Esther.

—A un amigo.

—Pon el manos libres, haz el favor.

El compañero hizo caso y dejó el móvil sobre el pequeño escritorio de la furgoneta. A los cinco tonos alguien descolgó el aparato al otro lado.

—Inspector Ávila, ¿cómo está usted, querido?

—Muy bien, Del Olmo, estoy por meterme en la piscina ahora mismo.

—Me alegro, yo ya estoy dentro. ¿Qué se te ofrece?

—Tengo aquí un marrón de cuidado y necesito ayuda.

—¿Marrón, dice? ¿Pero no ves lo bonito que está todo con este blanco inmaculado?

—Del, déjate de tonterías y vamos a hablar en serio. ¿Estás ocupado?

—Si te refieres a si tengo algún caso activo, no. Pero yo siempre estoy con expedientes atrasados.

—Bien.

Ávila le dio los pormenores del caso. Le subió a su carpeta los nombres y le pidió ayuda a su equipo.

—Tienes a Listín, compañero. ¿En serio te hago falta yo?

—No es una desaparición de alto riesgo, inspector. Es un secuestro con amenaza de daño inminente.

Se produjo un silencio de los que llaman incómodos.

—Está bien —respondió Del Olmo—. Aviso a Toribio y nos ponemos los dos. Desde casa, eh, no voy a hacer a la gente ir a la Brigada con la que está cayendo.

—Por supuesto. Gracias, inspector.

—A mandar —respondió Del Olmo, y cuando Ávila se disponía a colgar, el inspector de Homicidios le dio un último consejo—. Inspector, si me lo permites te diría que no le quites ojos ni a los padres ni a la hija.

Ávila le volvió a dar las gracias y se quedó pensativo. Esther lo miraba con una expresión similar. Mientras cursaba la petición, Listín lo llamó por teléfono. El agente había revisado las cámaras de tráfico por enésima vez y encontró una anomalía que se les había pasado a

todos por alto: una cámara de control de la radial R-2. El temporal la había golpeado con tal fuerza que el objetivo había girado ciento ochenta grados para enfocar directamente el puente que cruzaba la autopista, el punto ciego que necesitaban. Las imágenes eran granulosas, en blanco y negro, pero reveladoras. Se veía el Mini de Lorena camino del gimnasio; detrás, una sombra, otro vehículo en la misma dirección que mantenía la distancia y que la tecnología no lograba identificar por el resplandor de los faros. Cuatro horas después, el coche de los padres cruzaba el mismo punto. Pero lo interesante ocurría segundos antes. Una furgoneta gris circulaba en dirección contraria y se alejaba de la zona cero justo cuando Marco y Marisa llegaban a buscar a su hija. Listín trabajó sobre los fotogramas, aplicó filtros y contrastes hasta que la matrícula, borrosa y sucia, reveló una combinación parcial de letras y números. No era suficiente para una identificación directa, pero sí para cerrar el cerco si la cruzaban con los modelos de furgoneta registrados. Ávila y Montes imprimieron la lista de los veinte sospechosos de la huella y entraron en la casa. Marco y Marisa aguardaban en el sofá, con los nervios a flor de piel tras el incidente del apagón, bajo la custodia de Álvaro Nira, que estaba cansado de hacer de niñera. El inspector les puso los folios delante. Los padres le miraron pidiendo explicaciones con sus miradas.

—Quiero que lean con detenimiento esos nombres y me digan si alguno de ellos les resulta familiar. Busquen a algún antiguo empleado, un jardinero despedido, alguien con quien hayan tenido alguna disputa.

Tras los primeros instantes de confusión, los padres se pusieron a leer los nombres y consultar las fotos de su archivo policial. Esther y Ávila no les quitaron ojo a las expresiones faciales de los padres. Por desgracia, después de unos minutos de tensión, ninguno de los dos padres, ni de los dos investigadores sacó nada en claro.

—No me suena nadie, inspector —inició Marco Rivas—, pero si alguno de estos hombres es el responsable del secuestro, le pido que haga todo lo necesario para atraparlo. Todo.

A Ávila no le gustó el tono de exigencia y el énfasis tonal sobre la palabra «todo».

—Ya estamos haciendo todo lo posible —replicó Montes, con el mismo énfasis en la palabra.

Ávila la miró con aprobación. Aquellos nombres de esa lista eran nombres de delincuentes comunes, ajenos a su círculo de La Moraleja. La frustración de Ávila amenazaba con estallar cuando el teléfono de Marisa cobró vida sobre la mesa de cristal. Un nuevo mensaje. No era una llamada. Era un texto corto, brutal y directo, acompañado de un emoticono de un reloj de arena. Los secuestradores avisaban de que el plazo de entrega expiraba en breve. Y añadían una posdata que hizo que Marisa se llevara las manos a la boca para ahogar un grito: si el pago no se realizaba en la próxima hora, enviarían una foto con una parte seccionada de la anatomía de Lorena.

SALVADA

La atmósfera del sótano se había congelado en una repetición macabra del día anterior.

Captora y cautiva se volvían a encontrar en aquel sótano convertido en zulo. La secuestrada apenas había podido dormir, el frío la tenía al borde la hipotermia y cuando le tendieron una manta por encima creyó que había muerto. Además, notó un viento cálido que le llegaba a su cara en forma de aliento salvador.

La secuestradora había sido magnánima con su presa. Tuvo un sueño reparador de casi seis horas, bien caliente gracias a una manta y a un calefactor que ahora había decicido bajar al sótano y aplicarlo sobre su presa. Tampoco era plan de matarla de frío.

De momento.

El pelo revuelto de la secuestrada le ocultaba el rostro y su cuerpo se sacudía por espasmos incontrolables, fruto del frío y del terror químico que le recorría las venas.

Fue entrando en calor despacio y calmándose.

Frente a ella, la secuestradora se movía con la lentitud pesada de un depredador herido. Le costaba respirar; el esfuerzo de arrastrar el peso muerto por la nieve le había pasado factura, pero la noche de descanso la había revitalizado.

Se acercó a la mujer atada. Alargó una mano y le apartó el pelo de la cara con un manotazo brusco para comprobar su nivel de consciencia. la secuestrada abrió los ojos; las pupilas, dilatadas por el pánico, brillaban en la penumbra. Soltó un gemido que murió ahogado tras la mordaza. Dejó que el calor de la manta y del calefactor hicieran su trabajo.

Pasados unos diez minutos subió a la parte superior del refugio en busca de algo y, a la vuelta, cerró la puerta.

Entonces comenzó la represalia.

Empezó a tocarla. Sus manos recorrieron el cuerpo de la chica con una exactitud cruel, replicando los gestos que el secuestrador había perpetrado en ese mismo espacio el día anterior. No buscaba placer, ella no era lesbiana ni sentía interés alguno por las mujeres en el plano sexual. Solo buscaba destrucción.

Venganza.

Ahora ella poseía el control absoluto sobre aquella integridad física. La agresión se ejecutó como un acto de burocracia del dolor, una devolución fría del sufrimiento recibido. La secuestrada se retorció, las lágrimas le quemaban las mejillas, incapaz de huir de aquellas manos que la profanaban con violencia sistemática.

La agresora se detuvo un instante, satisfecha con la humillación. Descansó por un instante.

Tomó el objeto que había ido a buscar a la parte superior y que había dejado junto a la escalera sin que la cautiva hubiera podido reparar en él.

Se trataba de un martillo pesado que asió con fuerza con su mano derecha. La madera del mango estaba sucia de grasa vieja. Volvió hasta la secuestrada y con la mano izquierda apresó su muñeca , inmovilizada contra el reposabrazos, y separó el dedo índice con fuerza; lo aisló del resto como quien prepara un ingrediente. Levantó el martillo despacio. El hierro quedó suspendido en el punto más alto de la parábola, alineado con la falange extendida. la secuestradora cerró los ojos y gritó a través de la tela, un sonido animal que anticipaba el crujido del hueso.

El golpe se escuchó en varios kilómetros alrededor por el silencio total. Pero no hubo grito. El martillo había impactado contra la solidez de la pared del sótano.

La secuestradora miró a su presa, que abrió los ojos despacio. La sonrió. De momento había decidido no romperle los dedos.

De momento. Porque volvió a empuñar el martillo con fuerza y realizar el movimiento de carga hacia atrás.

Entonces, un sonido electrónico llegó desde la planta superior, un tono de notificación de un móvil. La secuestradora se quedó petrificada con el arma en alto. Su mente, nublada por la ira, se aclaró de golpe al procesar aquel pitido.

Comunicación con el exterior

La cautiva suspiró cuando su captora subió las escaleras.

Salvada por la campana.

¿Salvada?

Después de la agresión sexual quizá no se podría considerar a salvo. Así que cerró los ojos e intentó desatarse.

No sabía si el próximo golpe de martillo haría blanco en su carne.

LA MUJER QUE AMO

Ávila colgó el teléfono con pesar.

—¿Qué dice Luis, jefe? —preguntó Nira, al que Esther le había dado relevo.

—La cosa está bastante jodida, oficial.

Le explicó a Álvaro todo el tema y este resopló y miró por la ventana.

—Y encima con este temporal —incidió el oficial—. ¿Te han dicho algo los de Homicidios?

—De momento no. Y no albergo grandes esperanzas.

—¿Y qué vas a hacer?

Ávila exhaló aire con fuerza.

—Listín no me geolocaliza ni de coña el móvil desde el que vienen esos mensajes. ¡Putas aplicaciones encriptadas de mierda! No entiendo cómo pueden seguir permitiéndolas si solo se usan para cosas malas.

El oficial iba a esgrimir sus argumentos, pero Ávila no tenía tiempo para ello y prefería no saber si Nira estaba en contra o a favor del uso de ciertas aplicaciones de mensajería.

—Voy dentro.

—¿Y yo qué hago?

—Llama a Del Olmo.

—¿Yo? Pero si apenas me conoce.

—Dile que vas de mi parte, hombre.

Ávila lo dejó allí solo. Se adentró en la vivienda sin el abrigo. A pesar del frío inmisericorde, le dio igual. Hasta le vino bien sentir el aire gélido en la cara. Una vez dentro, sintió una especie de

amenaza que flotaba en el ambiente viciado del salón como el humo de un incendio invisible. Marisa Cánovas caminaba por la cornisa de la locura; sus manos temblaban y la respiración le silbaba en el pecho. En cuanto vio a Ávila, se acercó a él y lo agarró por la manga de la chaqueta.

—Tienes que dejarnos pagar. Lo sacaré de donde sea, pero esto no se puede permitir. No podemos más.

El inspector se soltó con suavidad pero con firmeza. Necesitaba que ella mantuviera la cordura un poco más.

—Acompáñeme un momento a la cocina, por favor.

El inspector miró a Esther e hizo un gesto con la cabeza. Antoine también debería quedarse allí retenido.

—Es posible que me lleve detenido a su marido al finalizar el día —inició Ávila—. Así que le pido que vuelva a repasar la lista que les hemos dado y me indique si conoce a alguien que pueda estar relacionado con él de alguna forma.

—Pero, ¿por qué? Mi marido puede ser un flojo, pero…

—Porque estoy convencido de que está detrás de todo esto.

Le explicó su teoría: Marco no solo le había robado, había diseñado una ingeniería fiscal para desviar los fondos y el secuestro era la última fase para conseguir liquidez inmediata. Ávila le reveló uno de los últimos hallazgos de Listín: el historial de navegación de Marco mostraba búsquedas recientes de vuelos solo de ida a Ecuador y Vietnam, países sin tratado de extradición. Marisa escuchó la información con los ojos desorbitados; la traición de su marido parecía destrozarla casi tanto como el miedo por su hija. El policía le puso de nuevo la lista de sospechosos delante y le exigió concentración. Necesitaba un nombre, un vínculo, cualquier cosa que Marco hubiera contratado para hacer el trabajo sucio antes de huir. Marisa repasó los rostros y los nombres con desesperación, pero su memoria devolvió un vacío absoluto. No conocía a ninguno. Agotada, pidió permiso para subir a su habitación; necesitaba tumbarse, cerrar los ojos.

—Lo siento, pero no. Descanse en el sofá del salón. Ahora va a venir mi compañero y la va a llevar al furgón policial. Desde este momento, no pueden estar en contacto.

Ávila llevó a Marisa hasta el furgón. Nira protestó con un bufido por tener que hacer de niñera otra vez. El inspector volvió a la casa y avisó a Montes. Se la llevó a la cocina aunque no le gustó dejar a Marco solo con su hijo. No obstante, al chaval no lo consideraba un actor importante dentro de todo aquello. Le contó los informes de Listín y uno de ellos impactó, aunque no sorprendió, a Esther.

—Es lamentable, aunque si te soy sincera, no me extraña demasiado.

—Vamos a ver qué le sacamos.

Lo llevaron a la cocina también. Esta vez los dos.

—Lo sabemos todo, señor Rivas —inició Esther.

Él los miró, desconcertado.

—¿A qué se refieren? Ya les he confesado lo de mi bancarrota.

—Me refiero a tu plan para fingir el secuestro de tu hijastra, embolsarte un millón de euros menos la comisión del que quiera que sea que hayas pagado, y largarte a Vietnam.

Él dudó unos segundos. Suficientes para que los investigadores corroboraran sus teorías. O parte de ellas al menos.

—Ya está todo listo. Hemos solicitado orden para detenerte. Así que hazte un favor a ti mismo, ahórrale sufrimientos a tu mujer, que todavía lo es, y cuéntanos dónde retenéis a la chiquilla.

—Se han vuelto locos. Yo jamás le haría eso a Lorena. Jamás, ¿me entienden? —Marco se levantó y se encaró con los inspectores.

Esther miró a Ávila y se dispuso a darle la estocada definitiva. El inspector asintió. Ella le puso una mano en el hombro y lo obligó a sentarse.

—¿Se puede usted calmar un poquito?

Marco se encaró con ella, pero los ojos de la inspectora y su determinación hicieron que el hombre al fin se sentase.

—¿Cómo me voy a calmar con lo que están diciendo? Están ustedes jugando aquí a acusarme de no sé qué y mientras mi hija está ahí fuera pasando frío y siendo amenazada por unos desgraciados…

—Su hija… —interrumpió Esther—. Uno no se manda ese tipo de mensajes con su hija, señor Rivas.

Marco, que hasta entonces le sostenía la mirada a la inspectora, no pudo hacerlo. En ese momento sonó el teléfono de Ávila, pero este lo ignoró porque esperaba que Marco Rivas se viniese abajo definitivamente con la mención de su compañera. Sintió el frío de las sillas de diseño bajo su culo. El blanco inmaculado de los azulejos le trajo la nieve de afuera al interior. Y el olor a café de por la mañana no lo reconfortó lo más mínimo, al contrario de lo que solía hacer ese aroma para sus sentidos en condiciones normales. El teléfono de Ávila volvió a sonar.

—Señor Rivas —dijo él—. Como bien dice, su hija está ahí fuera pasando frío. Todo ha terminado. Háganos el favor a todos.

—Yo… —inició Rivas.

Ya no sonaron más mensajes en el teléfono del inspector. La llamada de Nira fue inminente.

—Joder, Álvaro, estamos en medio de un asunto importante…

—Mira el maldito mensaje, inspector. No hay nada más importante.

Ávila miró el teléfono y lo que allí presenció le dejó mal cuerpo. A Esther le dieron ganas de vomitar. Y cuando se lo enseñaron a Rivas, casi se mareó. Pero se recompuso, porque de ello dependían muchas vidas en ese momento.

—¿Usted cree que voy a permitir que le hagan eso a la mujer de la que estoy enamorado?

Y cuando terminó de pronunciar estas palabras echó a llorar como un adolescente con el corazón roto. Lo que había en el mensaje no era un corazón, pero sí un trozo de anatomía humana, tal y como habían prometido con anterioridad los secuestradores.

EL DEDO

La secuestradora miró una vez más el teléfono. Solo había un mensaje, solo uno.

¿Quién coño sería ese remitente y a qué se referiría con eso de «el cliente»?

Cabeceó con impaciencia y miró en derredor. Fuera, el frío seguía inexorable y sus opciones de salir de allí eran mínimas. Nulas.

Salió de allí y bajó las escaleras que la separaban del horror.

Empuñó de nuevo el martillo lentamente y la amenazó. La cautiva suplicó con la mirada y logró que se detuviera entre gritos ahogados bajo la mordaza. La captora reculó unos centímetros, lo que supuso un alivio temporal para su presa. En realidad, lo único que había decidido era cambiar de herramienta. Tomó la tijera de cocina de las grandes que había bajado con anterioridad y volvió a acercarse hasta ella. La mujer atada, con los ojos desorbitados por el pánico, intentó retirar la mano, pero las bridas y la fuerza de su captora se lo impidieron. La figura dominante colocó el filo de la herramienta metálica sobre la articulación de la falange del dedo meñique de la prisionera. El contacto del metal frío contra la piel arrancó a la mujer atada un gemido agónico a través de la mordaza, al tiempo que se sacudía violentamente. Aquel movimiento provocó que el primer corte en la piel se lo causase ella misma.

—¿Quién es el primo? —preguntó la secuestradora.

La secuestrada abrió los ojos y negó con la cabeza. No podía hablar por la mordaza y emitió gemidos ahogados para pedir que se la quitara. La captora se la arrancó con fuerza.

—¡Para, para, por favor! No sé qué dices…

—He visto el móvil de tu querido se ha dejado arriba, así que dime quién es el primo.

La víctima arrugó la frente y trató de elucubrar. No lo consiguió.

—Te juro que no lo sé, que no lo sé.

La secuestradora apretó la tijera hasta provocar un segundo corte en la piel. La secuestrada sangró, lloró y suplicó; le juró que no lo sabía.

—Pues tú decides: si quieres perder el dedo o proteger a ese tal primo.

—Te juro que no lo sé, debe de ser el tipo que nos entregó el dinero.

—¿El dinero?

—Sí, la mitad de lo que nos iban a pagar por secuest…

La secuestradora no la dejó terminar. Se escuchó un crujido húmedo y seco a la vez, seguido inmediatamente por el sonido metálico de la herramienta al caer al suelo. La mujer atada se retorció y tensó su cuerpo como un arco. Gritó. Un alarido que podría haber provocado un alud si hubiera estado a la intemperie y no bajo la protección acústica de aquel zulo.

La sangre comenzó a brotar y manchó la manta y el suelo de piedra. La mujer de pie observó el resultado de su obra sin ninguna emoción visible. Se limpió una salpicadura de la cara con el dorso de la mano. Se inclinó hacia el oído de la mujer atada, que ahora sollozaba convulsivamente por el dolor y el shock, y le susurró una advertencia:

—Esto es solo el principio si no hablas.

La nueva secuestrada la miró, pero el intenso sufrimiento le impidió mantenerse consciente un segundo más. Cayó desfallecida, desmayada por el dolor extremo y la falta de descanso.

El dedo yacía en el suelo, sanguinolento, solitario y frío. Lo peor fue el vómito que lo regó después. La captora no supo digerir bien sus sensaciones y lo poco que había comido lo regurgitó en forma de bilis.

Una vez que se repuso, tomó aire; cogió el dedo con asco y lo retiró del vómito, acción que le provocó una nueva arcada y un sinfín de dudas.

Una vez recuperada hizo varias fotos y varios vídeos. Tenía que seleccionar cuál de ellos iba a mandar a la policía.

DESMAYO

Ávila marcó el número de Del Olmo con los dedos entumecidos por el frío. El viento arreciaba y golpeaba la chapa de la furgoneta como si quisiera volcarla. Necesitaba, de nuevo, perspectiva, una voz ajena a aquella casa maldita que parecía devorar la cordura de todos los presentes. Le informó de la novedad, del archivo multimedia que acababa de cambiar las reglas del juego y convertir un secuestro económico en una carnicería. Al otro lado de la línea, el jefe de Homicidios guardó un silencio denso antes de emitir su veredicto.

—He revisado los perfiles, Ávila. Ninguno encaja.

—¿Cómo que no encajan? —preguntó Ávila mientras se frotaba la sien—. Tienen antecedentes.

—Sí, pero son rateros, algún alunizaje y menudeo de drogas. Ninguno tiene delitos de sangre, ni siquiera lesiones graves. Cortar un dedo es un salto cualitativo enorme. Requiere una frialdad o una desesperación que estos tipos no tienen en su historial.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Que el que empuña la tijera o el cuchillo no es ninguno de los de la lista. O bien hay un tercero que no hemos visto, o bien actúan por encargo directo de alguien muy cercano. Alguien con mucha rabia.

—¿Un encargo?

—No tiene sentido como medida de presión financiera tan pronto, Cecilio. Esto huele a venganza personal. A odio. ¿Estás seguro de que la madre no sabe nada de la relación de su marido con su hijastra?

—Pues en teoría, no, pero ahora mismo la sometemos a un tercer grado.

—Suerte.

—Gracias, compañero.

Ávila colgó y se miró con su compañera. Le agarró la mano y ella notó la calidez de la piel en medio de todo aquel frío. Y se sintió reconfortada.

—¿Lo llevas tú, inspectora?

—Claro.

Se dieron un ligero abrazo. Insuficiente para mostrarse afecto, de sobra para iniciar una colaboración policial que solía funcionar. Regresaron al interior con la determinación de dos perros de presa. El cambio de temperatura fue brutal; pasó del gélido viento de la sierra al calor asfixiante de la calefacción central. Reunieron a Marisa en la cocina, lejos de la escucha de padre e hijo. Montes tomó la palabra. No hubo preámbulos suaves.

—Tenemos que hablar, Marisa. La vida de tu hija se ve amenazada…

—Pero eso ya lo sé…

—Hay algo más que debes saber.

—¿El qué?

—Necesitas saber toda la verdad sobr e la relación entre tu marido y tu hija.

Marisa arrugó la frente e hizo una mueca con la boca, confundida, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿De qué relación hablas?

—No me refiero a eso —intervino Ávila—. Hemos encontrado archivos en el móvil de Lorena. Mensajes.

—¿Qué tipo de mensajes?

—De índole sexual —soltó Esther con suavidad pero con firmeza —. Fotos, conversaciones explícitas.

El silencio que siguió a la revelación pesó toneladas. Marisa miró a Ávila. Él asintió para corroborar lo que su compañera decía. La mujer abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Su mundo de porcelana, ya agrietado por el conocimiento del robo financiero, pareció hacerse añicos contra el suelo ante esta nueva noticia. Se derrumbó en la

silla, se cubrió la cara con las manos y soltó un gemido que parecía provenir de las entrañas.

—Maldito seas... Maldito seas, hijo de perra —murmuró entre sollozos.

—Marisa, escúchame —Ávila se inclinó sobre la mesa—. Sabemos que Marco te robó el dinero. Sabemos que te engañaba con tu propia hija. La humillación es insoportable.

Ella asintió, incapaz de articular palabra, mecida por el dolor.

—Por eso tenemos que preguntarte algo —continuó el inspector, y aquí aplicó la presión que Del Olmo le había sugerido—. ¿Has sido tú?

Marisa levantó la vista de golpe. La tristeza de sus ojos mutó en incredulidad.

—¿Qué?

—Un autosecuestro. Recuperas el dinero que él te robó a través del rescate y, de paso, castigas a la chica que se acostaba con tu marido —añadió Montes, implacable.

—¿Estáis locos? —Marisa se puso de pie de un salto; la silla cayó hacia atrás con estrépito—. ¡Es mi hija! ¡Jamás le haría daño!

—Los celos, saberse traicionados… hacen que las personas cometamos actos que en circunstancias normales no haríamos —insistió Ávila.

—¡Estáis mal de la cabeza! —gritó ella.

Se volvió histérica. La mujer de la alta sociedad desapareció y dio paso a una madre herida y acorralada. Se abalanzó sobre Ávila con las uñas por delante, dispuesta a arrancarle los ojos. Montes tuvo que intervenir; la sujetó por los brazos, pero Marisa peleaba con la fuerza de la desesperación, lanzaba patadas y escupitajos.

—¡Soltadme! ¡Inútiles! ¡Buscad a mi hija y dejad de decir estupideces!

En medio del forcejeo, del caos de gritos y acusaciones que llenaba la cocina impoluta, Marco vio su oportunidad. Quizá quiso desviar la atención, o quizá el veneno que llevaba dentro necesitaba salir para herir de muerte a su esposa y terminar de destruirla.

—¡Marisa, no sé qué te han contado! —gritó Marco con la voz rota.

Nira trató de sujetarlo, pero Antoine se interpuso al oficial y Marco consiguió acercarse a la cocina.

—Han cortado el dedo a Lorena, si sabes algo, tienes que hablar. ¡La van a matar, la matan!

El tiempo se detuvo en la cocina. Marisa dejó de luchar. Sus brazos se relajaron y los agentes aflojaron el agarre, aunque no la soltaron del todo. La mujer se giró lentamente hacia su marido. Jadeaba.

—¿Qué ha dicho?

—Vete a ayudar a Álvaro, yo me encargo —dijo Montes.

Ávila se fue al salón y Esther se quedó sujetando a Marisa. Pero no le dio tiempo a llegar.

—La foto... Es una foto de un dedo de Lorena. Le han cortado un dedo.

Ávila llegó justo a tiempo para ponerle las esposas a Rivas.

—Vamos, al furgón.

Se lo llevó entre gritos de cólera.

—Yo no tengo nada que ver, pero si tú sabes algo, ¡tienes que hablar!

—Que se calle —gritó Nira y entre los dos lo metieron en el furgón.

Antoine se quedó allí en medio, sin saber qué hacer; miró a un lado y a otro. A su padre se lo llevaban detenido y su madrastra parecía una loca de manicomio. Se sentó en el suelo, acurrucado con las manos en los oídos. Los ojos de Marisa se pusieron en blanco. No hubo grito, ni llanto, ni protesta. Su sistema nervioso pareció colapsar ante la magnitud del horror. Sus rodillas cedieron y cayó a plomo sobre las baldosas frías, y si no hubiera sido por la fortaleza de Esther, se habría hecho daño.

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Ahora!

Los minutos se estiraron como el que se levanta perezoso en aquella cocina que olía a tragedia. Esther tumbó a Marisa y recostó su cabeza contra las piernas de la inspectora. Antoine lloraba en un rincón, ignorado por todos.

Los sanitarios se retrasaron, víctimas de un temporal que tenía toda la región en un caos. Llegaron ya con la madrugada avanzada.

Más cerca de la hora del desayuno que de la cena.

Cuando las luces azules de la ambulancia rebotaron contra la nieve del exterior, iluminaron el salón a través de los ventanales. Los sanitarios entraron con la camilla entre la ventisca, envueltos en abrigos naranjas y cargados de maletines. Aquella imagen de urgencia médica y caos en la casa servía de preludio macabro, un espejo distante de lo que ocurría en ese mismo instante a kilómetros de allí, donde otra mujer se disponía a curar la herida de una mutilación atroz.

LA AMBULANCIA

Marisa permanecía inmóvil sobre la camilla, con los párpados cerrados y una respiración superficial que imitaba a la perfección la inconsciencia. El interior de la ambulancia olía a alcohol y a plástico nuevo.

Uno de los técnicos, el conductor, había bajado para rellenar el parte con Nira bajo el abrigo del porche, mientras su compañero se quedó dentro para canalizar una vía. El sanitario le tomó la tensión con parsimonia, convencido de que la paciente no suponía ninguna amenaza. Escuchó una voz, la de su superior que también lo llamaba. Se dio la vuelta para fijarse en la paciente. Tenía el pulso estable y respiraba sin dificultad. No había problema en ausentarse unos segundos.

Marisa abrió los ojos y se dio cuenta de su soledad. Ni en sus mejores sueños habría ocurrido algo semejante. No se levantó de golpe; se deslizó desde la camilla al suelo con movimientos fluidos, casi reptilianos.

Salió por la puerta trasera como si pisase sobre cristal en lugar de sobre nieve. A pesar de ello, el sanitario más joven la vio largarse y gritó, pero la mujer ya corría sobre la nieve.

No buscó la salida principal. Rodeó la fachada de piedra de la casa, pegada a los muros para evitar la línea de visión de Nira y el conductor. El frío le mordía la cara, pero la adrenalina actuaba como un anestésico potente. Llegó hasta la parte de atrás de la vivienda, donde el Range Rover negro, una bestia de dos toneladas, esperaba bajo una capa de hielo. Marisa agradeció en silencio el haberse

procurado la llave inteligente en el momento en el que interrogaron a Marco antes que a ella.

Abrió la puerta, el motor rugió al instante tras pulsar el botón de encendido y los faros led cortaron la oscuridad de un jardín para el que todavía no había amanecido.

Arrancó marcha atrás con violencia; los neumáticos de invierno trituraron la nieve y escupieron hielo sucio. El coche salió disparado antes de que nadie pudiera reaccionar.

Dentro de la casa, el aviso llegó entre gritos. El sanitario entró en la cocina con la cara desencajada para alertar de la fuga. Marco Rivas, esposado, enloqueció.

—¿A mí me detenéis y a ella la dejáis escapar?

Tiró de las esposas hasta hacerse daño en las muñecas y le gritó a Ávila con rabia. Le exigió que saliera tras ella, que movilizara a todo el cuerpo, que su mujer estaba fuera de sí y acabaría estampada contra un árbol. Ávila, sin embargo, se ajustó el abrigo con una calma que rozaba la insolencia.

—¿Se va a usted a tranquilizar o tengo que avisar a los sanitarios para que le administren un calmante?

—¿A mí? Si está huyendo es porque algo tiene que ver. Es ella. Ella ha debido de enterarse de…

—¿Se calla o le pongo un bozal, Rivas? —intervino Esther—. ¿Usted se piensa que la policía es tonta? ¿Que somos gilipollas y que yo no sé cuándo alguien finge un desmayo?

Marco Rivas —y Antoine, que estaba por allí también— abrieron la boca y los ojos.

Álvaro entró y saludó a Ávila.

—¿Le has puesto los dos, no, Álvaro?

—Uno en los bajos de la rueda delantera izquierda y otro en los de la trasera.

—Bien, esperemos que nos den cobertura. ¿Cuándo llegan los de Seguridad Ciudadana?

—Tienen que estar al llegar. Y el camuflado con Listín en la estación de servicio de la A1 esperando.

—¿Nos vamos, jefe?

—Nos vamos. Te quedas al mando, Álvaro.

—A la orden.

Por esa vez Álvaro no se sintió una niñera. Él había hecho bien su trabajo. El resto de la operación ya no dependía de él.

Esther se sentó al volante y arrancó el motor. No tenía prisa. Sacó su teléfono móvil, lo colocó en el soporte del salpicadero y abrió una aplicación de rastreo. En la pantalla, un punto rojo parpadeaba con ritmo constante sobre el mapa cartográfico de la sierra y se alejaba por la carretera comarcal. La inspectora metió primera, sonrió con frialdad y siguió la estela digital que la madre fugada dejaba a su paso, directa hacia donde se escondía la verdad.

EL OTRO 4X4

El Range Rover negro devoró los kilómetros de carretera secundaria con una violencia mecánica que reflejaba el estado mental de su conductora.

Los neumáticos de invierno se aferraban a la nieve como si fuesen de velcro y levantaron cortinas de hielo sucio a su paso, mientras el motor rugía por encima de las revoluciones recomendadas. Marisa Cánovas no sentía el volante entre sus manos; solo veía la carretera como un túnel blanco que la separaba de la única persona que podía detener aquella locura.

Había tenido que marcar su número hasta cuatro veces en la aplicación de telefonía de su vehículo. Por suerte, aquel trasto contaba con su tarjeta de telefonía propia y, aunque apenas la usaba, en aquel momento no le pudo haber venido mejor.

Conocía el teléfono de memoria. Y aunque el otro contestó de mala gana y a ciegas, ya que no guardaba ese número en su agenda, le hizo saber su furia y su decepción por el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

Aunque ella se guardó lo peor para el momento en el que se encontraran en persona.

Al llegar al cruce forestal acordado, un recodo oculto por pinos cargados de nieve, pisó el freno con cautela. El sistema ABS vibró, el coche derrapó varios metros y se detuvo a escasa distancia del también todoterreno de Lorenzo Malpica, que aguardaba con el motor al ralentí y los vapores del escape ascendiendo hacia el cielo plomizo.

Marisa abrió la puerta y saltó al exterior antes incluso de apagar el motor. No notó el frío, ni el viento que le azotaba la cara. Corrió hacia Lorenzo, que acababa de bajar de su vehículo con una expresión de confusa alarma al verla llegar en aquel estado.

Marisa se abalanzó sobre él. Sus puños, pequeños y endurecidos por la rabia, impactaron contra el pecho del hombre, protegido por un grueso chaquetón de caza.

—¡Te dije que solo era un susto! ¿A quién coño has contratado? La van a matar.

Le golpeó una y otra vez, acompañó cada impacto con un grito ahogado, descargó sobre él toda la culpa y el terror que le quemaban las entrañas. Lorenzo retrocedió un paso por la sorpresa, levantó los antebrazos para protegerse de aquella granizada de golpes histéricos.

—¿De qué me estás hablando?

Marisa le gritó, con la voz rota, que aquello no era el plan. Le escupió las palabras a la cara: el trato consistía en dar un susto a Marco, en apretarle las tuercas para que soltara el dinero que le había robado a ella, el dinero de su herencia y de su futuro. Y a la niña darle otra reprimenda por haberse follado a su marido. Jamás se habló de violencia física. Jamás se pactó sangre. Nunca esperaba que le cortaran un dedo a su propia hija.

Lorenzo logró apresarle las muñecas y la inmovilizó con fuerza para frenar el ataque.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Marco lo ha visto y me lo ha dicho a voces, Lorenzo.

—¿Y te fías de él?

—Los policías no le han contradicho. Me he fijado en la cara de la inspectora, condescendiente a más no poder. Le han cortado un dedo a mi hija, Lorenzo. No te lo voy a perdonar nunca…

El rostro de Lorenzo Malpica cambió; la máscara de seguridad se desmoronó y dio paso a una palidez mortal. Soltó a Marisa y buscó el teléfono móvil en el bolsillo interior de la chaqueta con manos temblorosas. Buscó la aplicación en su teléfono. Pulsó el botón de llamada. Se llevó el aparato a la oreja mientras caminaba en círculos

sobre la nieve pisoteada. La señal de llamada sonó en el vacío una, dos, tres veces. Nadie respondió al otro lado.

—No lo cogen.

—Pues insiste.

Lorenzo suspiró y maldijo entre dientes, colgó y tecleó un mensaje de texto urgente, una orden directa y brutal para que detuvieran cualquier agresión de inmediato. Guardó el móvil sin esperar confirmación. No había tiempo para esperar.

—El problema es que en este tipo de aplicaciones la llamada no funciona del todo bien. Acabo de mandar un mensaje para que detengan cualquier tipo de violencia. No sé qué ha podido pasar.

—Que has contratado a chapuceros, Lorenzo. Te pedí expresamente que fuera gente de confianza.

—De más confianza créeme que no la hay. Es familia.

—Pues tu familia ha jodido a la mía.

El tipo la miró con furia. La agarró del brazo y la empujó hacia el asiento del copiloto de su propio 4x4. No le dio tiempo ni a abrocharse el cinturón. Engranó la marcha y pisó el acelerador. El vehículo traccionó con fuerza y se lanzó hacia la carretera que llevaba hacia la montaña, hacia el corazón del desastre, mientras la nieve seguía cayendo sobre el parabrisas como un telón que intentaba ocultar la tragedia inminente.

En aquel recodo del camino quedó un Range Rover con dos geolocalizadores y tres policías que se habían distanciado lo suficiente para no ser detectados, sin saber que el seguimiento acababa de complicarse sin límite.

SEGUIMIENTO

La calefacción de la furgoneta silbaba en un tono monótono que se toleraba porque controlaba el frío que el exterior prometía.

Esther conducía con la mirada fija en la carretera, mientras Ávila ocupaba el asiento del copiloto y Listín, al que habían recogido minutos antes en una estación de servicio cercana, tecleaba frenéticamente en su portátil desde la banqueta trasera. El experto informático vigilaba que el punto rojo que representaba el coche de Marisa en el mapa digital mantuviera la cobertura en todo momento. Los geolocalizadores instalados por Nira eran efectivos, pero podrían dar sus fallos. Y más en condiciones como las que tenían, porque por mucho que la tormenta hubiera remitido y el sol despuntara ya en esa fría mañana, nada era seguro bajo todo el manto de nieve acumulada.

De pronto, el indicador se detuvo.

—Frena —ordenó Ávila.

Esther obedeció y redujo la marcha hasta detenerse en el arcén, a una distancia prudencial para no ser detectados.

—¿Qué estará haciendo? —preguntó la inspectora, más para sí misma que para sus compañeros.

—Lo mismo se ha quedado sin gasolina —dijo Listín.

—¿Y si tienen a Lorena ahí? —preguntó Esther.

—No hay nada en los alrededores. El mapa solo refleja descampado.

—Pueden tener un zulo subterráneo o algo.

Ávila se rascaba la cabeza. Pensativo. Tenía que tomar ya una decisión.

—¿Jefe? —indagó Montes.

—Yo creo que se ha parado esperando a alguien.

—¿A quién?

—A quien haya contratado para hacer el autosecuestro.

—Menuda hija de puta. Secuestra a la hija y le corta un dedo solo por acostarse con su marido.

—Yo creo que se les ha ido de las manos, no creo que lo del dedo sea planificado —aclaró Ávila—. Lo mismo está esperando que la traigan en la furgoneta que vimos en las cámaras.

El tiempo pasó lento, espeso. Los minutos cayeron uno tras otro sin que el punto rojo mostrara actividad. La inmovilidad se prolongó en exceso y la tensión dentro del vehículo policial se volvió irrespirable.

—Lleva demasiado tiempo quieta —dijo Esther con impaciencia—. Voy a acercarme, se nos puede estar pasando algo, jefe.

Ávila concedió al fin y la inspectora devolvió la furgoneta a la calzada. Recorrieron un par de kilómetros hasta llegar a un recodo oculto por pinos cargados de nieve, un lugar apartado de la carretera secundaria donde el Range Rover negro permanecía estacionado, solitario y mudo. No había rastro de Marisa.

Los tres bajaron del vehículo policial con las armas en posición preventiva, pero bajaron la guardia al comprobar que el coche estaba vacío.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ávila mientras inspeccionaba el exterior.

—Ha cambiado de vehículo —sentenció Esther tras observar la nieve pisoteada—. Hay huellas de otro coche, también parecen de todoterreno por la geometría y anchura de la rodada. Y hay pisadas de dos personas. Alguien la esperaba.

—¿Con o sin Lorena? —Se atrevió a preguntar Luis.

Los dos inspectores se miraron y admitieron que no tenían ni idea.

Montes miró a través de la ventanilla del conductor. Tiró de la palanca de apertura, sin éxito. El interior estaba en penumbra, aunque se podía divisar una gran pantalla con esos modernos sistemas de radio y navegación.

—Puede que haya dejado las coordenadas de hacia dónde se dirigía —dijo Luis —, puede que esto haya sido una parada imprevista.

Sabía que la tecnología de a bordo almacenaba los últimos movimientos y comunicaciones. Se giró hacia la inspectora.

—¿Y cómo accedemos al interior?

—La jueza me ha autorizado a investigar todas las líneas telefónicas de la familia. Todas.

El genio tecnológico había hecho énfasis en la última palabra. Esther miró a Ávila. Sus ojos no decían nada. Tampoco desautorizaban nada.

Montes echó mano a su USP-Compact y apuntó a la ventanilla.

Listín se tapó los oídos y se apartó entre protestas.

—¿Pero qué haces?

Esther se detuvo en su empeño. Miró a Ávila y le guiñó un ojo. Se retiró unos pasos en dirección a la lechera policial. Listín miraba al inspector sin entender nada. La policía regresó con un martillo especial de operativa policial.

—Apartaos, haced el favor.

Con un golpe efectivo en la parte inferior izquierda de la ventanilla del conductor, consiguió destrozarla con una limpieza digna de Lupin robando una joya. Metió la mano y movió la palanca interior para abrir la puerta.

—Todo tuyo, *cortocircuito*.

—Ya estamos.

Al pobre no le bastaba con que le apodaran Listín, que también tenía que soportar cualquier apodo que se le antojara al madero de turno.

—Es broma, hombre. Ahora mismo eres lo único que nos separa de atrapar a esa chusma con las manos en la masa.

El técnico fue a por su portátil al vehículo policial y se introdujo en el habitáculo, conectó sus cables al puerto USB del vehículo y sus dedos volaron sobre su teclado.

Mientras, Montes y Ávila rastrearon el perímetro en busca de algún indicio más en las inmediaciones. Por si acaso el lugar donde

custodiaban a Lorena estaba por allí, pero no encontraron más huellas en la nieve que las del otro vehículo.

—Está bonito, ¿verdad? —dijo Ávila señalando las montañas que se adivinaban no a demasiados kilómetros.

Esther suspiró y levantó también la vista. Miró al inspector, aunque él no le correspondió.

—Mucho —dijo, y se mordió el labio inferior.

Él siguió sin mirarla, y ella desistió para compartir la vista de la montaña. Solo cuando dejó de sentirse observado, Ávila giró su cabeza para encontrarse con el perfil definido de la inspectora.

Quizá en otra época, en otro momento, en otro trabajo…

—¡Lo tengo! —exclamó Listín.

Montes no se detuvo a reflexionar ni un minuto más sobre la extraña atracción que mantenía con el inspector y se lanzó a parlamentar con Listín.

—¿Qué tienes?

Luis le contó la última llamada desde la aplicación de telefonía del sistema de radio inteligente.

—Luis, ven conmigo —pidió Ávila que llegó justo por detrás.

Montes los siguió. Allí custodiaban los teléfonos de Marco, Antoine y Marisa.

Tenían acceso a ellos por orden judicial, así que buscaron en el teléfono de Marisa por la coincidencia. No obtuvieron resultado alguno.

—Busca en el del marido —dijo Esther.

—Eso iba a hacer.

¡Bingo!

Se miraron los tres.

—Luis, mira a ver si lo puedes ir geolocalizando.

—Será complicado, pero lo intento. ¿Le llamas?

—Dame un momento.

Ávila llamó a Nira.

—¿Qué pasa, jefe?

—Pásame con Rivas.

Nira no dijo nada y le dio su teléfono a Marco Rivas.

—¿Qué ocurre? ¿Han encontrado a Marisa? ¿Y Lorena?

—¿Quién es Loren?

—¿Qué?

—He comprobado que no es un diminutivo de Lorena, es un número distinto. Dime quién es un tal Loren que tienes guardado en tu móvil.

Rivas calló.

—Un amigo de Marisa. De la infancia —respondió tras unos segundos de incertidumbre.

—¿Sabe si tiene algún tipo de relación con ella?

—Que yo sepa en la actualidad no, pero en el pasado sí.

—¿Quieres encontrar a Lorena sana y salva?

—Pues claro.

—Me tiene que hacer un favor. Deme los datos completos de ese hombre y en unos minutos vuelvo a llamar a mi compañero para hablar de nuevo con usted.

Marco Rivas le dio nombre y apellidos. De memoria no se sabía nada más.

—Luis, averigua la matrícula y el modelo de coche que tenga este tipo. Y llama a cámaras para ver si localizan el vehículo en algún punto de la zona. Esther, en movimiento.

Montes se trasladó a la parte delantera del vehículo.

—Mucho me estás pidiendo —protestó Listín.

—Ahora estamos en tus manos, literalmente, porque me has dicho que te será complicado geolocalizar el teléfono de este tipo ¿no?

—Sobre todo porque lo mismo no lo ha traído hasta aquí.

—Confiemos en que sea lo suficientemente torpe para que sí, y para que coja la llamada. Supongo que las BTS escupirán mejores datos si se conecta en una llamada a una antena cerca, ¿verdad?

Listín asintió con la cabeza.

—¿Qué llamada? —preguntó Esther.

—La que le va a hacer Marco Rivas.

LA NIEVE

El silencio absoluto reinaba en el refugio tras una noche interminable. La secuestradora había improvisado un vendaje sucio en la mano de su presa para contener la hemorragia del meñique amputado.

La tormenta, por fin, había cesado. El sol de la mañana impactaba contra el manto de nieve virgen y creaba una luz hiriente, violenta, que anunciaba cataclismos y que contrastaba con la negrura del sótano donde habían transcurrido las últimas horas de horror.

La puerta de madera se abrió con un quejido. Dos figuras emergieron a la superficie. La primera avanzó a tropezones, empujada por la segunda. La víctima vestía solo unas bragas y una camiseta. Su piel reaccionó con violencia al contacto con el aire helado; cuando clavó los pies desnudos en la nieve sintió como si pisara un bosque de cactus. Temblaba de forma convulsiva. Avanzaba con dificultad, entre sollozos, mientras intentaba protegerse los brazos en un gesto de abrazo inútil.

El vendaje rudimentario de su mano izquierda rezumaba sangre fresca por el esfuerzo. Detrás de ella caminaba la secuestradora.

Lo que ocurría es que horas antes se habían intercambiado los papeles: Tania había pasado a ser la secuestrada y Lorena la secuestradora.

¿Por qué?

Porque cuando Tania golpeó a Lorena con la pistola en la cabeza, cometió el error de no rematarla. Lorena sintió el mundo girar, sí, pero el dolor agudo actuó como una inyección de adrenalina. Cuando Tania se abalanzó sobre ella para asestarle el segundo golpe

definitivo, Lorena reaccionó con el instinto primario de un animal acorralado. Desde el asiento, encogió las piernas hacia su pecho en un acto reflejo de defensa. Tania, ciega de furia y con el impulso de su propio cuerpo, se estrelló contra aquel muro óseo. Su mandíbula impactó de lleno contra las rodillas de Lorena en el punto exacto que los boxeadores llaman el botón del KO.

Aturdida, soltó la Glock y Lorena, llena de fiebre homicida, la tomó, la puso sobre el cráneo de Tania y apretó el gatillo. Pero aquello seguía sin funcionar. Así que la usó de la misma forma que antes lo habían hecho con ella. Golpeó la cabeza de la, hasta entonces, secuestradora para dejarla inconsciente y convertirla en secuestrada. La desnudó y se puso sus botas y su ropa de abrigo; después la arrastró en aquel plástico de la furgoneta del violador hasta el refugio.

Ya se había convertido ella misma en homicida y secuestradora, y dio un paso más para convertirse en torturadora cuando cercenó el dedo de Tania.

Ya no se distinguía entre el bien y el mal en aquel refugio de montaña perdido en la sierra de Madrid.

Lorena vestía varias capas de ropa de abrigo que había encontrado en la casa, propiedad de Julio y de Tania; la prenda exterior, una chaqueta de Julio demasiado grande para ella, le daba un aspecto grotesco. En su mano derecha sostenía la pistola, que colgaba relajada junto a su pierna, una extensión natural de su brazo. En la izquierda, el martillo.

Su expresión no denotaba furia, ni siquiera odio; reflejaba una calma aterradora, un vacío absoluto de empatía. La experiencia traumática la había vaciado por dentro hasta dejar solo un cascarón funcional. Lorena obligó a Tania a caminar hasta el centro del claro, lejos del calor residual del refugio. La empujó con el pie para que avanzara más.

—Hunde la mano en la nieve —ordenó Lorena con voz monocorde —. El frío calma el dolor.

Tania obedeció entre gemidos.

—¿Te gusta el frío ahora? —preguntó Lorena sin esperar respuesta.

Tania no pudo más y se derrumbó sobre el manto blanco. Se ovilló en posición fetal, un amasijo de carne temblorosa y azulada. Lloraba, suplicaba piedad con balbuceos ininteligibles; repetía que se iba a congelar, que lo sentía, que por favor la dejara entrar.

—Me voy a morir de frío.

—Te lo hubieras pensado antes de meterte en esto.

Lorena se detuvo frente a ella. La observó desde arriba con la frialdad clínica de un forense ante un cadáver. No había satisfacción en su mirada, solo la ejecución de una sentencia ineludible.

En ese instante, la ambigüedad se disipó para siempre. Ya no había figuras dominantes ni mujeres atadas sin nombre. Allí estaba Lorena, la hija de la alta sociedad, la víctima del secuestro, transformada en juez y parte. Lorena miró la Glock. Creía que había encontrado el problema por el que horas antes Tania no le había volado la cabeza: y es que el torpe de Julio no había montado el arma. No había bala en la recámara. Lorena había examinado el arma con detenimiento y era una chica espabilada que se había pegado horas buscando información en el teléfono del violador; justo de cobertura, pero suficiente.

Quitó el seguro y empuñó el arma. Hizo un disparo de prueba a un árbol. El retroceso la desplazó un tanto hacia atrás, sin embargo consiguió controlarlo.

El sonido retumbó en la montaña como una campana de iglesia en la madrugada de un pueblo.

Lorena sonrió y Tania se asustó.

Y se asustó más cuando la que horas antes fue la víctima la apuntó con el arma. Y se meó encima cuando la amartilló.

En ese instante sonó el teléfono de nuevo. Otra vez salvador.

Lorena lo miró. No lo cogió.

Volvió a empuñar el arma.

Entonces sonó un mensaje.

Resopló, le molestaban aquellas interrupciones en su plan homicida.

Pero decidió leer aquello que con tanta urgencia la requería.

Y lo que vio sí que le trastocó demasiado. Quizá se equivocaba al apuntar a aquella chica indefensa.

Quizá debería empuñar el arma contra otra mujer más cercana.

Rompió a llorar y ni toda la nieve del mundo podría competir con la frialdad que ella sentía en esos momentos.

DISPAROS

Lorena releyó más de diez veces el mensaje que apareció en aquel móvil. Depositó el aparato sobre la mesa. Dejó a su lado la «cacharra», esa arma que pesaba como un cartón de leche.

Se llevó las manos a la cara.

Había vuelto a encerrar a Tania en el sótano. No sabía qué hacer con ella. Era consciente de que se había extralimitado en su venganza, pero tras la situación traumática por la que había pasado, se autojustificó con aquello de que el fin —y valga la redundancia— justifica los medios.

No tenía muy claro por qué le había cortado el dedo. Quizá por esa sospecha que se acababa de confirmar. Quizá quería castigar a sus padres por lo que sea que hubieran podido hacer. Sobre todo a ella. O a él también. No era su padre, pero quizá también merecía su castigo. O todo lo contrario.

Le entró un profundo dolor de cabeza después de un buen rato de darle vueltas a todo. No podía salir de allí, tenía que esperar a que el tiempo mejorase y no había demasiados víveres.

Bajó a ver a Tania. La tenía amordazada, pero esta vez la había vestido y tapado con una manta, como si se apiadase de ella. Este pequeño confort adicional había servido para que se durmiera.

La había vejado sexualmente y también se arrepintió de ello. O no, no lo tenía claro. Porque estaba claro que ella había permitido que Julio la violase. Y no solo eso, sino que después se había acostado con ella.

Era repugnante y se merecía que le hubiera cortado ese dedo.

En estas elucubraciones estaba cuando escuchó el leve ruido de un motor.

Se sobresaltó y subió a ver qué ocurría.

El Toyota Land Cruiser coronó la última rampa de la pista forestal que serpenteaba por la cara norte de Siete Picos. Los neumáticos crujieron sobre la nieve helada y rompieron el silencio sepulcral de la sierra madrileña. A aquella altura, los pinos silvestres se curvaban bajo el peso del invierno y el aire cortaba la respiración.

Lorenzo detuvo el motor frente a la cabaña de piedra y madera, un refugio antiguo de pastores que fue reconvertido en casa rural que no funcionó y que ahora servía como escondite, como zulo, aislado del mundo por la tormenta reciente.

Lorena observó la llegada desde la ventana del salón. No se movió. Apenas parpadeó. Su silueta se recortaba contra la luz fría del interior, inmóvil como una gárgola. Vio cómo su madre saltaba del coche antes de que este se detuviera por completo y cómo Lorenzo, más lento y temeroso, bajaba tras ella.

Su madre.

Esa a la que el mensaje del Loren… Sí, el primo Lorenzo de aquel violador hijo de la gran puta. Todo encajó en ese momento. En el mensaje que había visto pocos minutos antes, el tal primo Lorenzo, agendado como «primo L» en el teléfono de Julio, había dejado un mensaje cristalino:

«—¿Qué has hecho, loco? Te dije que la madre quería solo un susto. Te exigí un trabajo limpio, sin violencia. No me coges el tlf. Voy para allá. Ni se te ocurra hacer nada malo a la chica. Y que tu amiga tampoco la líe».

El cliente del que habló en el primer mensaje era su madre. Su propia madre.

Lorena se apartó del cristal, caminó con pasos lentos hacia la entrada y quitó el pestillo. Dejó la puerta entreabierta, una invitación velada, y retrocedió hasta el centro de la estancia. Miró hacia la puerta del sótano. Decidió bajar.

Marisa empujó la hoja de madera y entró como un vendaval.

—¡Lorena!

—Aquí abajo, mamá.

La madre se guio por su oído hasta llegar a las escaleras. Vio una tenue luz y decidió asomarse.

—¿Hija?

—Aquí estoy, mamá.

Lorena había pronunciado «mamá» las dos veces con retintín; la primera vez el tono pasó inadvertido para Marisa, no la segunda vez.

Cuando llegó abajo se llevó la mano a la boca. No podía creer lo que veían sus ojos, debía de ser algún efecto del shock o de la ausencia de luz. La estancia olía a sangre, a humedad, a sudor y a miedo. Tania yacía en un rincón, ovillada y temblorosa, con la mano envuelta en una venda blanca sanguinolenta. Pero Marisa no tenía ojos para la secuestradora caída, sino para su hija.

—¿Qué ocurre, hija? —dijo y se aproximó hasta ella.

—Nada, mamá —Lorena reculó y dejó ver que empuñaba un arma. Además, esta vez el tono del retintín fue exagerado. Y todo ello provocó la desconfianza de Marisa y que se detuviera en seco al abrazo que tenía pensado darle.

En ese instante, se escuchó el crujir de las escaleras. Eso alertó a Lorena, que empuñó la Glock y apuntó a Lorenzo.

—¡Qué haces, hija!

Lorenzo levantó las manos como primera medida. Y realizó la misma pregunta que su amiga:

—¿Se puede saber qué es todo esto?

—Me lo vas a explicar tú para que me quede bien clarito, no vaya a ser que a mamá se le haya pasado algún detalle.

—Hija, ¿por qué usas ese tono? ¿Y por qué tienes esa pistola en la mano?

Se llevó las manos a la cabeza. En ese momento se había acabado el teatro que había hecho todo el tiempo con el inspector. Su sorpresa, su indignación y hasta su miedo se hicieron palpables en sus gestos y en sus palabras.

—Acabo de pedir a tu amigo Lorenzo, o debería decir, al primo Loren, que nos lo explique todo él, por si no lo habías escuchado.

Marisa volvió a acercarse con la intención de abrazar a su hija o a lo que quedase de ella. Pero Lorena le apuntó con la Glock.

—¿Lorena? ¿Qué haces? Soy mamá.

—Sí, mamá.

—Esto es una locura —masculló Lorenzo—. Yo me largo.

El hombre dio media vuelta con la intención de irse.

Lorena volvió a apuntarlo.

—Tú no vas a ningún sitio sin antes contarnos qué es todo esto —y amartilló el arma.

Lorenzo decidió ignorarla y siguió su camino. Entonces Lorena disparó. La bala pasó cerca del hombre, y a continuación se escuchó el chillido de Marisa.

—¡Hija!

Lorenzo se dio la vuelta, con la boca temblando y las manos en alto.

—Baja —ordenó ella—. Ponte junto a esa zorra.

—Lorena, por favor... —suplicó Marisa, con los ojos llenos de lágrimas—. Estás en shock, no sabes lo que haces. Vamos a casa, cariño.

—¡Que te calles! Y que tu amiguito baje de una puta vez.

Lorena se tensó y no dejó de apuntar a ninguno de los dos.

Tania se había despertado, obvio, y emitía pequeños ruidos guturales. Lorenzo se fijó en ella y en el despojo humano en el que se había convertido.

La imagen resultaba grotesca: la alta sociedad y el hampa, la madre y el amigo o amante, todos nivelados por el cañón de una pistola en manos de una niña bien.

—Lorenzo, o hablas o disparo de nuevo, y esta vez te prometo que no fallo —amenazó Lorena.

Marisa alzó la vista desde el suelo. El miedo empezó a dejar paso a una amargura antigua, un veneno que llevaba meses tragando.

—Te lo voy a decir yo. Aunque tú ya sabes por qué.

—Explícamelo. Quiero oírlo.

—Lo sé todo, Lorena —escupió Marisa con rabia repentina—. Lo sé todo sobre ti y Marco. Mi marido y mi hija.

Lorena ladeó la cabeza, como si analizara un espécimen curioso.

—¿Me has secuestrado por eso?

—¡Te acostaste con mi marido! —gritó Marisa. Se inclinó levemente como si quisiera despegarse del suelo—. ¡Con mi marido!

Mi propia hija. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¡Soy tu madre!

—¡Me han violado! ¿Me oyes? El hijo de puta que tu amigo ha contratado para esta mierda que se te ha ocurrido me ha violado. Y esa zorra lo ha permitido.

Marisa se detuvo en su reproche. Volvió a llorar y a titubear, incluso se le doblaron las piernas.

—Lo he tenido que hacer. Me habéis obligado entre todos a hacerlo.

—¿A hacer el qué, Lorena? —preguntó Lorenzo.

—He matado a tu primo —Lorenzo abrió bien los ojos, como si de un sapo se tratase—. Y a la zorra esa le he cortado el dedo.

—¿Por qué has hecho eso, hija? —Marisa seguía llorando.

—Marco no te quiere —dijo Lorena compasiva—. Nunca te ha querido.

La madre dejó de llorar. Su expresión volvió a cambiar, había mutado del miedo a la rabia. Otra vez.

—Estás confundida, Lorena.

—Él me entiende. Tú solo ves dinero y estatus. Él ve quién soy yo de verdad.

—Lo que ve es un cuerpo mucho más joven.

—En eso te doy la razón.

Las palabras golpearon a Marisa con más fuerza que una bala. La verdad, dicha así, desnuda y cruel en aquel refugio helado, rompió el último dique de su cordura.

—¿Tú también te lo has creído? —Marisa se permitió, incluso, una burla.

—¿Qué te piensas? ¿Que la pasta que te ha desaparecido era para salvar sus empresas? Es para largarnos juntos. Que no te enteras.

Marisa apretó la mandíbula.

—Entonces me estás dando la razón.

—¿En qué?

—En que este secuestro está justificado.

—¿También que me violen?

Marisa dudó. Dudó en decir que sí, que quizá esa niñata que había parido se había convertido en una serpiente digna de que le cortasen la cabeza. O de cosas peores.

Se abalanzó sobre ella sin que lo esperase y cayeron al suelo.

Un disparo retumbó en aquel sótano y obligó a Lorenzo a taparse los oídos.

NECESARIO

La furgoneta policial derrapó sobre la nieve pisada antes de detenerse a escasos metros del siniestro. El espectáculo que se ofreció ante los ojos de los tres ocupantes hizo revolverse las tripas incluso a un veterano como Ávila. Una Volkswagen Transporter, o lo que quedaba de ella, yacía junto al tronco de un pino centenario.

Ávila y Esther saltaron del vehículo con las armas desenfundadas, aunque la intuición les gritaba que allí ya no había nadie capaz de apretar un gatillo. Listín se quedó un paso atrás, con el portátil abrazado al pecho como un escudo.

El inspector se acercó a la ventanilla del conductor, destrozada por el impacto.

—Joder —susurró.

En el interior, el cuerpo de Julio yacía recostado sobre el asiento. Sus ojos abiertos, cubiertos por una fina capa de escarcha, solo mostraban el blanco. Ni rastro del iris ni de la pupila. El cinturón de seguridad daba vueltas en torno a su cuello. El frío de la noche había hecho su trabajo de conservación.

Ávila y Esther se miraron, confusos.

—La cara parece coincidir con la de la ficha policial —dijo Listín, que se había aventurado a acercarse.

Él había visto muy pocos cadáveres. En alguna ocasión, Del Olmo le había llevado al anatómico para que se curtiera, ya que siempre le tocaba trabajo de oficina. Y la curiosidad del inspector informático —y el morbo— le hicieron corroborar la identidad de Julio Morante.

Ávila lo miró sorprendido. Guardó el arma y se puso los guantes de látex.

Esther rodeó el coche, hundió las botas en la nieve que rodeaba el accidente. Buscó huellas, rastros, cualquier señal de vida que partiera de aquel ataúd metálico.

—Aquí hay pisadas —señaló la inspectora—. Se alejan del coche. Son de mujer. Y hay marcas de haber arrastrado un cuerpo y aquí desaparece… pero…

—¿Pero qué?

—Al cuerpo lo tienen que haber subido en algo para seguir arrastrándolo.

Ávila rebuscó en la guantera y entre la ropa del cadáver. No encontró nada.

—Jefe —inició Luis—. Desde la llamada no se han vuelto a registrar datos de las BTS del móvil de Malpica.

Minutos antes habían llamado desde el móvil de Marco Rivas, al que habían puenteado la señal hasta el móvil de Nira para que Lorenzo Malpica tuviera el móvil encendido y emitiese señal. Una tarea que facilitaba las cosas.

Marco Rivas se puso demasiado nervioso y, en lugar de jugar con que la llamada era para contarle el secuestro de Lorena, se puso a insultarlo. Lorenzo no tardó en colgar la llamada ni veinte segundos, a instancias de Marisa.

—No debe de andar muy lejos —dijo Ávila.

—¿Qué hay más arriba si seguimos la carretera? —preguntó Esther.

—Las imágenes de satélite muestran algo que podrían ser cabañas. Alguna casa rural, no sé —contestó Luis—. Podría ser un buen lugar para esconder a la chica.

Ávila miró hacia la espesura del bosque, hacia donde la pista ascendía entre sombras y niebla. La tormenta había borrado los caminos, pero la orografía no mentía.

—Malpica tuvo que pasar por aquí —dedujo Ávila—. Si su coche no está, es que siguió subiendo. Y si Marisa vino tras él...

—No se aprecian huellas similares a las que hemos visto antes —dijo Esther, algo más alejada—. Pero las marcas de que alguien ha

arrastrado a otra persona usando algo aquí se acentúan. Acercaos.

Ávila y Luis se aproximaron y corroboraron las dos afirmaciones de la inspectora.

—¿Y dónde coño estarán? —preguntó Ávila al aire.

—Hay más carreteras por aquí que conducen a lo alto de estos picos, jefe —dijo Luis tras consultar el mapa—. Han podido ir por otro lado y la señal de la BTS nos ha traído hasta aquí porque se ha podido enganchar a la que hay unos kilómetros más abajo, en el desvío.

—Joder.

El inspector le dio una patada a la nieve. Como si el hecho de hacerlo le pudiera revelar algo. Se puso las manos en jarras y miró a sus compañeros a la espera de una respuesta.

—Vamos a seguir subiendo.

Cuando se iban a montar en la furgoneta, un sonido inconfundible, rotundo, quebró el silencio del valle.

Luis se agachó por instinto; los dos inspectores no. El eco rebotó en las paredes de roca de Siete Picos y multiplicó su efecto, lo que impidió saber su procedencia exacta.

—¿Eso ha sido un disparo? —preguntó Listín con voz temblorosa.

—Pues claro —dijo Esther y señaló hacia el noreste—. Viene de allí arriba.

—¡Vamos! —ordenó Ávila.

—¿A pie? —preguntó Luis.

—Tú vete a la furgoneta y conduce muy despacio hacia arriba. Al loro con las transmisiones, si necesitamos tu ayuda, te la pediré por radio.

—Pero yo no sé qué hacer…

—Por eso el jefe te pide que vayas en la furgoneta. Solo debes estar pendiente de las transmisiones. Y pide ayuda por radio.

Listín se quedó sin saber bien qué hacer. Esther se puso a correr en dirección a donde creía que procedía el disparo y Ávila miró al inspector tecnológico. Asintió y sonrió. Era su forma de mostrarle confianza. Él le correspondió, y solo entonces el inspector Ávila echó a correr hacia la pendiente detrás de su compañera. Ignoró el dolor de sus rodillas y el aire gélido que le quemaba los pulmones.

Avanzaron con dificultad. La nieve les llegaba hasta las pantorrillas y cada paso suponía una batalla contra los elementos.

—Teníamos que haber ido por la carretera —protestó Ávila, que justo después de la protesta resbaló.

Le dio el tiempo justo para sujetarse a una rama y no caer pendiente abajo. Montes se acercó hasta él y le ofreció su mano. Él la miró. Sonrió y ella le correspondió. Se cogieron de la mano y ella tiró con fuerza. Con el movimiento los dos trastabillaron y cayeron uno encima del otro. Ávila quedó debajo.

El vapor que salía por la boca de su compañera le golpeó directamente en la cara. Volvió a sonreír.

—Vamos, inspectora, no es momento de romanticismos.

—Eres un idiota —dijo con una sonrisa.

Se levantaron y volvieron a correr.

Tras superar un repecho, el bosque se abrió. A lo lejos, a unos trescientos metros, una construcción de piedra y madera se alzaba solitaria en un claro. Un vehículo todoterreno estaba aparcado frente a la entrada.

Se miraron. Y decidieron avanzar despacio y agachados. No había nada que les protegiera ni ocultara su presencia.

Ávila echó mano a la radio de la solapa mientras recuperaba el aliento.

—Luis, detén el avance. Te oirían llegar. Insiste en los refuerzos y manda la posición.

Al otro lado de la radio no se escuchaba nada. Los dos inspectores siguieron avanzando.

—¿Sabrá usar la radio, no? —preguntó Esther.

—Si domina tanto la informática y no es capaz de usar un equipo de transmisiones, degrádalo en cuanto volvamos a la Unidad.

No hizo falta degradar al inspector, porque a los segundos contestó.

—Oído, ya he solicitado la ayuda. Pero ni idea de cuándo podrán venir.

—Gracias, Luis —respondió Ávila.

—La puerta parece abierta —indicó Esther—. No hay nadie junto al coche. La matrícula coincide con la del tal Malpica.

Ávila asintió y le dio indicaciones a la compañera.

Se desplegaron en abanico. Ávila tomó el flanco izquierdo y Esther el derecho, para intentar rodear la estructura y evitar una línea de tiro directa desde las ventanas. Avanzaron agazapados, con la nieve como única cobertura. El silencio volvió a caer sobre la montaña, un silencio pesado, denso, solo roto por el crujir de sus propias pisadas.

Estaban a menos de cincuenta metros cuando ocurrió.

Un segundo disparo atronó el aire.

Esta vez sonó más cerca, más definitivo.

Ávila y Esther cruzaron una mirada de incredulidad. No hubo necesidad de órdenes. Se levantaron y corrieron hasta la puerta de la cabaña sin tener ni idea de lo que se encontrarían en el interior.

Era necesario.

LA CALMA

El eco del disparo se disipó, pero el zumbido en los oídos de Lorena permaneció como una señal de alarma constante. Sintió el peso de su madre sobre el pecho, un lastre inerte que la aplastaba contra la losa de piedra.

Lorena la empujó con fuerza, presa del pánico, y se arrastró hacia atrás hasta chocar con la pared de piedra.

Marisa quedó tendida boca arriba. Tenía los ojos abiertos, desorbitados, fijos en las vigas de madera del techo. Una mancha roja floreció en su hombro izquierdo y tiñó la lana del abrigo de un granate oscuro y brillante. Respiraba con dificultad, boqueaba como un pez fuera del agua, atrapada en un estado de shock que le impedía procesar el dolor.

Lorenzo aprovechó el desconcierto. Vio la oportunidad y no lo dudó. Saltó por encima del cuerpo de Marisa y corrió escaleras arriba, hacia la salida, sin mirar atrás.

Tania intentó desatarse, pero le fue imposible. Se limitó a seguir gritando de forma imposible bajo la cinta americana que le tapaba la boca.

A su lado quedaron madre e hija. Una con un disparo y otra con la pistola que había disparado.

Lorenzo cruzó el umbral de la puerta como si se tratase de una carrera de obstáculos, además el reflejo del sol en la nieve no le permitió ver lo que se venía encima.

Esther Montes le esperaba en el lateral. Con un movimiento preciso, descargó un gancho seco en la boca del estómago del hombre. Lorenzo cayó de rodillas sobre la nieve, sin aire, sin fuerza.

La inspectora se le echó encima, le retorció el brazo a la espalda y le colocó los grilletes antes de que pudiera recuperar el aliento.

—No te muevas o te dolerá más.

Ni que decir tiene que el tipo obedeció, manso.

—¿Lorenzo Malpica? —preguntó Ávila. El tipo no respondió—. ¿Quién hay dentro? ¿Dónde está la chica?

—Está con su madre. Le ha disparado.

Esther miró a su compañero y le hizo un gesto con la cabeza. Era su turno. Ella solía tirar más de fuerza y habilidad de pelea. Él era el encargado de persuadir a las personas. Hasta las desesperadas, como al padre que se atrincheró con sus hijos unos pocos días atrás. Cuando la pesadilla invernal estaba empezando.

El inspector entró en la cabaña con el arma por delante, barrió la estancia con la mirada y evaluó las posibles amenazas.

Llegó hasta la puerta que conducía al sótano. Se agachó y se asomó para ver la situación.

Una situación demasiado compleja con tres mujeres en diferentes estados de ánimo. Y él era un hombre. Quizá su compañera podría equilibrar la balanza. Pero se dio cuenta de que Lorena empuñaba un arma y que su madre yacía tendida a su lado, con lo que parecía un disparo.

—¡Lorena! —dijo en voz alta.

Lorena reaccionó al movimiento. Alzó la Glock con manos temblorosas y apuntó hacia las escaleras.

—¿Quién es?

—Soy Cecilio Ávila. Inspector de Secuestros y Extorsiones. Venimos a sacarte de aquí.

—¡No bajes! —gritó ella con la voz rota.

Ávila pensaba cómo abordar aquella situación. Si de verdad Lorena había disparado a su madre, aquello era muy complejo. Decidió tirar de experiencia.

Y de empatía.

—Sé que tu madre no lo ha hecho bien.

—¿Qué sabes el qué? No tiene ni puta idea.

—Posiblemente no, pero me imagino que lo que ha hecho te ha destrozado la vida.

No quiso hacer mención al cadáver que se habían encontrado a kilómetro y medio más abajo.

—Pero tienes que dejarme bajar. Si a tu madre le pasa algo, estarás en serios problemas.

Lorena rio a carcajadas.

—Ya estoy en un buen problema, Cecilio Ávila.

—No es lo mismo un homicidio en defensa propia que un parricidio a sangre fría.

Lorena calló. Procesó lo que decía aquel policía.

—No es a sangre fría. Se ha tirado encima de mí. Ha sido un accidente.

—Mejor me lo pones. Aleja de ti el arma y déjame bajar a asistirte. El resto de problemas que tengas ya lo valoraremos después.

Ávila asomaba la cabeza y la retiraba para ver cómo evolucionaba la situación sin exponerse demasiado. Se fijó en que la chica había bajado el arma.

—¿Puedo bajar? —pidió de nuevo. Lorena calló—. Tu madre no tiene buena pinta y la omisión de socorro también es delito. Es como si atropellases a alguien por accidente y te dieras a la fuga. Son años de cárcel, Lorena.

—Voy a ir de todas formas.

El inspector maldijo, porque aquello dejaba claro que ella había asesinado a Julio Morante. Lo que no tenía tan claro era de quién era el dedo. Desde su posición, no podía ver a Tania, pero en ese momento cayó en sus gemidos bajo la mordaza. No sabía que allí habría otra persona, pero ahora cayó en la cuenta.

—Se lo merecen, Lorena —insistió el inspector.

—¿Y tú qué sabrás?

—Por traerte hasta aquí a la fuerza. Por atarte. Por meterte en ese zulo…

—Por violarme…

Ávila calló. Así que la habían violado. El tipo del coche, y a lo mejor quien quiera que tuviera retenido allí.

—¿Quién está ahí contigo?

—Mi madre y esta hija de puta que lo permitió todo.

Ávila siguió entendiendo. Por la puerta de la casa la cabeza de Montes apareció, interesada en saber qué estaba sucediendo. Él la vio y le hizo un gesto con la mano pidiendo calma.

—Déjame bajar, por favor. Bajaré desarmado.

Esther negó con la cabeza. Con fuerza, para decirle que ni se le ocurriera. Él le hizo un gesto para decirle que le entregaba la pistola y que ella tomase su puesto. Esther indicó con otro gesto que fuera tenía a Lorenzo esposado. Ávila se echó mano a sus esposas, se señaló sus propios tobillos e hizo un gesto para hacer entender a su compañera que engrilletase también a Malpica por los pies. Montes refunfuñó pero aceptó. Ávila le tiró las esposas y se le escaparon, con el consiguiente ruido.

Lorena volvió a apuntar con la Glock.

—¿Qué es eso?

—Mi arma. La acabo de dejar caer —dijo, al mismo tiempo que la depositaba con más delicadeza que si fuera su bebé. Se asomó de nuevo y vio como la chica lo apuntaba. Solo que esta vez no se agachó de nuevo. Era un blanco relativamente fácil.

—Voy a bajar.

Comprobó que Esther accedía con sigilo al refugio y se incorporó haciendo todo el ruido posible para cubrirle a ella.

Se acercó hasta las escaleras y las bajó, siempre con las manos en alto.

—Baja el arma, por favor. Estoy desarmado.

—¡No te acerques!

—No me acerco. Mira. Me quedo aquí.

El inspector se detuvo a mitad de escalera y clavó sus ojos en los de la chica. Vio el miedo en ellos, la desesperación, la niña asustada que emprendía una huida hacia adelante.

—Déjame ayudar a tu madre.

—Yo... yo no quería... se tiró encima...

—Lo sé. Ha sido un accidente. Déjame acercarme.

Lorena dudó. El cañón de la pistola osciló levemente.

Ávila dio un paso lento, suave, sin movimientos bruscos.

—Voy a acercarme a ella. No voy a tocarte. Solo a ella.

Lorena no disparó. Ávila se arrodilló junto a Marisa. La mujer abrió los ojos, le miró sin reconocerlo al principio, perdida en la bruma del trauma.

El inspector examinó la herida. El proyectil había entrado limpio en la zona del deltoides. Sangraba con abundancia, pero no parecía haber tocado órganos vitales ni la arteria principal.

Ávila sacó su guante del bolsillo, lo hizo una bola y presionó con firmeza sobre el orificio.

Marisa soltó un gemido.

—Tengo que parar la hemorragia —dijo Ávila con suavidad. Luego volvió la vista hacia Tania, que le correspondió en la mirada. Sus ojos estaban rojos y brillantes. Pedían a gritos auxilio. Aquello era todavía más complejo. Volvió a dirigirse a Lorena—. Lorena, mírame. Todo ha terminado.

—¡Es una loca! —gritó la chica.

La tensión se disparó de nuevo. Lorena giró el arma hacia Tania, con los ojos también amenazando con superar el borde de los párpados.

—Entiendo la situación que estás pasando en estos momentos…

—¿Que lo entiendes? ¿Te han metido una polla por el culo a la fuerza sin tu consentimiento?

Ávila resopló. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—Entonces no…

—A mí no, pero el ex de la madre de mis hijos la maltrataba de forma habitual —la interrumpió, y se miraron a los ojos—. Ella nunca lo superó. Los primeros años fueron preciosos, tuvimos gemelos, Lorena. Gemelos. Después dejó de tomar la medicación y se jodió todo. No pudimos seguir la relación. Sé que es algo que nunca se supera. Yo ahora apenas veo a los críos por mi trabajo. Y ella está en un centro terapéutico.

—¿Y el maltratador?

—Le quedan un par de años para salir del talego.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues no lo tengo muy claro.

—¿Lo matarías?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eso no le provocaría sufrimiento.

Lorena abrió la boca. Quiso decir muchas cosas, pero no le salió ninguna. Bajó el arma.

En ese momento, Esther bajó las escaleras con la USP-Compact de Ávila.

—¡Policía! ¡Suelta el arma ahora mismo!

Lorena apuntó a Ávila otra vez, que apretó por instinto la herida de Marisa arrancándola un nuevo quejido.

—Esther, baja el arma —dijo Ávila sin girarse. Su voz sonó tranquila, autoritaria pero serena.

—Jefe, le está apuntando...

—Baja el arma. Es una orden.

Esther apretó los dientes, pero obedeció. Bajó la pistola unos centímetros.

Ávila volvió a concentrarse en Lorena.

—Nadie va a disparar, Lorena. Esther no te va a hacer daño. Yo no te voy a hacer daño.

—He matado a un hombre... —sollozó ella. El arma le pesaba una tonelada—. Le maté...

—Lo hiciste para defenderte. Lo sabemos. Ahora sabemos lo que te hicieron.

Ávila le hablaba con una calma hipnótica, con la certeza absoluta de quien promete la salvación.

—Marco está detenido. Julio está muerto. Lorenzo está esposado ahí fuera. Ya nadie puede hacerte daño. A esta chica la tienes tú amarrada y tu madre cuando se cure también acabará detenida. Acabarás libre, Lorena. Pero tienes que soltar esa pistola.

La chica temblaba de pies a cabeza. Las lágrimas le corrían por la cara sucia de hollín y pólvora.

—Tengo miedo...

—Lo sé. Es normal. Pero yo estoy aquí. Confía en mí.

Ávila tendió la mano manchada con la sangre de su madre hacia ella.

—Dámela.

Lorena miró el arma. Miró a su madre, que la observaba con ojos vidriosos, apoyada igual que ella en la fría pared del zulo, sin poder articular palabra. Miró al inspector, el único punto fijo en su universo derrumbado.

Sus dedos perdieron fuerza. La Glock resbaló de su mano y cayó al suelo de piedra con un golpe seco.

Lorena se derrumbó. Cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar, las lágrimas de quien ha soportado demasiado peso durante demasiado tiempo.

Esther corrió a asegurar el arma, sacó el cargador, la guardó y se acercó a Tania para comprobar su estado.

Marisa, a pesar del dolor, intentó incorporarse. Extendió el brazo sano hacia su hija.

—Mi niña... —susurró Marisa, apenas se le escuchaba—. Ven aquí... Lorena, cariño.

Pero Lorena no se movió. Se quedó ovillada en el suelo, lejos del alcance de su madre, sacudida por los espasmos del llanto, inconsolable.

Ávila mantuvo la presión sobre la herida, pero sus ojos no se apartaron de la chica.

Esther sacó su radio, con la respiración aún agitada.

—Luis, ¿dónde estás? ¿Han llegado los refuerzos? Necesitamos una ambulancia.

Al poco respondió.

—Están detrás de mí, esperando vuestras órdenes.

Ávila miró a su compañera y asintió. Después le puso una mano en la cabeza a Lorena, que al sentir su tacto pareció calmarse.

Un tacto cálido al fin en medio de tanto frío.

VENDAVAL

La nieve se había convertido en un barro sucio en los arcenes de Madrid. El sol llevaba tres días derritiendo tanto la nieve como el horror de la sierra. Poco a poco una rutina gris volvía a la ciudad.

En el coche de Ávila sonaba la música de Rulo y la Contrabanda.

Esther tarareaba la canción.

—No está mal este tío, ¿eh?

—¿No está mal? Es el mejor.

—Bueno, bueno, no tanto. La Fuga quizá…

—Fuga es la que protagonizó él de la banda… y menos mal.

Lo miró. Y él notó su mirada clavada en la sien. Le encantaban aquellas discusiones con Esther. Bien por música, bien por series, bien por libros. Lo que más le llamaba la atención de ella no era su apariencia física, que también, sino su intelecto.

Dejaron terminar la canción antes de que Ávila iniciara la charla.

—¿Habías visto algún caso tan enrevesado alguna vez? —preguntó él.

Ella resopló.

—A ver, déjame pensar: una madre diseña el secuestro de su propia hija para sacarle el dinero a su marido antes de que este la deje en la ruina. La hija, que es la secuestrada, se carga al secuestrador, que es un chapucero y un violador; lo estrangula con el cinturón de seguridad de su propia furgoneta. Deja a la novia de este grogui a golpes con una Glock que se había negado a disparar porque son un poco torpes. Y luego la tortura, le corta un dedo. Después, la hija secuestrada le pega un tiro a la madre…

Ávila ya llevaba una media sonrisa en la cara a partir de la segunda frase.

—Y luego resulta que la madre estaba medio liada con el que contrató a los secuestradores torpes.

—Eso no se ha demostrado.

—Bueno, estuvieron liados en el pasado. Parecido.

—Si tú lo dices…

Ávila sonreía y estaba a punto de la carcajada.

—Y el secuestrador estrangulado era primo de ese amante de la madre… La verdad es que no, no habíamos tenido un caso así de enrevesado.

—La clave está en la ida de olla del tal Julio. De no ser por eso, Lorena no habría volteado los papeles. Habríamos tenido problemas para solventarlo bien. Marisa no se hubiera atrevido a escaparse sin la imagen del dedo, que creía de su hija y no de la otra implicada.

—A la hija también se le fue la olla, pero una cosa te digo: yo no sé qué habría hecho en la piel de esa chica. ¿Tú crees que se librará del talego?

—No lo sé. La defensa argumentará locura transitoria.

—Y defensa propia.

—Eso ya no lo veo. Decidió que otra forma de justicia poética incluiría secuestrar a la amante de su violador y torturarla. La enajenación le duró demasiado.

—Ya…

Los dos policías llegaron al aparcamiento próximo a la casa de la inspectora. Ávila echó el freno de mano y miró a su compañera, que le aguardaba con una sonrisa.

—Me alegro de que tu madre esté mejor —dijo él.

—Gracias. Y yo de que hayas llevado a tus hijos a ver a su madre esta mañana.

Esther le acarició las falanges que aún reposaban sobre el volante.

—¿Qué haces esta noche?

—No lo sé, ¿y tú?

—Es el cumple de Del Olmo. Ya te lo he dicho antes. Luis y Nira van a ir.

—Cierto.

Se quedaron mirando el uno al otro. Ávila cambió de tercio.

—¿Quién crees que ha sido más fría? ¿Marisa, Lorena o la nieve? —preguntó.

Ávila se rio a carcajadas. Esther también, y respondió:

—Fría, como un vendaval de nieve.

AGRADECIMIENTOS

El primer agradecimiento es para ti. Si estás leyendo esto es porque has completado el viaje, y no tengo palabras para agradecerte la confianza. Espero haber cumplido mi promesa de entretenerte. Ahora me gustaría proponerte un trato basado en la ayuda mutua. En este océano digital, los escritores independientes luchamos contra un algoritmo gigante y, a veces, injusto. La única arma que tengo para hacerme visible eres tú. Si te ha gustado la novela, dejarme una reseña o unas estrellas en Amazon es la ayuda más potente que puedes ofrecerme; es la diferencia entre que el libro se pierda en el fondo o salga a la superficie. No te costará nada y a mí me da la vida. Si, en cambio, crees que la historia podía haber sido mejor, cuéntamelo directamente a

escribano@gzescribano.com

Prefiero aprender de tu crítica constructiva en privado para ofrecerte algo mejor la próxima vez. Gracias también a los que me aguantan día a día, mi

familia, pilares fundamentales para que yo pueda sentarme a teclear cada día. Gracias por estar ahí.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Aquí tienes el resto de mis novelas, empiezo por la Saga Secuestros.

La pérdida de la belleza

- **Un secuestro.**
- **Un rescate imposible.**
- **Dos almas a la desesperada.**

La saga Secuestros regresa con el **thriller con más misterio y suspense** de todos.

Alguien ha secuestrado a Pablo, el hijo de Mario Gálvez, el abogado del momento en Marbella. Le piden un rescate imposible: tendrá que pagar con su propia vida si quiere que su hijo vuelva a salvo. Marina Caracuel, policía municipal, tratará de evitarlo.

Un **thriller español** ambientado en Marbella y la provincia de Málaga, a orillas del Mediterráneo donde la mafia, la corrupción y el amor paternal se

mezclarán en una carrera contrarreloj por la supervivencia.

Se puede decir que La pérdida de la belleza es una precuela de Mar de fondo. Aquí descubrirás la historia que unió a Mario Gálvez y a Marina Caracuel.

El precio de estar viva

Secuestran a tu hija. La policía no investiga todo lo rápido que tú quieres. ¿Qué harías para recuperarla?

Sinopsis:

Luz Marina, una niña a punto de cumplir nueve años, es secuestrada en unos viñedos de un pequeño pueblo de Extremadura. A pesar de ponerlo en conocimiento de la Guardia Civil, sus padres, Roberto y Marta, deciden seguir un camino poco ortodoxo para recuperar a su hija. Harán todo lo necesario para salvarla. Todo. Incluso saltarse las leyes y los protocolos de actuación en caso de desaparición de un menor. Pero saltarse la ley les acarreará enemigos, aunque también aliados que no esperaban, tanto humanos como caninos. Un thriller en el que nadie es quien dice ser. Una novela en la

que pasarás las páginas con las mismas ansias con las que esos padres buscan a su hija.

★ ★ ★ ★ ★ MANUEL: **INCÓGNITA HASTA EL FINAL**. Merece la pena, muy recomendable
★★★★★ Juan Luis: **Maravilloso**. Un libro que te atrapa desde el principio. Donde nada es lo que parece, y a medida que va avanzando te engancha más
★★★★★ Miriam. **Sin poder parar de leer.** El libro te tiene atrapado desde el minuto 0, muy buena trama de personajes. Estas todo el rato en tensión esperando a saber cómo va a seguir. Espero que la continuación tarde poco por qué estoy loca de curiosidad. Lo recomiendo al 100%
★ ★ ★ ★ Carolina. **El precio de estar viva**. Una historia tremenda. No me imagino algo peor que tu hijo sea raptado. La historia está muy bien narrada, desde el punto de vista de la madre, el padre, incluso de la hija. Está muy bien logrado el hilo conductor de este libro. Hay personajes realmente entrañables, Dionisio y Magno. Tremenda historia y que queda con un final abierto con lo cual seguiremos sabiendo de ellos.

El precio de estar viva: El thriller español revelación del año.

El precio de estar viva es la primera novela de la saga Secuestros, aunque se pueden leer de forma independiente porque no tienen nada que ver entre sí.

El control del latido

Secuestran a tu hijo. Tu isla se derrumba. ¿Qué piensas hacer?

Tenerife. El Teide registra su mayor actividad sísmica del último siglo. Rayco, un niño con autismo leve desaparece del colegio. Airam, su padre no saben quién se lo puede haber llevado. Mara es su pareja, y, cuando acuden al colegio, para averiguar qué ha ocurrido, reciben una llamada en la que piden un rescate imposible. En el momento en el que el Teide empieza a rugir y la isla a derrumbarse, Airam y Mara inician un viaje desesperado para rescatar a Rayco.

La paciencia del artesano

El primer thriller de la inspectora Saavedra

Veinticinco años después del asesinato de un menor en Bélgica, el caso se reabre y el **ADN** analizado con

nuevas técnicas apunta a un culpable claro. El problema es que ese asesino es capaz de refugiarse en las montañas y sobrevivir durante meses con lo que le da la naturaleza. El inspector belga Van Jong y la inspectora Saavedra deberán dar con un tipo tan peligroso como escurridizo.
Zarzo Escribano es autor de seis novelas dentro del género negro policial. Esta es la primera novela en solitario de la inspectora Saavedra.
La paciencia del artesano.

Un thriller que te subirá las pulsaciones en cuanto leas el primer párrafo.

ORGULLO DE PERTENENCIA

Unos padres. Una hija. Un país que no perdona.

¿Qué harías si tu hija estuviera en manos de la guerrilla?
Laura María García siempre ha luchado contra las adversidades, pero este secuestro pone a prueba algo más que su fortaleza. A miles de kilómetros de su hogar, en la intrincada red de Medellín, Laura tendrá que enfrentarse a un mundo donde la extorsión, la violencia y la traición son moneda corriente.

Un thriller emocional cargado de tensión y desesperación.

Si, además del thriller, te gusta la novela negra, tengo para ti mis novelas negras en español:

El murmullo del árbol

Al inspector Del Olmo no se le ha muerto ninguno de sus dos hijos, ni abusaron de él cuando era niño. La subinspectora Saavedra tampoco atesora traumas del pasado.
Sin embargo, ambos tienen un problema en común: **el río Manzanares expulsa un cadáver con una extraña marca en el pecho; el cuerpo pertenece al empresario más poderoso del país.**
Pincha aquí para conseguirla:

https://amzn.to/3rgrrMO

También puedes leer su precuela:

Pessulum

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

La subinspectora Olga Saavedra se encuentra por primera vez al mando de un caso de homicidio.

Santiago Vargas ha aparecido muerto en su casa, y la cadenita de seguridad estaba echada por dentro. La subinspectora es la única que se fija en unos objetos que no deberían estar en la escena del crimen. Después de consultárselo a su superior, el inspector Del Olmo, que se encuentra de baja, convence al comisario para iniciar un proceso poco ortodoxo para averiguar cómo el asesino pudo cerrar por dentro y cómo esos objetos acabaron en la escena del homicidio.
Y aquí su secuela:

La sangre naranja

¿Te imaginas investigando un caso de asesinato real? Eso es lo que pasará si te sumerges en esta novela negra.

Alguien acaba con la vida de **María Ostende, una joven de treinta años, en una zona boscosa a las afueras de Avilés**, en Asturias. La policía no es capaz de resolver el crimen y queda archivado. La lucha de la familia, catorce años después, hace que se llame a la UDEV Central para reabrir el caso. **Del Olmo, ya inspector jefe**, requiere los servicios de **Saavedra, que ya no pertenece a su grupo de Homicidios**, para ayudarle en un caso en el que **la sangre tendrá un papel relevante**, y en el que tendrán que **«viajar en el tiempo»**

Nunca has leído una novela negra como esta

¿Quieres convertirte en policía de homicidios por unas horas?

Una novela policiaca basada en hechos reales y en la que descubrirás los procedimientos de la élite de la Policía Nacional a la hora de resolver casos que ellos llaman de Muertos Fríos.
¿Te atreves a adentrarte en los recovecos de la investigación policial de un asesinato? ¿Quieres conocer al inspector jefe Del Olmo y a la inspectora Saavedra?
Entonces tienes que leer la **novela negra en español** revelación de 2024.

Una de mis últimas novelas pertenece a un género distinto: el noir doméstico. Pincha aquí para conseguirla:

Mar de fondo

Un noir doméstico que te atrapará desde la primera página.
Lucas Romero, expolicía reconvertido en detective privado, regresa a Marbella tras una década lejos de su ciudad natal. Su plan es relanzar su agencia de investigación en la glamurosa Costa del Sol. Pero su primer caso da un giro inesperado: una mujer

enigmática le contrata para investigar la supuesta infidelidad de su marido, un empresario local. Cuando el empresario aparece asesinado, Lucas se convierte en el principal sospechoso.
Perseguido por la justicia y atrapado en una red de corrupción, violencia y traiciones, Romero tendrá que navegar por los bajos fondos de Marbella para limpiar su nombre y descubrir la verdad… antes de que sea demasiado tarde.
Si te apasionan las historias de perdedores, finales crudos y personajes que caminan sobre la línea entre el bien y el mal, *Mar de fondo* es tu próxima lectura obligatoria.

La venganza es necesaria

UNO DE LOS THRILLERS PSICOLÓGICOS EN ESPAÑOL DE 2025

Asesinan a tu hija. La justicia te parece una burla. ¿Qué precio estás dispuesto a pagar por hacer justicia?

En la quietud asfixiante de un pequeño pueblo extremeño, la vida de la familia Lázaro se hace añicos: la joven Belén ha desaparecido. Todas las miradas, cargadas de miedo y un rencor antiguo, apuntan a Antonio Ricardo, el vecino huraño y

solitario cuyo oscuro pasado lo convierte en el culpable perfecto.

Cuando la Guardia Civil lo arresta, y él confiesa el crimen, parece que la pesadilla podría dar paso a la justicia. Pero para los padres y la hermana de Belén, la sentencia –apenas veintidós años por una vida robada– es un insulto, una herida abierta que sangra impotencia.

Pero el destino es retorcido.

Justo cuando creen que el dolor no puede ser más profundo, la 'justicia', o quizás algo más oscuro llamado venganza, encontrará un camino inesperado y terrible. Un joven enigmático, con el que nadie contaba, entra en escena, y lo que podría parecer una respuesta a sus plegarias se convierte en un **segundo golpe brutal**, una onda expansiva que amenaza con demoler los cimientos de la familia Lázaro-Lafuente para siempre.

La venganza tiene un precio... y quizás sea más alto de lo que jamás imaginaron.

Adéntrate en un thriller psicológico visceral que te obligará a confrontar:

- El odio más profundo que puede albergar un corazón roto.

- La sed insaciable de venganza que consume la razón.
- La ira ciega ante la injusticia.
- La aplastante sensación de indefensión frente a la tragedia.

¿Hasta dónde llegarías tú por los que amas?

Navidad Carmesí

Esta Navidad en Chicago, Santa Claus no trae regalos. Trae fuego.

La nieve cae sobre las exclusivas mansiones de North Shore, pero no logra ocultar el horror que yace dentro: una familia entera masacrada por un asaltante disfrazado de Santa Claus armado con un lanzallamas.

Para el detective Elias Novak, cuya **sinestesia** convierte cada pista en una sobrecarga sensorial, la escena del crimen no es solo un rompecabezas visual, sino una cacofonía ensordecedora. Todo apunta a un sospechoso claro, pero Novak y su compañera, Moretti, no lo tendrán tan fácil.

¿Podrán detener al verdugo antes de que la ciudad entera arda?

Navidad Carmesí te arrastra a una **carrera contra el reloj** donde las intrigas policiales y los pecados del pasado regresan para cobrar una deuda pendiente. Novak deberá luchar contra sus propios sentidos y contra un sistema diseñado para silenciarlo. Con el FBI cerrando el cerco y un asesino que se oculta a plena vista entre la multitud festiva, descubrir la verdad podría costarles mucho más que la placa.

Un t**hriller navideño oscuro** y atmosférico que reinventa el género procedimental:

• Un protagonista único: Vive la investigación a través de la mente sinestésica de Novak.
• Una atmósfera asfixiante: El contraste entre el frío de Chicago y el fuego de la venganza.
• Giros impactantes: Desde coartadas imposibles hasta una Nochevieja que nunca olvidarás.

Descubre el **thriller policiaco** más intenso de estas fiestas.
